

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

Como españoles y como cristianos protestamos enérgicamente contra el infame crimen de que ha sido víctima el ilustre estadista Sr. Cánovas del Castillo en la tarde del 8 de este mes, cuando por breves días descansaba aquél de sus arduas tareas de gobierno en el balneario de Santa Águeda.

No es ocasión oportuna de juzgar la inmensa labor política y literaria del gran patriota, que puso todas sus inagotables energías y talentos extraordinarios al servicio de España, de quien era hijo amantísimo. Hoy sólo nos toca llorar su muerte, por lo inesperada y trágica más dolorosa; elevar oraciones al Cielo por el eterno descanso de su alma, y, en medio de la desdicha que á todo pecho honrado aflige, darnos el parabién de que no haya nacido en tierra española el cobarde asesino que acabó traidoramente con la existencia del esclarecido varón, cuya gigantesca figura trazarán en lo porvenir los historiadores.

LA REDACCIÓN.



DISCURSO

EN LOS «JOCHS FLORALS» DE VALENCIA⁽¹⁾

«Señora (dirigiéndose á la reina de la fiesta), señoras y señores:

Os debo doblada la gratitud por haberme otorgado honor tan alto como el de ser mantenedor de estos Juegos florales, pues ahora cumplo una obligación que no pude satisfacer el pasado año, y me habéis mantenido vuestra benevolencia para que no dejara de unir mi nombre á los anales, ya tan gloriosos, de *Lo Rat-Penat*, y de recibir el título y los símbolos de vuestra fraternidad literaria, que estimo y estimaré como el más alto y el máspreciado de cuantos pudiera otorgarme ninguna otra soberanía de la tierra.

Aprecia y agradece más el hombre aquellos honores de que quisiera con vivo anhelo hacerse digno, pero de los que no se siente con entera conciencia acreedor; y esto siento yo al verme entre vosotros, al profesar á vuestro lado en la reli-

(1) Á honra y dicha tenemos el publicar esta hermosa oración literaria del insigne estadista y académico Excmo. Sr. D. Francisco Sílvola. (*N. de la R.*)

gión de vuestros sentimientos y aspiraciones, al figurar en la serie de tantos ilustres mantenedores como me han precedido, y sin duda han de seguirme, que han aumentado con joyas de elocuencia los tesoros que custodiáis de las ricas pre-seas de la literatura valenciana, y al ver escrito ya mi nombre en el libro de oro, en el que se han de escribir los más ilustres en las letras de numerosas generaciones de nuestra España.

Pero si mi valer y caudal literario son tan cortos para merecer esta distinción tan alta, os puedo decir con franca desenvoltura que para figurar como hermano á vuestro lado, y cooperar en la medida de mis fuerzas á vuestra obra, me tengo por soldado voluntario, que de tiempo atrás tiene ganado derecho á que le admitáis en vuestras filas y bajo la señera que á todos os alienta y guía, y que han resumido otros Juegos florales, hermanos vuestros, en esas tres palabras: *Patria, Fe, Amor*, en las que se cifra y compendia el universo del espíritu humano.

Á todas ellas presto veneración y culto, como creyente católico, como espiritualista convencido; pero si no puedo aspirar, en justicia, á acrecentar vuestros caudales con estudios que ensanchen ó aquilaten el de vuestra literatura regional, pues ni los dones de la naturaleza ni la misma labor de trabajos esterilizadores de la imaginación y del sentimiento exquisito de lo bello me lo consienten ya, en cambio, en la tercera de aquellas palabras, en el *amor* á vuestra obra de defensa y de restauración de sentimientos, ideas, tradiciones, recuerdos y vida valenciana, en ésa sí me tengo por amparado, para que me podáis admitir como uno de vuestros más entusiastas y seguros obreros.

Yo descubrí á Valencia para mi alma y para mi cariño hace ya muchos años, en los primeros días de la revolución, llegando aquí solo, obscuro, ignorado, apenas concluídos mis estudios; y deslumbraron mis ojos y enloquecieron mis sentidos estas maravillosas florestas de vuestra huerta, que me parecían altares preciosos y cariñosamente alhajados por el hombre para adornar el templo inmenso y soberbio, cuyas bóvedas de esmalte azul los cobija y encierra; y me maravillaba esta

raza altiva, vigorosa, con sus pasiones ardientes palpitando en la viveza de su mirada; elegante y artística, lo mismo en la compostura suelta de su traje que en el aliño de sus viviendas campesinas, protegidas por la cruz de la Redención y pertumadas por los limoneros y los naranjos, y la admirable belleza de sus mujeres, que no parecen, como las hermosuras de otros climas, obra artificial y estudiada, de cuidado y de cultivo amoroso del hombre, y como flor delicada de estufa, á la que hieren el viento y el sol, sino producto espontáneo de la naturaleza y del suelo, fruto vigoroso nacido y criado al par de estos jardines, como para que ellos sirvieran de morada apropiada á obra tan admirable, á tipo de belleza tan perfecto, como para dar vida y reflejar en sus ojos, claros y profundos, tanta luz del cielo, y para que en sus cabellos negros y en su tez nacarada y pálida brillaran mejor los colores vivos de sus claveles y de sus rosas.

No olvidaría nunca, por muchos años que viviera, esta primera impresión, breve, casi instantánea (porque deberes ineludibles me arrancaron de aquí) que produjo en mi naturaleza adolescente esta visión espléndida de la naturaleza meridional. Fué algo así como el recuerdo que queda en el alma cuando se ha amado mucho y sin esperanza y se ha tenido un momento en el que una mirada, una palabra, una expresión fugaz han hecho creer que uno era comprendido, y queda después para toda la vida un recuerdo brillante, deslumbrador, que es semejante á la luz del rayo, línea estrechísima en la nube negra que atraviesa, pero en la que se ve que hay luz bastante, si pudiera desdoblarse y extenderse, para alumbrar toda la bóveda celeste, como en aquella palabra, en aquel instante que nos concede un ser querido parece que hay felicidad, si pudiéramos retenerla y extenderla, para dulcificar toda la vida.

Después... habréis oído decir quizá que yo soy hombre de pocos amigos, y es verdad. Mis intimidades no son muchas, pero es el sentimiento de amistad uno de los que más satisfacen mi alma, y para hablar sólo de los muertos, favorecióme la Providencia en esta región con la amistad de dos hombres extraordinarios, á quienes me perdonaréis fácilmente que rin-

da aquí un tributo, porque á ellos debió Valencia grande amor é inestimables servicios. Amorós y Montortal, almas privilegiadas, por la delicadeza exquisita de sus sentimientos, y oro purísimo el de sus corazones, entusiasmo, fe y sacrificio para todo lo noble, todo lo recto y todo lo que redundara en honor, bien y gloria de su Valencia. Ellos, unidos á otros que viven, y de los que no he de hablar, unieron mi alma á esta tierra por los vínculos espirituales de una verdadera, de una íntima fraternidad, sin razón aparente y visible, pero tan estrecha como la del nacimiento y la filiación natural.

Pero vuestra obra no sólo tiene el amor de mis sentimientos, tiene la adhesión reflexiva de mis convicciones más arraigadas y más firmes. Ya sabéis, los que me habéis oído aquí hace años, viniendo con muy distinta investidura, que yo soy de aquellos que, sin empeñarse en obra alguna insensata de reacción, en cuanto á restaurar monumentos perdidos y sentimientos muertos, creen que importa mucho conservar y defender celosamente todo lo que representa vida municipal y regional, porque en los peligros y tremendos riesgos que á nuestra nacionalidad amenazan, y ante los males y corrupciones que quebrantan nuestro organismo y ponen en disputa nuestras verdaderas libertades, hay que reconocer que es en gran parte debido el daño á funestas nivelaciones y á simetrías dolorosas y esterilizadoras, y que todo lo que es vida y aliento natural y verdadero de pueblos y razas debe respetarse y mantenerse á toda costa.

Y vosotros, que lleváis ya mayor espacio que el de una generación política defendiendo y sosteniendo ese orden de sentimiento en las esferas tan esenciales de la lengua y la literatura, debéis estar orgullosos de vuestra obra y perseverar con entusiasmo en ella, porque es obra buena, porque es obra santa, porque es obra de fe, obra de espíritu, y sin espíritu y sin fe, ni hay patria, ni hay honor, ni hay salvación para las naciones en la tierra.

Defendéis los tesoros y la vida de esa lengua lemosina, en la que tan incomparables dulzuras se han expresado, y que no debe morir ni pasar al museo yerto de los idiomas que fueron, porque esos terrenos adquiridos, esas conquistas que

tiene el lenguaje y el sentimiento poético del hombre en el mundo del corazón y de la idea, esas preciosas poesías, como las que aquí han sido premiadas y leídas, no deben quedar, como inscripciones sin alma para las generaciones venideras, conocidas sólo por algunos eruditos y sabios que descifren su sentido en su gabinete. Son obras de cultura humana, y es empresa de interés nacional defenderlas, mantenerlas vivas y populares, por medio de estos alientos y estas fiestas que las recuerden y las comunican al pueblo.

¿Tan rica está la humanidad en monumentos grandiosos de las conquistas del espíritu, que no debe esforzarse en conservar á esos soberbios templos fieles que eleven su alma y hallen consuelo á sus penas y regocijo para sus espíritus bajo sus bóvedas, y sacerdotes que mantengan su culto, expliquen sus misterios y agranden, si es posible, su admirable aparato?

Cuando la desgracia le hiere, suele despertarse en el corazón del hombre con facilidad la desconfianza y el recelo, y no es de extrañar que, castigada la patria por dolorosas rebeldías de algunos de sus hijos, amenazada por diarios anuncios de disturbios y diferencias interiores, hayan despertado nuestros sentimientos de recelo y aun de hostilidad contra todo aquello que signifique ó que aliente un sentimiento regional, dando por cierto el absurdo de, que todo lo que es diferencia es germen de separación, y lo que es peor y más absurdo, suponiendo que todo lo que es uniformidad es unidad y es seguridad para el orden y desenvolvimiento nacional. Yo soy un enemigo constante de ese funesto error: lo fuí en el Código civil, cuyas primeras bases, aceptadas después en todo lo esencial, inspiré en el respeto á los derechos regionales, y se consolidaron de esta manera los derechos forales; cuando estaban más amenazados de muerte, he procurado respetar esos mismos sentimientos en mis intentos de reformas administrativas. Lo soy y lo seré en las literaturas, y paso entre los políticos de Madrid por regionalista, cosa algo rara allí, en los nacidos y criados en la región castellana, y que no es muy bien mirada por muchos de los que en otras tendencias aplauden y simpatizan con mis predicaciones. ¿Es que yo gusto de la variedad de las diferencias del federalis-

mo? No, admiro la perfección, que es la unidad dentro de la variedad. Pero no desconociendo las dificultades que la variedad y las diferencias entre provincias y regiones ofrecen, soy y seré un enamorado ardiente de la verdad, del amor y de la vida, y donde quiera que descubro un sentimiento de entusiasmo por una idea, por una tradición, por una ley, por un canto popular, por una creencia consoladora de las que elevan el espíritu y ligan en fraternidad á los hombres de una comarca, disponiéndoles á sacrificarse por conservarla, encendiéndoles en amor por su defensa, allí está mi admiración, allí mi respeto, allí mi envidia, porque ni los pueblos ni los individuos son felices, ni se sienten satisfechos de vivir, si no vive en su corazón y en su alma algo que sea más grande, que se prolongue más allá de los límites miserables de su propia vida.

Y á ese orden de sentimientos pertenece la fe religiosa como el primero; pero después fortificándole el amor al hogar, al pueblo, á la región, á la lengua en que se recibieron las primeras impresiones de dicha, que son las que no se olvidan nunca; á la literatura en que se moldearon las formas poéticas más apropiadas á cada raza; á las leyes, á las que se tiene cariño y cuyo yugo se sufre con gusto, como al imperio, aunque sea tirano, de la mujer querida.

Yo me asombro de que cosas tan difíciles de crear como es el cariño de un pueblo á una institución, y tan irremplazables, tan necesarias para que una nacionalidad exista y sea vigorosa y digna y tenga las condiciones de una persona viviente, el instinto de la conservación, el sentimiento del honor, el amor á la justicia, la repugnancia á lo malo y á lo vergonzoso, y á lo indigno, se considere por muchos políticos como cosa indiferente, y aun, en ocasiones, molesta y peligrosa; y me maravillo al ver y al oír con qué facilidad y tranquilidad de espíritu se aprestan á suprimirle y á reemplazarle con cualquier ley libremente traducida de un anuario, ó imaginada en el recogimiento rápido de unas cuantas horas de despacho. No hay ruina mayor para mí que el aplicar la acción del poder ó de las fuerzas nacionales á matar uno de esos sentimientos, porque ¡cuán difícil no es su reemplazo!

¡Qué vacío no dejan en el alma de los pueblos, que quedan después inertes, indiferentes á sus propios destinos!

Bien comprendo que los pueblos que tienen creencias, afecciones vivas, respeto y amor á leyes tradicionales no son materia tan fácil para las manipulaciones del poder, no son lo que pudiéramos llamar carne de dictadura, y de ahí la prevención que despiertan las tendencias regionalistas, así en la literatura como en la política, á los que, con formas más ó menos doctrinarias ó jacobinas, no tienen fe sino en las soluciones que les sugiere su espíritu. También es verdad que esas pasiones que producen los fueros venerados, la lengua y la costumbre, la literatura y la región, manteniendo vivo el sentimiento de la personalidad, alientan á veces rebeldías, dificultan soluciones dictatoriales, ponen obstáculo á planes cariñosamente ideados en las tertulias, y pueden llegar a mayores riesgos y desórdenes. Pero ¿qué es todo eso al lado del espectáculo de un pueblo inerte, que es juguete del primer ocupante del poder público? En los pueblos como España, formados de agrupaciones históricas, hay que optar entre las pasiones con sus peligros, pero con sus energías, sus fuerzas, sus fecundidades creadoras, ó la extinción del verdadero espíritu nacional, si una á una, por la labor de la fuerza ó de la astucia, se le van arrancando sus leyes, sus tradiciones, sus apasionamientos, sus dialectos, sus costumbres populares.

Ésa ha sido la preocupación de nuestros Gobiernos durante largos años, y son muchos, la mayoría quizá de nuestros hombres públicos, los que la conservan, y con ellos los que dicen que arrancando á Cataluña sus leyes civiles, á las Provincias Vascas su lengua y sus instituciones municipales, á Navarra su régimen provincial, á las literaturas regionales sus fiestas, se haría una España centralizada y armónica, sin temor á guerras civiles ni á resistencias de impuestos, ni á cambios teatrales de régimen político, como mejor plazca á anos cuantos amigos que así lo combinan en Madrid.

Me recuerdan los que tal cosa intentan, y en parte muy considerable han logrado, una leyenda oriental, sencilla como un cuento de niños, que simboliza muy bien esa funesta la-

bor, y con la que pondré término á este saludo y á esta acción de gracias y expresión de fraternidad que os dirijo.

Había en un vasto y poderoso imperio una sultana favorita, madre de un mancebo hermosísimo, destinado á heredar en breve el reino de su ya anciano padre. Era el joven apuesto, impetuoso, agitado por las pasiones más vivas, y temblaba la cariñosa madre ante los estragos que en el choque de la vida, en el ejercicio del mando, pudieran producir aquellos vigorosos sentimientos en el alma y en el cuerpo de su adorado hijo y en el sosiego de su imperio. Pidió al genio protector de su raza que le arrancara las pasiones, cuyos daños le alarmaban. Accedió el genio, y cuando dormía el mancebo, obediente á los deseos de la madre, le tocó en la frente y huyeron la ambición y el ansia de los triunfos de la guerra; puso su dedo en los labios, y salieron la ira y la soberbia; golpeó con la mano el corazón, y acudieron humildes y volaron á los espacios el amor y todas las concupiscencias. Y cuando el joven príncipe despertó, la madre quedóse muerta al contemplarle: había conservado sus formas hermosas, pero no brillaban en sus ojos, ni contraían sus labios, ni arqueaban sus cejas, ni levantaban las alas de su aguileña nariz los relámpagos de las pasiones; era una masa inerte, poco menos que un imbécil.

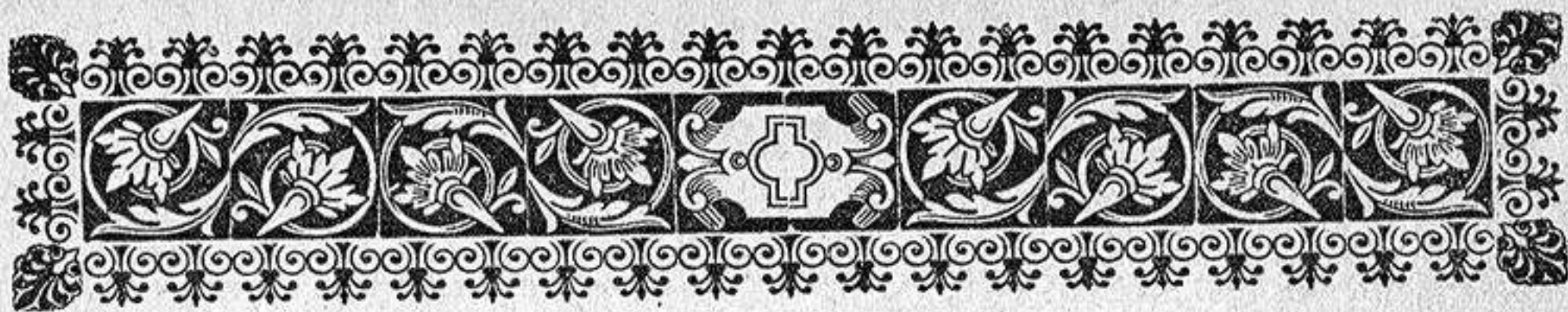
Eso es lo que la revolución jacobina é igualitaria ha querido hacer con España, porque la ha querido ver libre de pasiones históricas, de sentimientos tradicionales, de leyes anacrónicas y de viejas costumbres y de anticuadas literaturas capaces, es verdad, de producir en momentos dados dificultades, peligros, obstáculos para la gobernación llana del país; pero gérmenes irremplazables de energías, de vigor nacional, que cuando se extinguen no dejan tras sí sino el vacío, la impotencia, la esterilidad y la muerte.

Y con la leyenda oriental está el profundo sentido de la enseñanza cristiana; no ha querido la ley de Dios que arranquemos de nuestro cuerpo ni de nuestro espíritu los gérmenes de las pasiones, sino que las sujetemos á la debida obediencia de la ley religiosa y moral, evitando sus extravíos y guiándolas á la perfección sin destruirlas.

Hacéis obra de nacionalidad defendiendo, de entre esos sentimientos, los que por lazos más fuertes y visibles mantienen vigorosos los sentimientos populares, la literatura y la lengua; que no viviría como ha llegado á vivir Italia sin el Tasso y el Dante, ni Portugal sin Camöens, ni sería tan fundamental nuestra originalidad en Europa sin el Romancero, sin Calderón y sin Cervantes. Yo consagro á vuestro empeño los mayores bríos de mi corazón, las más ardientes simpatías de mi alma, y os tributo la mayor gratitud porque me hayáis dado derecho á llevar en mi pecho esa insignia de vuestra obra. Porque siento que, al poner atento el oído al latir del corazón de mi madre patria, como por mis deberes de hombre público tengo que hacerlo á diario, al tocar su sien para juzgar de su vida, siento, con amargura de mi alma, que esos latidos son lentos, que esa sien está fría, y miro como enemigos á cuantos le quieren arrancar nada que sea vigor, espiritualismo, entusiasmo, fe, confianza en sí misma, porque me parece que para regularizar sus costumbres la han quitado muchas energías, y que si logran arrebatarle la fe en sus fuerzas y en sus destinos y el amor y orgullo de lo suyo, la matan. (*Grandes aplausos.*)

FRANCISCO SILVELA.





TOMÁS ENRIQUE HUXLEY

«En opinión de los Lores Comisarios del Almirantazgo, redundaría en honor y provecho de la marina y de la ciencia en general el dar facilidades y alientos á los oficiales deseosos de proporcionar nuevas observaciones sobre asuntos científicos, y especialmente á los oficiales de Sanidad empleados por la marina de Su Majestad en mares extranjeros. Y lo que habrán de examinar los Lores del Almirantazgo es si debe premiarse con una recompensa pecuniaria ó con un ascenso á los que contribuyan, por modo notable, á producir resultados útiles con sus trabajos» (1).

Este párrafo, que se convierte en epigrama bajo la pluma del autor, da comienzo á la primera famosa memoria publicada por Huxley. Ese documento desempeña un importante papel en la carrera de nuestro sabio: es el eje alrededor del cual se desarrollan las primeras fases, bastante penosas, de su vida científica.

La obra fué escrita años antes, pero su publicación la retrasó la falta de recursos del autor. En muy modesta condición, Tomás Enrique Huxley había nacido en 1825,

(1) Extracto de un *memorandum* de los Lores Comisarios del Almirantazgo, publicado en 1849.

en Ealing, en el Middlesex. Su padre era pasante de la escuela de su pueblo natal. Después de los primeros estudios, hechos en parte en la escuela de su padre y en parte bajo su inspiración personal, siguió la carrera de medicina en el hospital de Charing Cross.

No alcanzó, sin embargo, el primer puesto en los exámenes, lugar que hubo de ceder á Ransome, el cual se estableció mas tarde en Nottingham.

Entró en seguida como ayudante de cirugía en la marina real, y aquí comienzan sus contratiempos. Pero dejémosle la palabra.

En el proemio, del cual hemos entresacado el párrafo antes transcrito, refiere con su *humor* habitual las pruebas de su noviciado científico:

«En el otoño de 1846, el *Rattneslake*, barco de Su Majestad, fué entregado en comisión al difunto capitán Owen Stanley, encargado de explorar el difícil paso situado dentro de la barrera de arrecifes que ciñe las costas orientales de Australia, y de construir el mapa del mar que se extiende entre la extremidad Norte de estos arrecifes y la Nueva Guinea y el archipiélago de la Luisiada.

»Un naturalista muy competente, J. Mac Gillivray, había sido agregado al buque; pero el capitán Stanley, apreciando en su justa extensión la magnitud del campo que se abriría durante la expedición á los amantes de la historia natural, deseó reforzar su contingente científico. Á este efecto, acudió á sir John Richardson, á la sazón inspector médico del hospital Haslar, y le rogó le designase un ayudante de cirugía que poseyese algunos conocimientos de historia natural, ó fuere capaz, al menos, de inspirar por su celo y amor hacia esta rama una confianza legítima de que utilizaría esta ocasión en provecho de la ciencia.

»En la primavera de 1846 entré yo al servicio médico de la marina: hallábame en Haslar, á las órdenes de sir John Richardson, hombre reflexivo, muy complaciente, aunque escaso de palabras para con sus subordinados. Había, supongo, observado mis aficiones, pues ya durante el verano, sin solicitud ninguna de mi parte, trató de encontrarme una

plaza en el Museo de Haslar. No lo consiguió; pero yo permanecí presente en su memoria.

»No olvidaré fácilmente el día en que, con la carta del capitán Stanley en la mano, vino á ofrecirme que tomara parte en un viaje de exploración. Este había sido el sueño de mi ambición de niño: un vasto horizonte se abría á mis facultades, ó, si se quiere, á las aficiones desarrolladas en mí con la adolescencia. Inútil es decir con qué satisfacción acepté el empleo que se me ofrecía.

»El *Rattlesnake* levó anclas en el invierno de 1846. Escribió una historia muy detallada de la expedición el Sr. Mac Gillivray. Baste, pues, decir que después de haber efectuado felizmente su viaje de circunnavegación y de haber explorado las regiones que llevaba la misión de examinar, el barco regresó á Inglaterra, y fué licenciado su personal el 9 de Noviembre de 1850.

»En algunas ocasiones no se hizo el viaje sin cierta ansiedad; pero ningún accidente serio vino á herir al *Rattlesnake* ó á su tripulación hasta el último regreso á Sidney, en la primavera de 1850. Solamente entonces la salud del capitán, ya resentida por el clima enervante de Nueva Guinea y por la responsabilidad más enervante aún de su cargo, empezó á declinar con lamentable rapidez.

»No quiero recordar ciertas circunstancias de orden privado que aumentaron el dolor de este repentino golpe entre todos los que lo presenciaron; pero puedo afirmar rotundamente que nada podía ser más triste para los intereses científicos de la expedición y para el bienestar personal de los oficiales que habían tomado parte en ella y soportado sus fatigas.

»El capitán Stanley poseía una gran influencia, y era uno de sus grandes méritos apoyar siempre á sus oficiales. Y si hubiere vivido, no hay duda que sus lugartenientes, hombres de carácter y experiencia, no habrían quedado sin ascenso años y años; sus trabajos hidrográficos y los de él no habrían sido mezclados, sin distinción posible, con los de otras personas; al naturalista agregado á la expedición no se le hubieran negado los medios de publicar la narración del

viaje, y, según todas las probabilidades, esta obra no hubiera aparecido después de tan largo tiempo y á deshora, en 1859.

»En realidad el objeto del presente prefacio es únicamente hacer notar que los dibujos originales de los grabados se remontan á una época comprendida entre 1847 y 1850, y que todas mis observaciones, excepto las relativas á *Porpeta*, son de muy antigua fecha.

»Hé aquí los hechos tales como son. Yo hice bastantes observaciones durante el trayecto y envié varias notas á la Sociedad Linneana y á la Sociedad Real. Á no ser por el amable y cordial estímulo que no cesaba de fomentar en mí el ilustre William Mac Leay siempre que mi arribada á Sidney me colocaba de nuevo en el radio de su hospitalidad, no sé si hubiera tenido el valor de continuar trabajos desprovistos, á mi juicio, de todo mérito.

»Á mi regreso á Inglaterra no solamente me encontré con que la Sociedad Real había juzgado mi memoria sobre las Medusas digna de publicidad, sino que de todas partes me tendieron manos caritativas y entre los hombres de ciencia hallé muchos amigos generosos cuya simpatía y afectos excedieron la medida de mis méritos. Entre ellos Edward Forbes, espíritu noble y genial, me ayudó con aquella energía que solía poner al servicio de la gente joven, y ahora que yo le he sucedido, sin reemplazarle ¡ay de mí! en esta cátedra que él desempeñaba entonces, ahora que tengo alguna experiencia personal de la multiplicidad de sus ocupaciones y del peso de su responsabilidad, no puedo recordar sin emoción la atención paciente que me prestaba, aquel celo, capaz del sacrificio, con el cual ponía en mi favor todo su poder, su amistad y su autoridad».

»Al examinar de nuevo con este amigo experimentado los materiales que había yo recogido, nos pareció que una parte de mi trabajo podía enviarse en forma de notas á ciertas Sociedades científicas. Por el contrario, las observaciones más minuciosas hechas sobre las Medúsidas, Calycofóridas y Fisofóridas exigían desde luego ser impresas aparte. Forbes y otros amigos serios opinaban que el trabajo tenía

valor bastante para que el Gobierno subvencionara su publicación.

»Esperábamos tanto más obtener ese estímulo cuanto que en 1849 los Lores del Almirantazgo habían hecho publicar un *Manual de Observaciones científicas* y habían puesto á la cabeza del opúsculo una memoria llena de expresiones y promesas muy liberales. De esa memoria es lo que hemos reproducido al principio de este prefacio. Se puede allí notar que la promesa tan formal de *Sus Señorías* de estimular á los oficiales de marina que hiciesen algo útil á la ciencia no estaba subordinada á la hipótesis de ninguna otra recompensa concedida por el Gobierno á los trabajos científicos.

»Al suponer mi obra de algún valor, y yo tenía para creerlo toda clase de respetables apreciaciones, era evidente que me cabía el derecho de pedir en justicia al Almirantazgo auxilios para publicarla, y una persona sencilla podía imaginarse que esta justa demanda se robustecía por la circunstancia de ser yo el primero, en mi juicio, en hacerla valer después de la aparición de la memoria.

»No puedo, sin embargo, acusar á *Sus Señorías* de haber rechazado mi súplica; recurrieron á un procedimiento más sencillo, el de impedirme que les presentase ninguna. Había hecho, es verdad, una solicitud en debida forma por conducto de mi superior, pero tenía por objeto obtener el simple permiso de publicar mi trabajo.

»Recordando la memoria, hay algo de fina ironía en la respuesta que se me dirigió. Tengo orden, decía el secretario, de transmitir á usted el pleno permiso concedido por *Sus Señorías* á la súplica de usted de publicar... Pero he de añadir que *Sus Señorías* no quieren que se imponga al país el menor gravamen para subvenir á los gastos... Sin embargo, continuaba, espero que producirá usted una obra capaz de honrar á usted, á su difunto capitán que le eligió y á la marina de Su Mejestad.

»Aunque me hubiese yo mismo lisonjeado de haber logrado producir «un resultado eminentemente útil», temo que esta carta habría ahogado todas mis esperanzas de recompensa pecuniaria, ó de ascenso ó de todo otro auxilio. Pero

mis amigos no opinaban así, y á fuerza de instancias me obtuvieron la continuación nominal en el empleo; mi paga de ayudante de cirugía continuó abonándoseme, y durante este tiempo se gestionaba obtener del Gobierno las trescientas libras necesarias para la publicación de la memoria.

»Sería fatigar al lector narrarle al detalle la lectura de los trabajos que pasaron mis protectores. En vano el Presidente de la Sociedad Real y el de la *British Association* lo solicitaron al Tesoro, ya aisladamente, ya juntos; en vano yo visitaba, interpelaba, molestaba á todas las autoridades á propósito de esta miserable subvención. Lo confieso, todo este asunto era para mí en aquel entonces una carga muy pesada; pero dirigiendo ahora y como de paso una mirada, toda mi gratitud me parece poca para pagar el celo de los amigos que me recomendaron, y la cortesía tan paciente, tan probada de los empleados del Gobierno, obligados á prestar atento oído á las reclamaciones de esta ciencia natural que, si no me engaño, les era perfectamente desconocida y les importaba un bledo.

»El conflicto duró tres años; en todo este tiempo el Almirantazgo, si no me equivoco, me dió, en forma de paga, cincuenta libras más de mi haber; pero *Sus Señorías* no variaron en su empeño de hacerme imposible la publicación de una obra que era, sin embargo, la única razón del aumento de sueldo.

»No quiero querellarme de una orden muy desagradable para mí en aquella época, pero destinada á prestarme un gran servicio más tarde. Pues cuando en 1854 *Sus Señorías*, fatigados, según creo, de nuestra obstinación, cortaron el nudo gordiano llamándome al servicio activo, nuevos horizontes se habían abierto, y renunciando á mi comisión, encontré de golpe los fondos tanto tiempo deseados. Desde este momento, en efecto, los administradores de subsidios del Gobierno no habían ya de objetarme que el Almirantazgo se había empeñado en contribuir á la publicación de los trabajos hechos á su servicio por sus oficiales.»

En tanto que la marina real le pagaba todavía sus emolumentos de ayudante nominal de cirugía, Huxley trabajaba

en su memoria y procuraba darse á conocer por notas enviadas á las Sociedades científicas. Sus trabajos fueron justamente apreciados por la Sociedad Real, que le llamó á su seno en 1851. Era bien joven aún para recibir esta distinción, pues sólo contaba veintiséis años.

Á esa fecha se remontan sus relaciones de amistad con otros jóvenes cuyo nombre debía brillar más tarde con vivísima luz. Las amistades de la juventud son las más gratas; son también las más constantes; con los años ganan en profundidad y, como un vino generoso, adquieren con el tiempo un gusto exquisito que da un singular encanto á la vida.

Él mismo nos refería los orígenes de esta confraternidad científica. «En el otoño de 1851, Tyndall y yo fuimos á la reunión de la *British Association* que se verificaba en Ipswich. No éramos más que científicos *items*, no desconocidos ya, sin embargo, de las «columnas» de aquella congregación científica. Acaso también éramos ya considerados como jóvenes en quienes no se podía tener plena confianza y muy capaces de pretender salir del lugar que les correspondía. Jóvenes, con cierto grado de energía, sin propósitos bien definidos para lo porvenir, sin ninguna disposición para recurrir á los medios ordinarios de adelantamiento, podíamos campar por nuestros respetos. También nos apresuramos á asimilarnos las costumbres del *Red Lion Club*, del cual ya era yo socio en Londres. Había sido fundado por el más espiritual de los antifilistinos, Edward Forbes, como una protesta contra los *Dons* y *Donnishness* de la ciencia. Á este efecto, los *Red Lions* hacían punto de honor el celebrar sus fiestas con una sencillez espartana y modos de gobierno anárquicos. Sus ritos pantagruélicos estaban mezclados de discursos, fuera de todas las convenciones y de cantos picarescos tales que sólo Forbes podía crearlos.

Fuimus. La ultima vez que festejaba con los *Red Lions* yo mismo era un *Don*; la comida habría regocijado al más *gourmet* de los *Dons*, y yo no conozco más que una sola persona que, bajo una grave apariencia, digna de un eclesiástico, se lamentase de la evolución del *Red Lionism* en sociedad respetable: Tyndall.

»En esta reunión de Ipswich fué donde Tyndall y yo nos encontramos á Hooker, recién llegado de los trabajos y peligros de su expedición al Himalaya: iba á ser el tercero de esta pequeña compañía, cuyos individuos debían de allí en adelante permanecer unidos en los buenos y en los malos días. Frankland era ya un antiguo amigo de Tyndall. Lubbock se nos uniría bien pronto. Y éstos eran los cuatro que, el otro día, estaban de pie, con sus lejanos recuerdos, en el cementerio de Haslemer (1), donde iba á reposar Tyndall.»

*
* *

Es muy hermoso dedicarse á los placeres del espíritu, pero aun siendo un *Red Lion*, aun resignándose á una sencillez espartana, el hombre no puede vivir únicamente de ciencia y de títulos honoríficos. Tyndall y Huxley tuvieron un momento la idea de partir para la Universidad de Toronto, en el Canadá. Pero no les fué preciso abandonar la madre patria. Á Tyndall le cupo en suerte la herencia de Faraday en la *Royal Institution*, en tanto que Huxley «echaba el ancla» en Fermyn Street. El ancla era sólida, pues hasta el fin de su vida conservó su título de profesor de la Escuela de Minas. Sucedió, como él nos lo dice, á su patrono y protector Edward Forbes en el cargo de profesor de paleontología y de historia natural.

Su ciencia y su trabajo le permitieron acumular á esta cátedra, la primera en su estima, otros cursos de menos continua duración. Amigo de Tyndall, fué también colega suyo en 1854 en la *Royal Institution*. En tanto que el brillante físico encantaba á sus oyentes con el atractivo de su palabra y el esplendor de sus experiencias, Huxley les iniciaba en los misterios de la vida, y el *Fullerian Professor of Physiology* nos ha dejado un manual que puede hacernos juzgar del interés que ofrecía su clase.

La Universidad de Londres no da enseñanza, pero confiere los grados por medio de examinadores escogidos por ella

(1) Tyndall, *The Nineteenth Century*, Enero 1894.

entre los profesores más distinguidos de los colegios que le están incorporados. En 1854, Huxley se había ya impuesto lo bastante á la pública atención para fijar la elección del Senado de la Universidad y fué nombrado examinador de fisiología.

De 1863 á 1869 explicó la anatomía comparada en el gran establecimiento *Royal College of Surgeons*.

No se limitaba únicamente en sus lecciones á la enseñanza superior; intervenía en las cuestiones prácticas de educación, y se hizo un llamamiento á sus luces cuando, en 1870, se fundó la primera *School Board* en Londres.

Los centros universitarios de otras ciudades de Inglaterra parecían querer disputárselo á la capital. En 1858 se intentó atraerlo á Oxford, donde se acababa de crear una nueva cátedra denominada *Linacre Professorship of Physiology*; pero sus ideas no estaban en armonía con las que reinaban en esta Universidad. Huxley representaba el nuevo espíritu; era también un innovador dentro de su reciente partido. El aire antiguo de Oxford no le convenía. Rehusó, y fué nombrado Rolleston.

Veinte años después Rolleston murió. Nuevas instancias se hicieron á Huxley, entonces en el apogeo de su gloria científica. Rehusó de nuevo, alegando su edad que no le permitía emprender una nueva carrera. Aludió también á la divergencia de opiniones entre él y el cuerpo profesional de Oxford; pero fué con mayor discreción que antes.

Oxford tenía, sin embargo, empeño en verle. Resistió á las instancias de sus amigos de la Universidad; hasta la idea de una simple visita á Oxford le repugnaba. Estaba atacado de insomnio, y temía ver agravarse su enfermedad por las discusiones con adversarios que, teniéndolo en alta estima, encontrábanse muy dispuestos á romper una lanza con él.

Sin embargo, el año de 1894, al reunirse en Oxford la *British Association*, se dejó persuadir y se presentó. Una dificultad se ofrecía. Lord Salisbury, canciller de Oxford, debía presidir la sesión y abrirla con el discurso de rúbrica. Es tradición en Inglaterra que dos de los socios más ilustres de la Asamblea tomen la palabra después del presidente: el pri-

mero para «proponerle un voto de gracias», y el otro para «secundar» la moción del primero.

Lord Salisbury y Huxley salían, justamente en aquel momento, de una discusión bastante viva acerca de la Universidad de Londres. Huxley sabía, por otra parte, que se pensaba acudir á él para contestar al discurso presidencial. Circunstancia agravante: el *address* del presidente atacaba una doctrina que le era querida. No tenía, pues, muchas razones para dirigirle acciones de gracias á Lord Salisbury.

Después de madura reflexión, no creyó poder sustraerse á este acto de cortesía, y evidentemente hubo acuerdo tácito de no dirigir al ilustre anciano ningún ataque, ni aun cortés, que hubiera podido afectar al estado de su salud, y la recepción que se le hizo en el *Sheldonian Theatre* le recordó sus más hermosos días de triunfo.

Aberdeen le fué más simpático que Oxford. Le nombró su *Lord Rector*. Participó también de la dirección del colegio de Eton, y durante el año 1875-76 reemplazó al titular de la cátedra de historia natural de Edimburgo.

Las Sociedades extranjeras le llamaron á su seno. Á pesar de las oposiciones que había suscitado, no fué menos estimado en su país. Desempeñó largo tiempo el cargo de secretario de la Sociedad Real y fué elevado después á la presidencia. Presidió igualmente una de las sesiones de la Asociación Británica.

*
* *

Huxley no estaba tan absorbido en sus ocupaciones que no disfrutase de algún recreo. El que parece haberle distraído más lo encontró en el *X Club*.

Hé aquí lo que era este Club y cómo fué fundado:

«Corría el tiempo, dice Huxley, el trabajo hacíase más duro, las distracciones de la vida más absorbentes. Algunos de nosotros, que habían sido amigos íntimos largo tiempo, vieron que el oleaje de los negocios nos alejaba desgraciadamente á unos de otros sobre el mar de la vida. Para combatir esta tendencia convinimos en comer reunidos una vez todos los meses. Al principio creo que había una vaga idea

de reunir representantes de cada una de las ramas de la ciencia. En todo caso, los nueve que se asociaron, Buch, el doctor Frankland, el doctor Hirst, sir Joseph Hooker, sir John Lubbock, Spencer, Spottiswoode, Tyndall y yo, hubieran podido comprometerse á proporcionar ellos solos la mayor parte de los artículos de una enciclopedia científica.

»Desde luego, nuestros espíritus se entregaron á un formidable ejercicio para determinar el nombre y los estatutos de nuestra sociedad. Las opiniones sobre tan grave asunto eran apenas menos numerosas que los individuos, antes bien más numerosos.

»Cansados de tal lucha, aceptamos la feliz idea de nuestros matemáticos de llamarla *X Club*. Después, la proposición, hecha por un hombre de genio, de no tener regla, salvo la regla no escrita de no tener ninguna, fué aprobada por aclamación.

»Más tarde hubo tentativas para aumentar el número de socios. Estas tentativas acabaron por cansarnos y se puso un freno mediante el convenio de que ninguna proposición de este género sería hecha á menos que el nombre del nuevo candidato contuviese todas las consonantes ausentes en el nombre de los socios fundadores. A falta de amigos eslavos, esta decisión puso término á toda posibilidad de aumento. Una vez al año se hacía una excursión, á la cual eran invitadas las señoras de los socios.

»Si mis recuerdos son exactos, las reuniones del *X Club* comenzaron al principio del año 60; continuaron con regularidad durante unos veinte años sin que nuestras filas se aclarasen. Pero después, las «Geistige Naturen», semejantes á las sombras por las cuales el poeta paga tan de buena gana al barquero del río, sombras silenciosas é inolvidables, ocuparon una á una las plazas abandonadas por los vivos.

»Yo creo que los *X* tenían entre ciertas gentes la fama de formar una especie de *caucus* (1) científico. Lo que puedo

(1) Los americanos emplean la voz *caucus* para designar un grupo de algunos individuos que se forma en el seno de una sociedad para conseguir, valiéndose de intrigas, que la mayoría acepte ciertos acuerdos que proponen los primeros.

asegurar es que dos de mis colegas en Sociedades científicas, hombres muy distinguidos, colocados á uno y otro lado de mí, cambiaron un día en mis propias barbas—pero yo tuve el cuidado de fingir que no prestaba atención—el siguiente diálogo:

—Dígame, A, ¿sabe usted algo del *X Club*?

—¡Oh! sí, B; he oído hablar de él.

—¿Y qué se hace allí?

—¡Psché! Arreglar los asuntos científicos y, la verdad, no lo hacen del todo mal.

»Si mis dos amigos hubiesen presenciado alguna de nuestras reuniones, habrían formado de nosotros peor concepto, y algo les hubiera sorprendido el tono tristemente frívolo de nuestra conversación. No era seguramente Tyndall quien nos ayudaba á estar serios.»

*
* *

Después de unos treinta años de profesorado, el Gobierno británico confió á Huxley la inspección de las pesquerías del salmón; pero su salud estaba ya muy quebrantada y no ejerció su nuevo empleo más que cuatro años.

Había sido tal su desinterés en todos sus cargos, que después de haber estado á la cabeza del movimiento científico y escolar durante tanto tiempo, su fortuna era menos que modesta. Se me ha dicho que en 1875 la Sociedad Real tuvo que señalar una gratificación á su secretario, cargo que hasta entonces fué siempre gratuito. En 1892, merced á las instancias de amigos de la ciencia, el Gobierno le concedió una pensión en muestra de gratitud por los servicios que había prestado.

Pudo entonces retirarse á Eastbourne con su mujer, á la que conoció en Sidney en un baile de oficiales durante la arriesgada expedición del *Rattlesnake*. Había perdido uno de sus hijos: los dos hijos y las dos hijas que le quedaban procuraban con su amor hacerle menos penoso el recuerdo del ausente. Huxley era un modelo de padres de familia. Rodeado de los suyos corrió feliz el tiempo en Eastbourne, donde podía respirar el aire vivificante del mar.

Allí fué á buscarle la última distinción que le confirió el Gobierno, la de individuo del Consejo privado de la Reina, con el título de *Right honourable*. Pero su salud declinaba visiblemente, y en 1893, cuando dió las *Romanes lectures*, hasta el auditorio notó su fatiga.

Un ataque de influenza sobrevino después; curó de él, pero este último ataque había sido demasiado fuerte para su constitución ya quebrantada, y murió el 29 de Junio de 1895.

La inhumación se verificó, según su deseo, en *Marylebone Cemetery*. Todo lo que en la ciencia había de más distinguido se empeñó en asistir. Después de los funerales se reunió una comisión para discurrir el mejor medio de conservar á la posteridad el recuerdo de aquel hombre eminente. Se formularon varios proyectos. Hablóse de un monumento que se erigiría en la *Westminster Abbey*, panteón de los hombres célebres de Inglaterra, ya descrito por Chateaubriand. Sir William Flower, director del grandioso Museo de historia natural de Londres, hubiera querido erigir á Huxley, en su establecimiento, una estatua al lado de la de Owen, y unir así después de la muerte á dos sabios, ambos ilustres, pero de opiniones completamente distintas. Expuestos á encontrarse con frecuencia en el terreno común de la paleontología y de la zoología, los conflictos entre ellos habían sido inevitables, convirtiéndose aquéllos, á veces, en combates encarnizados.

*
* *

Fuera de Inglaterra sorprenderán acaso estos honores tributados á Huxley.

Otros sabios ingleses de este siglo han unido á su nombre algún hecho memorable en el orden de los inventos ó en el de las ideas. El nombre de Faraday recuerda las líneas de fuerza de los imanes, las corrientes de inducción y otros hermosos descubrimientos en el campo de la electricidad y del magnetismo; el de Joule, el equivalente mecánico del calor; el de Darwin, la evolución; el de Lister, los métodos antisépticos. El argón acaso esté llamado á inmortalizar el nombre de Lord Rayleigh.

Para juzgar bien á Huxley es necesario unirle con Tyndall. Uno y otro ejercieron inmenso influjo sobre la opinión. Seguramente uno y otro han hecho trabajos que pueden calificarse de notables pero esos trabajos originales no explicarían por sí solos la notoriedad que han adquirido sus nombres en el gran público, notoriedad muy superior á la de otros sabios, cuyos títulos de gloria acabamos de recordar, exceptuando siempre á Darwin.

Su poder residió en todo un conjunto de circunstancias que muy rara vez reúne un solo hombre, y que le permitieron, por una parte, tratar de igual á igual con los sabios más especialistas en cada materia, y por otra, dirigirse á la turba de amantes de la ciencia, ser comprendido por ella gracias á la claridad de su lenguaje, y al mismo tiempo entusiasmarla con su elocuencia persuasiva y llena de ese *humor* tan grato á un auditorio inglés.

Ambos se sirvieron de la ciencia para llegar á las más altas cimas de la filosofía y de lo sobrenatural, y ambos se entregaron por entero á las controversias religiosas, aun á riesgo de comprometer en ellas hasta su renombre de sabios.

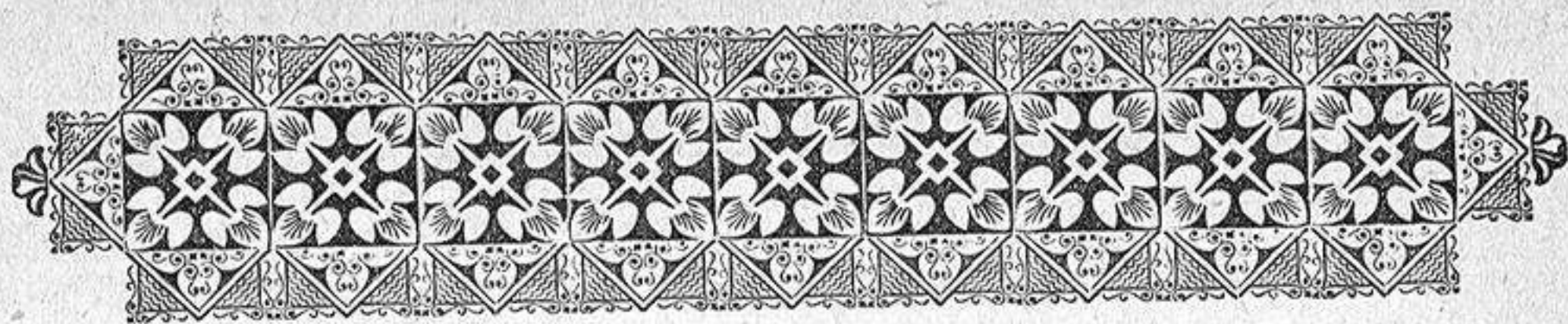
La influencia de Huxley fué acaso mayor que la de Tyndall, y creo encontrar la causa de esta superioridad en la larga carrera profesional del zoólogo.

Varias generaciones de alumnos oyeron sus lecciones; convertidos en maestros á su vez, no perdieron nada del respeto que desde un principio habían concebido por él. Esta larga práctica de una enseñanza seria y elevada, transmitida no á simples oyentes, sino á discípulos obligados á asimilársela y á profundizarla, no podía menos de comunicarle más claridad, orden, precisión, vigor, hasta en las conferencias destinadas al público ordinario.

Hay, por lo tanto, que distinguir tres hombres en Huxley: el sabio, el catedrático y el conferenciante. Desde este triple punto de vista procuraremos darle á conocer.

GUILLERMO HAHN, S. J.

(Continuará.)



EL ANARQUISMO EN ESPAÑA

Y EL ESPECIAL DE CATALUÑA (1).

CAPÍTULO III

LA PRENSA Y LA LITERATURA ANARQUISTA

I

Muchas, y algunas de ellas notables y de carácter científico, aunque sin perder nunca de vista la clase de lectores á quienes casi exclusivamente se dirigían, han sido las publicaciones anarquistas, folletos, opúsculos, revistas, periódicos y hojas sueltas, dadas á luz en estos últimos años, tanto en España como en el extranjero, respondiendo á las propagandas unidas de la *doctrina* y del *hecho*, y siendo órganos más ó menos autorizados ú oficiales de la secta, ó expresión de los acuerdos de algunas agrupaciones.

Entre las españolas mencionaremos *La Acacia*, de Barcelona, *La Alarma*, de Sevilla, *La Ciencia Social*, de Barcelona, *La Cuestión Social*, de Valencia, *El Archivo social*, de la Habana, *El Combate*, de Bilbao, *El Comunista*, de Zaragoza, *El Combate*, de San Sebastián, *El Corsario*, de la Coruña, *El Eco del Rebelde*, de Zaragoza, *El Eco de Ravachol*, de Saba-

(1) Véase la pág. 148 de este tomo.

dell, *El Invencible*, de Zaragoza, *El Jornalero*, de Valencia, *El Jornalero*, de Alcoy, *El Obrero*, del Ferrol, *El Oprimido*, de Algeciras, *El Porvenir Anárquico*, de Gracia, *El Porvenir Social*, de Barcelona, *El Productor*, de la Habana, *El Proletario*, de San Feliu de Guixols, *El Trabajo*, de la Habana, *La Anarquía*, de Madrid, *La Controversia*, de Valencia, *La Idea Libre*, de Madrid, *La Nueva Idea*, de Gracia, *La Revancha*, de Reus, *La Tramontana*, de Barcelona, *La Víctima del Trabajo*, de Valencia, *La Voz del Obrero*, de Puerto Príncipe, *Los Desheredados*, de Sabadell, *El Ravachol*, de Sabadell, *El Pan del Pobre*, de Barcelona, y *La Unión Obrera*, de San Martín de Provensals.

Todas estas publicaciones, resuelta y exclusivamente anarquistas las unas, socialistas las otras, pero patrocinando y dando cabida en sus columnas á las doctrinas anárquicas, desaparecidas las más de ellas por falta de elementos que las sostuvieran ó para refundirse en otras nuevas, ó suprimidas algunas por disposiciones gubernativas ó judiciales, demuestran la extensión que alcanzó entre nosotros el anarquismo, la perseverancia con que ha llevado á efecto la propaganda, el error de los Gobiernos al mirar con indiferencia publicaciones antisociales y por lo tanto antijurídicas, que, poco á poco, pero sin interrupción, iban infiltrando perturbadoras y ponzoñosas doctrinas en el seno de las clases sociales más numerosas, apasionadas é impresionables, y menos instruídas; el empleo reflexivo de su dolosa *táctica* al utilizar periódicos no pertenecientes á la *secta*, propios de escuelas distintas, disfrazando también los suyos, para de ese modo «poder inculcar la doctrina á los *proletarios de levita*», como se dijo con aplauso en una de sus reuniones, y hacer ver también los pueblos y comarcas donde echó más extensas y profundas raíces.

Demuéstranlo igualmente los no menos numerosos folletos que, ó escritos por anarquistas españoles, ó traducidos al castellano y al catalán, han circulado profusamente, y hasta los últimos años sin el menor obstáculo, por todas las provincias. Tan sólo como muestra de los mismos citaremos el *Duque de Candor*, escrito por Mr. Arturo Arnould; las *Can-*

ciones anarquistas, cuya venta se hizo principalmente en el Ferrol, y se atribuye su compilación á Alonso Barral, aunque más bien corresponden á la colección *Liberty Livres*, de U. Bevington; la *Refutación de la Encíclica de León XIII* sobre la cuestión social; *El segundo certamen socialista*, publicado en Barcelona; el *Himno anarquista*; *El proletariado*, escrito por Chivelmont y publicado en Sabadell; *El mundo que nace y el mundo que muere*, debido á Teresa Claramunt; *Getz over der revolutionaire cabegnig en de propaganda der daad in Spagne*, escrito por Alejandro Cohen; *El único y su propiedad*, de Max Striner; los *Diálogos del calabozo*, uno de cuyos redactores fué Emilie Hugues; *El crimen de Chicago*, escrito por Hug y Pentecost; *Herejes y herejías*, de Roberto J. Ingersoll; *Apuntes sociológicos*, de V. Senci; *Justo Vives y el Estado*, de Lorenzo; *¡Cómo nos diezman!*, de V. Marchs; *Vulgaridades*, de M. Ruiz; *El proceso de un gran crimen*, de Momeny; *Á las hijas del pueblo*, de Ana María M...; *Por qué somos anarquistas*, de Ródenas, imitación indudablemente del de William Morris, *Pourquoi je suis communniste*, y la *Utopía anarquista*, de Suñé.

El espíritu que generalmente ha presidido en estas publicaciones, no obstante el que los epígrafes de varias de ellas indican otra cosa, no ha sido el filosófico ó especulativo. Casi todas han respondido á la controversia, á la crítica de la sociedad actual, de sus creencias, instituciones y organismos, á combatir arduosamente, con verdadera furia, el capitalismo y el industrialismo, y con no menor saña á la *burguesía* en general y á la *pseudo burguesía*, ó á todo ello junto. Han respondido á la propaganda de *acción* más que á la *doctrinal*, al ataque más que á la defensa. Los periódicos fueron más bien de combate, órganos de los grupos del anarquismo militante, del que rechazaba y rechaza el platonismo, el *ideo'o-gismo* de los doctrinarios, que, según en varias ocasiones se dijo, no conducían á resultado alguno práctico, retardando, más que acelerando, el triunfo de la revolución; «cobardes que se cuidabantan sólo de teorías por miedo á los hechos». Los folletos únicamente fueron doctrinales en cuanto la doctrina podía servir á la *causa*. Unos y otros descubren en

el anarquismo lo que ya hemos señalado; la indeterminación, la incertidumbre, la vaguedad en todo lo que á la sociedad futura, á la sociedad anarquista se refiere; la precisión, la claridad, el odio, la saña en su crítica de la sociedad presente; y confirman la conclusión del Sr. Moret en su notable discurso en el Ateneo de Madrid en 1.º de Diciembre del año último, de que el anarquismo, «que tiene su filiación en Proudhon, descansa en las tres famosas negaciones de éste: Dios, la autoridad y el capital, trilogía en que se apoya la sociedad actual».

II

De los periódicos anarquistas extranjeros, ó que admitían trabajos de tal índole, sin combatirlos ni siquiera indicar su disconformidad, que han tenido mayor ó menor circulación entre los sectarios españoles, podemos mencionar los siguientes: *Les Temps Nouveaux*, de París, que contó entre sus redactores á J. Ajalbert, Charles Albert, André Lizard, Fortuny Henry, F. Herold, Teodore Jean, Bernard Lazare, A. Rette y Mari Stephani; *La Revue Blanche*, también de París, redactada por Víctor Varracand, León Blum, Félix Feneon, Lucien Abrahield, Tadée Aratanson y Zo di Agra; *La Revue Rouge*, igualmente de París, cuyos redactores fueron Henry Bahuer, Manuel Devaldés, Jules Germain, Jules Heyne, Gustavo Langlet, Stuard Morrull, Francés Norgelet, Henry Paillety y Loirent Tailadi; *La Libertaire*, de París, dirigido por Sebastián Faure, y que contaba entre sus redactores á Constans Martus; *El Oprimido*, de Luján, en la República Argentina, director P. Greagh; *Cassero*, de Buenos Aires, director H. U. Haufman; *Le Père Peinard*, de París, director E. Pouget; *Liberty*, de Londres, editado por Tochatti; *L'Education Integrale*, de París, director Pablo Roubien; *La Anarquía*, de La Plata, director F. Rojo; *El Perseguido*, de Buenos Aires, director B. Salvans; *Sempre Avanti*, de Liorne, director Vacherini; *Anarchist*, de Holanda; *A Propaganda*, de Lisboa; *Die Autonomie*, de Londres; *Die Bukunst*, de Viena, director Liebenbrunn; *Dei Socialist*, de Berlín; *El Derecho*

á la Vida, de Montevideo; *El Despertar*, de Nueva York; *El Esclavo*, de Tampa; *El Obrero Panadero*, de Buenos Aires; *El Tirapié*, de Buenos Aires; *La Expropiación*, de Buenos Aires; *Frédon*, de Londres; *La Cuestión Social*, de Buenos Aires; *La Liberté*, de Buenos Aires; *La Nouvelle Humanité*, *La Pluma*, *La Revoltée* y *La Sociale*, de París; *La Verdad*, de La Plata y de Santa Fe; *L'Avenir*, de San Pablo, en la República del Brasil; *Le Droit Sociale*, de Lyon; *L'Endro*, de París; *Le Pleveien*, de Bruselas; *O Revoltao*, de Lisboa; *Revoltée*, de Ginebra; *The Rebel*, de Boston; *L'Ordine*, de Turín; *Il Proletario*, de Marsala; *La Favilla*, de Mantua; *Il Pensiero*, de Spezia; *La Plebe*, de Spezia; *A Revolta*, de Lisboa; *Revoluciao Social*, de Lisboa; *La Riscossa*, de Buenos Aires; *The Alarm*, de Chicago; *Soladiverty*, de Nueva York; *Grado dell' Opresi*, de Nueva York; *Anarchist*, de Scheffield; *Le Plebecien*, de Génova; *La Critique Sociale*, de Génova; *Le Ciclone*, de Buenos Aires; *Le Avenir*, de Génova; *O Libertairo*, de Oporto; *O Agitador*, de Lisboa; *La Luz*, de Montevideo; *Antivaktug*, de Amberes, y, por último, el muy característico *The Torch*, de Londres, que acaba de desaparecer, fundado por las señoras Rossetti, violentísimo, correspondiente á su título, y cuya portada, de color rojo de sangre, representaba al trabajador marchando hacia los frutos de su trabajo y siendo detenido por el fusil de un soldado y por el revólver de un capitalista.

Todas estas publicaciones, procedentes de países los más diversos, circularon en el nuestro, sobre todo en las provincias catalanas y vascas y en algunas poblaciones de Galicia, Andalucía, Valencia y Aragón, donde el anarquismo contaba con mayor número de prosélitos, donde la idea socialista ha echado raíces y donde ó por su grande desarrollo industrial, ó por la extensión de la minería, ó por sus relaciones comerciales ó por la facilidad de las comunicaciones terrestres y marítimas, ó por otras causas, son muchos los extranjeros avecindados y transeuntes, y entre éstos bastantes los que al dividirse y disolverse la Sociedad Internacional de Trabajadores entraron de lleno en el *colectivismo radical* ó siguieron á Bakounine.

Los periódicos que contaron con mayor número de lectores y que con más frecuencia aparecían sobre las mesas de los centros y casinos que aunque propios de las reuniones y sociedades obreras tenían carácter socialista y cobijaban también á no pocos *colectivistas-anárquicos*, fueron los franceses y los procedentes de las repúblicas de la América del Sur, por las mayores relaciones mercantiles entre España y dichos países y por el flujo y reflujo de la emigración, cada día más importante, seguían los portugueses é italianos, y ocupaban el último lugar los ingleses y los alemanes.

El número de suscriptores fué siempre reducido, pues los anarquistas, jornaleros y operarios por lo común, y contando, de consiguiente, con pocos recursos, preferían suscribirse á los regionales.

Con todo, la circulación no fué reducida ni escasos los lectores, porque así los periódicos pertenecientes á los centros como los recibidos directamente por los suscriptores en la forma que indicaremos, como los que traían los extranjeros y repatriados, como los que coleccionados llevaban los propagandistas y agitadores, pasaban de mano en mano, se leían en los cafés y establecimientos de bebidas, recorrían los talleres, las fábricas y los obradores, y se enviaban de unos á otros pueblos, todo ello más ó menos públicamente, según el criterio más ó menos expansivo de los Gobiernos respecto á la prensa.

Conforme tuvieron lugar los atentados y los demás hechos que señalaban la actuación de la propaganda no doctrinal ó de la idea, y que, como veremos, lejos de producir los resultados que sus preconizadores é inspiradores se prometían, redujeron las huestes anarquistas, pues los verdaderos trabajadores se separaron por no poder transigir con el crimen, y se ahondó más el abismo que separaba á los anarquistas de los socialistas, alejándose los unos de los otros, se redujo también la circulación de sus periódicos y demás publicaciones de la secta: murieron por falta de recursos, por no poder cubrir sus gastos, muchos de los periódicos del país, otros fueron suprimidos por las autoridades, que iban comprendiendo, aunque tarde, que la excitación á la guerra en-

tre las clases sociales, que los ataques á la sociedad, que la invitación al crimen, que las diatribas dirigidas á la familia y á la patria constituían no el uso, sino el abuso de la libertad, y estaban comprendidas en las prescripciones del Código penal, se entorpeció la circulación de las publicaciones extranjeras, no fueron ya posibles las lecturas públicas, y solamente con no pocas precauciones llegaron algunos números y folletos á poder de los sectarios más resueltos.

No necesitamos indicar cuál es el influjo que tan numerosas y nocivas publicaciones, de las que tan sólo hemos ofrecido ligera muestra, debieron ejercer en la difusión de las ideas anarquistas y en el carácter, cada día más antisocial antijurídico y perturbador, de las agrupaciones que formaban y siguen formando, aunque ya muy reducidos, los casi autónomos organismos de la secta; influjo que ha sido infinitamente mayor que el del libro, que el de las predicaciones y que el del folleto, pues el periódico llega adonde el libro y el folleto no entran, adonde el orador no puede hacerse oír, y además emplea un lenguaje más comprensible, más vulgar y, por lo tanto, más adaptado á la inteligencia é instrucción de los lectores. De las doctrinas que han inculcado y de los odios, rencores, animosidades y miserias de que han sido instrumento nos ocupamos en otro lugar.

Ejemplo de este influjo nos lo ofrece Santiago Salvador. «Á causa de la precaria situación á que había llegado mi familia, tuve que abandonar mi casa, dijo en conversación particular al distinguido fiscal de la Audiencia de Barcelona Sr. Becerra. Fuí de unos á otros pueblos buscando una casa donde servir, lo hice á varios amos, y por último, entré de ayuda de cámara del cónsul de... en Barcelona. Como mi amo se retiraba tarde y yo tenía que esperarle para prestarle mis servicios, se me hacían pesadas aquellas horas y procuré distraerme. Para ello comencé á leer periódicos y hojas anarquistas que me facilitaba el encargado de uno de los kioscos de la Rambla. Dichos papeles, más que lo que algunos amigos me habían dicho, me iniciaron en el anarquismo y me hicieron aborrecer á la sociedad, que no se cuida de los pobres más que para encerrarlos en el hospicio para que no

la molesten, y á los *burgueses*, que se ríen de nosotros. Después me dijeron que Pallás era uno de los mejores oradores; fuí á oírle, me gustó mucho, nos hicimos amigos, y juntos leíamos los escritos que él se procuraba y los que yo tenía. Desde entonces mis únicos compañeros fueron los que sostenían la *idea*; no fuí á otros sitios que á los que nos servían para reuniones, ni tenía más gusto que el de leer y discutir. La muerte de Pallás me produjo un efecto terrible, y para vengarle, como tributo á su memoria, concebí el propósito de hacer un hecho que espantase á los que se habían gozado con su muerte y creían que ya nada tenían que temer; quise desengañarles y gozar también yo. No pensé mucho ni vacilé; cumplía además con mi deber. Únicamente medité en el modo de realizarlo para que hiciese mucho ruido.»

La prensa es indudablemente una potencia, un poder efectivo, pero que lo manifiesta lo mismo para el bien que para el mal, sirviendo unas veces á la causa del error y otras á la de la verdad. Ha contribuído y contribuye eficazmente al desarrollo de la civilización, á la educación é instrucción de los pueblos, á la difusión de los conocimientos, á destruir los errores, las preocupaciones y las supersticiones de todas clases, al afianzamiento de las libertades, al reconocimiento de los derechos y á concluir con todos los despotismos, que tan sólo por la ignorancia general podían sostenerse. Pero también una parte de la misma, por fortuna la más pequeña, ha desconocido su misión ó faltado conscientemente á ella, poniéndose al servicio de los extravíos, lucubraciones y utopías, de las ideas más absurdas, de los propósitos más malévolos, de las pasiones más bajas, de las inmoralidades más repugnantes, de los sentimientos más dañosos, de las escuelas y sectas más funestas. Esto último es lo que ha venido realizando y realiza la anárquica. Ella fué la que principalmente perturbó la débil inteligencia de Casserio y puso en sus manos el puñal homicida, ella la que dió alientos á Ravachol, Vaillant y Ascheri, ella la que perturbó á obreros como Pallás y Borrás, ella la que abrió el camino á los malos sentimientos de Salvador, ella la que extravió muchas

huelgas, llevándolas desde la justa defensa, que las hacía simpáticas, hasta las violencias y los atropellos, que las hicieron repulsivas. La prensa anarquista fué la que proclamó la propaganda *por el hecho* y enalteció los atentados, aunque entre sus víctimas se contasen inocentes, la que procuró disminuir el horror que inspiraban, presentándolos como una triste necesidad que justificaba la santidad del fin, y la que cantó la gloria de sus autores, ofreciéndolos cual mártires de humanitaria causa: llegó á compararlos ¡profanación horrible! con los primeros cristianos que, llenos de fe y mirando al cielo, sufrían sonrientes los martirios de la tierra, con los atrevidos exploradores y genios sublimes que sacrificaban su existencia en beneficio de la humanidad, con el héroe que sucumbía defendiendo la independencia de su patria, con el humilde obrero que descende á perecer en las profundidades de las minas, que sufre resignado todos los dolores y se expone á los infinitos riesgos del trabajo. Su acción, por lo tanto, ha sido funestísima.

No queremos terminar esta parte de nuestro estudio, dedicada á señalar la grande extensión que alcanzó la prensa anarquista y su fatal influjo, sin ofrecer alguna muestra de su especial estilo, de su peculiar lenguaje. Al efecto citaremos á *L'explosion, le journal des assassins*, que decía: «¡Degollad! ¡Sea tremenda la venganza! Este debe ser el *ritornello* de los cantares revolucionarios, éste será el grito que el comité ejecutivo lanzará después de la victoria del proletariado. En los momentos de crisis conviene que un revolucionario convencido tenga siempre delante el dilema, ó hacer caer cuanto antes las cabezas de sus enemigos, ó prepararse á ser decapitado; la ciencia proporciona hoy los medios de destruir felizmente y en grande escala esa raza de monstruos»; y citaremos también al *Ciclón*, que decía á su vez: «Por nuestro bien hay que degollar al patrono, quemar los infestados tugurios, apoderarse de los hermosos palacios que hemos edificado, destruir las fortalezas, aterrorizar á las autoridades, ahorcar reyes, ministros, senadores, diputados, abogados, gobernadores, etc., etc.»

Pero no es sólo en estos periódicos correspondientes al

período álgido de la lucha del anarquismo contra la sociedad en los que se marcan sus caracteres y aspiraciones positivas. Se marcan también con no menos claridad en los que ya patrocinaban sus ideas, pero encubriéndose con el internacionalismo, cuando ya sostenía Bakounine su duelo con Karl Marx y preparaba la disolución de la sociedad famosa. Ellos hacen ver igualmente que desde que se inició la idea, desde que nació la secta anarquista, no ha habido solución alguna de continuidad entre las doctrinas, propósitos y tendencias que sostenía y manifestaba entonces y las que sostiene y manifiesta hoy.

Así, por ejemplo, decía *La Internacional* el año 1869, refiriéndose al ejército: «El soldado y el gendarme, una vez vestido el uniforme, se convierten en animales feroces; en su consecuencia, cualquiera que sea el grado de civilización de un país estará comprometida su libertad en tanto que tenga ejército. No hay bayonetas inteligentes. El día que licencie-mos el ejército habrá que hacer sufrir á estos señores un largo tratamiento higiénico y moral antes de poder hacer de ellos trabajadores».

Así en el año 1870 apostrofaba á la clase media en estos términos:

«Clase media, has fusilado á los obreros que se sublevan contra sus explotadores; también tú ansías sangre; pues bien: ya te meterán el hocico en ella, haciéndote lamer hasta la última gota».

Así en otro número zahería á la magistratura diciéndole: «Hace mucho tiempo que todo el mundo sabe á qué atenerse respecto á la moralidad de las magistraturas, á los que la inviolabilidad no defiende de la corrupción, como una campana de cristal no defiende nuestro olfato de las emanaciones del queso».

Y así el *Mirabeau* hacía la siguiente pintura del sacerdote, del predicador: «Mirad el payaso que gesticula en un tonel, como el diablo en la pila de agua bendita, para inspirar al dócil rebaño congregado que su jerga es moral pura, emanada de un poder sobrenatural. Ese payaso de ademanes lúgubres ruge en un tonel como el rayo, gesticula y se re-

vuelve como un epiléptico, patalea de furor y se eleva como un saltimbanqui trágico, pronto á saltar á pies juntos sobre su auditorio aturdido.. » (1)

III

Se ha dicho con razón que en la literatura, más que en nada, se reflejan las ideas, creencias, preocupaciones, costumbres, vicios, virtudes, cultura, elevación moral, rebajamiento de los caracteres, su mayor vigor y fortaleza, el estado más ó menos bonancible y, en fin, toda la vida espiritual y moral, la manera de ser, de pensar y de sentir de los pueblos, y dentro de ellos, de las clases ó elementos que los constituyen: á pueblos y sociedades cuyo nivel intelectual y moral es alto corresponde una literatura digna y levantada; á pueblos rebajados y envilecidos, una literatura torpe en sus formas, pobre en las ideas, malévola en los propósitos, repugnante en los conceptos. La que casi no nos atrevemos á llamar literatura del anarquismo reúne todos estos últimos caracteres; en ella se descubre claramente lo que es la secta, y confirma con no menor claridad lo indicado.

Como en el anarquismo hay bastante de contradictorio, al lado de un llamado ideal que le sirve de disfraz, presenta una realidad con éste en oposición completa; al lado de la imaginaria sociedad paradisiaca, sus planes de destrucción y de exterminio; al lado de sus protestas de *humanitarismo* y de *altruismo*, crímenes inconcebibles, y juntas con escritos rebosantes de saña, saturados de odio, plagados de excitaciones á la venganza, semiocultas, cual si se avergonzasen de la compañía, algunas, muy pocas, narraciones poéticas,

(1) Más aún que los periódicos citados, marca el carácter criminal del anarquismo militante un manifiesto que el célebre club *Autonomy*, de Londres, publicó en 1894 con el título de *¡Viva el robo!*, del cual muchos ejemplares llegaron á España. «Su tesis, dice Mr. Albert Petin, era la emancipación por el robo; que, siendo la propiedad resultado del brigandaje, era preciso destruirla por el mismo medio que sirvió para fundarla, y que recuperando así cada individuo lo suyo de los que se lo usurparon, la humanidad se emancipará de la miseria, sin sujetarse á la opresión colectivista.»

leyendas y canciones, tiernas, conmovedoras, en las que se enaltece el amor á la humanidad.

Dar idea de esas poesías, reunidas en su cancionero, de sus trabajos literarios, que aparecen insertos en las hojas, opúsculos y periódicos anarquistas, contrastando con el resto; precisar su mérito literario, escasísimo en lo general; dar á conocer la significación ó alcance de algunos que refieren en forma novelesca dramas de la miseria, actos de abnegación, de desprendimiento, de sacrificio, de honradez, realizados por los desvalidos; separar sus no abundantes bellezas de pensamiento y de estilo de las torpezas de la idea y lo bajo de la expresión; hacer este estudio crítico y analítico, de interés positivo, puesto que contribuiría á puntualizar el carácter de la secta, es empresa que no acometeremos porque excedería en mucho á los límites que nos hemos trazado.

Si por acaso ó de propósito nos paramos alguna vez en las inmediaciones de las cárceles y de los presidios, focos de inmoralidad, malamente llamados establecimientos de corrección y de pena, y fijamos la atención en las canciones que, ya aisladamente, ya formando coro, entonan los penados ó los reclusos, advertiremos que algunas, sencillas, tiernas, llenas de sentimiento, ecos dolorosos de almas lacradas, extraviadas acaso pero no corrompidas, se mezclan y confunden con otras que revelan las arideces del corazón malvado, que son en un todo canciones presidiarias, las cuales, violentas como las pasiones de sus autores, bajas como los instintos á que responden, dominan, sin embargo, y sofocan á las primeras, porque son muchos más los que delirantes las cantan. Esto mismo acontece con la literatura anarquista: lo bueno es ofuscado por lo malo, lo tierno por lo que transpira odio, lo que expresa cariño y amor puro por lo que, inspirado por el despecho, la ira ó la locura, anhela ruinas y señala víctimas.

Una de las canciones con mayor entusiasmo recibidas por los adeptos es la siguiente:

«Nos pères jadis ont dansé—au son du canon du passé!—
Maintenant la danse tragique—demande plus forte musique.
—Dynamitons, dynamitons.—(Refrain) Dame dynamite,

que l'on dansé vite.—Danzonset chantons.—Le gaz est aussi de la fête.—Si vous résistez, mes agneaux —au beau milieu de la tempête—je fais éclater ses boyeaux.—Ma boutique est toute la France,—mes sucursales son partout; —ou la faim pousse à la vengeance,—prends ta bouteille et verse tout.»

Otra de las canciones más célebres y características es su Marsellesa, escrita en francés y traducida á otros idiomas. El anarquismo no ha respetado siquiera el himno de la rendición de un pueblo oprimido, el himno entusiasta, verdadero canto épico de los heroicos combatientes que marchaban á conquistar la libertad, y con ella los derechos del hombre, el himno que repitieron en el cadalso los más grandes de los revolucionarios del siglo último, los desgraciados hijos de la Gironda, el que animaba á los ejércitos de la patria, el que sintetiza todos los dolores, todas las esperanzas, todos los triunfos de la humanidad. En labios de los feroces *comuneros* de París y de los sucesores de Bakounine es una profanación. Sus ecos, interpolados con las explosiones de la bomba de dinamita, con el ruido de los monumentos que se desploman, con los quejidos de los heridos, con el estertor de los moribundos, á la luz de los incendios, representan, más que una profanación, un sacrilegio.

Héla aquí:

«Audaces falanges que desafiamos todos los furores; caballeros de la muerte, caballeros del dolor; cada mañana nos estremecemos sabiendo que podemos ofrecer la cabeza á la guillotina y el espíritu al porvenir. ¡Abajo las fronteras! ¡Levantemos nuestras banderas! ¡Saludemos á la humanidad! ¡Unámonos contra todas las tiranías! ¡Combatamos la burguesía! ¡Luchemos por la anarquía!»

Comparemos ambas canciones y se verá cuán grande es la distancia que las separa. En la Marsellesa anarquista hay algo que atrae: tiene sus dejos de tristeza; expresa el dolor por el presente y la esperanza del porvenir; descubre un sentimiento nobilísimo, el de que desaparezcan las fronteras que separan á los pueblos; dirige sus saludos á la humanidad. Pero no olvida la síntesis de la doctrina de la secta, el odio y la guerra á las clases acomodadas ó burguesas; no olvida

su grito de combate; no prescinde de indicar su anhelo de llegar á la anarquía.

La otra canción es la glorificación de la dinamita, es la expresión de la embriaguez de la sangre, de la demencia de la destrucción.

En la una se dirige la mirada al porvenir, se saluda á la humanidad; en la otra todo el pensamiento se reconcentra en los destrozos; de ésta se irradia clarísima el alma del anarquismo, mientras que en aquélla se deja sentir en algo el grande espíritu de la revolución.

Otras muchas canciones, entre ellas la repugnante «El padre la purga», copiada por Lombroso, podríamos citar, así como transcribir trozos ó pasajes de sus intencionadas fábulas, pero lo creemos innecesario. Esa literatura, que podría decirse del crimen, tiene un sello especial que nunca se borra. Hasta en los libros donde se desarrolla la doctrina se descubre en casi todas las páginas. Infamar, calumniar, cubrir de ludibrio y burlarse de los que consideran como enemigos es lo que procuran en muchas de sus producciones; excitar las pasiones populares es lo que intentan en otras; zaherir y motejar á la sociedad constituye la materia de casi todas. Á veces nacen de los mismos calabozos donde los fanáticos purgan sus delitos, y entonces la desesperación de la impotencia y la ira reconcentrada se presenta desde el principio hasta el fin. Á veces son debidas á un soñador engañado, y pintan con brillante colorido la tierra de promisión. Las mejor recibidas por la generalidad de los sectarios son aquellas que los escritores de la secta lanzan para que su veneno corra el corazón de la juventud y trastorne las inteligencias débiles.

El genio del anarquismo es el genio del mal: por eso cuanto produce daña; por eso en su literatura predominan las sombras; si alguna tenue claridad se vislumbra, no tarda en desvanecerse. Es un espantoso desierto con *oasis* casi tapados por las arenas.

MANUEL GIL MAESTRE,
ex Juez decano de Barcelona.

(Continuará.)



SARMIENTO Y LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA

Pocos sabios de las generaciones pasadas reúnen tantos títulos á la simpatía de la generación presente como Fray Martín Sarmiento, espíritu generoso y atrevido, original y franco, enemigo de convencionalismos y de fórmulas opresoras, que se pasó la vida buscando medios é ideando modos de promover y alentar entre los españoles el progreso que, desde más alta esfera y á más grandes rasgos, había mostrado Feijóo en sus intuiciones luminosas y en los arranques sublimes, aunque á veces paradójicos, de su amor á la humanidad. Si, según la conocida frase, *in magnis voluisse, sat est*, no se ha de escatimar el elogio á quien, como Sarmiento, no sólo manifestaba ansias fervientes de mejoras y adelantos para su querida patria, sino que señalaba el modo más práctico para su realización, y en ésta influyó no poco con sus prestigios en la opinión pública y con el favor que muy justamente le dispensaban los gobernantes.

Aunque protestando de que no pensaba «comer á título de proyectista ó de arbitrista», propuso innumerables reformas que tendían principalmente á mejorar la enseñanza pública y á la prosperidad material de la Nación.

No hay siglo del cual no hayan dicho los que en él vivieron, las mayores atrocidades: lo que contra el nuestro, al

que no disculpamos, se ha escrito, da grima y pone los pelos de punta, y es constante que los que tienen por muletilla el maldecir al siglo XIX no tratarán mejor al XX, si llegan á él: el ideal de la perfección camina delante de nosotros, y, allende, como dijo el poeta, «á nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fué mejor». En el siglo anterior, de creer á muchos de sus hijos, el atraso de las ciencias y de las letras había llegado á un punto inconcebible. El bachiller Torres, en los *Sueños morales*, después de invitar á que se visitasen las tiendas de los libreros para ver la incultura y negligencia del público, pintaba así el estado de las letras: «Las señas de caballero son escribir mal. El latín será dentro de pocos años más raro que el griego... Eso de retórica no se usa, porque dicen que nada tiene fuerza de persuadir sino el dinero. De la divina poesía se perdieron los moldes».

Forner, enfureciéndose contra los que llamaban *siglo de las luces* á aquel siglo, gritaba: «Yo le llamaría mejor siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador.» Juan Sempere y Guarinos, en su *Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (1), hace una tristísima descripción del estado de la cultura española. El Marqués de la Ensenada, en su *Memorial* á Carlos III, decía no saber hubiese en parte alguna cátedras de derecho público, de física experimental, de anatomía y de botánica; y que no se encontraba quien supiese en España hacer cartas geográficas del reino; de donde provenía el ignorarse la verdadera situación de los pueblos, «que es una vergüenza». Jovellanos, en el *Memorial* á Carlos IV, cree que hasta la misma medicina y jurisprudencia hubiesen sido desatendidas «si el instinto natural permitiera al hombre olvidar los medios de proteger su existencia y su propiedad». Blanco White manifestaba (2) que en la Universidad de Sevilla se concluían los estudios sin saber que existiese la literatura; y

(1) Ed. 1787.

(2) Cartas de *Doblado*, pág. 113.

en un soneto de la época se describía así á los doctores por Salamanca:

«Sabios sólo de gestos y visajes,
estudiantes ninguno, mil togados,
y con las vanidades de graduados
los que tienen ya plaza de salvajes.

La necedad se abriga con los trajes
que antes honraban doctos licenciados,
y andan todos los vicios arropados
con fúnebres y místicos ropajes...»

Sarmiento, aunque no se las echaba de salvador de la humanidad oprimida por la ignorancia ni hacía alarde de ideas radicales avanzadísimas, exageraba también los defectos de la enseñanza, que indudablemente los había y no escasos. Hablando de las cátedras decía: «La mitad de lo que se disputa se reduce á cuestiones de nombre, á porfias, voces y patadas, de lo que, aun siendo mozuelo, he sido testigo de vista». Y en el *Onomástico etimológico* prorrumpía en estas amargas y doloridas expresiones:

«No escribo como quien enseña, sino como quien se queja de que no le hubiesen enseñado, como quisiera que hoy le enseñasen, si ya estuviese en disposición para ello. Arrepentido de lo que no sé ó no pude saber, escribo para que otros no lleguen al tiempo de arrepentirse, ya en vano, pudiendo prevenirse á los principios.»

El atraso que notaba en la enseñanza (1) era tan excesivo que, si bien, discurrendo sobre *juntas de literatos y jueces*, había dado por dictamen que «tan lejos de sobrar las Universidades en España se debían aumentar», más tarde, sin duda en rato de malhumor, y pensando en su inutilidad, dijo que se habían fundado en una época de barbarie, cual lo fué la Edad Media; que tenían su razón de ser cuando apenas había otro medio de instruirse que la viva voz del maestro, pero «hoy que hay infinitos libros y buenos, es una necedad gótica salir de su casa é ir á oír leer».

(1) Por aquel tiempo el P. Isla dedicaba varios capítulos del *Fray Gerundio* á fustigar la enseñanza al uso: uno se titula *Prosigue Fray Gerundio estudiando su filosofía, sin entender palabra de ella*.

Las reformas que quería introducir en el plan de enseñanza, no dejaban títere con cabeza, como vulgarmente se dice. Á imitación de Feijóo no se cansaba de reclamar que se dispensase mucho mayor atención á las ciencias físicas, exactas y naturales y á todos aquellos conocimientos que realicen inmediatamente los fines de la vida humana y cuya utilidad positiva se ve y se palpa. Amante fervoroso de la sinceridad y enemigo de disfrazar su pensamiento por temor á herir susceptibilidades y á chocar con las ideas recibidas, asentaba como verdad evidente que «las ciencias contenciosas de nada sirven, y de las que tratan de cosas espirituales no se puede formar idea, ó cada uno la forma á su modo». Entre las ciencias contenciosas colocaba también á la lógica, de la cual decía que «sólo sirve para porfiar». En cambio ponía en los cuernos de la luna las matemáticas, á causa de que «no dan paso adelante sin demostración», y las designaba como precisas para suplir la dialéctica de los escolásticos, que debía ya arrinconarse entre los trastos viejos y chimbolos inútiles, pues «sólo en las matemáticas está la verdadera lógica y el verdadero *modus sciendi*» (1).

Sarmiento pertenecía á esa clase de hombres que, contra el común sentir, no se cansan de hablar mal de la filosofía, entre los cuales haylos como Lactancio que, en contraposición con San Justino, no veía en la filosofía sino una manera de apartar á las gentes del camino de la verdad, y como Tertuliano, que contemplaba en ella el origen de todas las herejías, y como Pascal, para quien toda la filosofía no merece una hora de trabajo, y la verdadera consiste en burlarse de todas: *Se moquer de la philosophie, c'est vraiment philosopher*. Así es que el malhumorado benedictino, en su *Manuscrito*—de 660 pliegos,—lo menos que dice de la metafísica es que «no se la debe hacer caso», que no era sino *frioleras, fruslerías ociosas* «que ha inventado la charlatanería de los griegos», y cuyo resultado se reducía á «entablar un estaque contra la historia natural».

(1) Con la más viva solicitud conjuraba igualmente á los benedictinos á que se dedicasen al estudio de las ciencias naturales; si esto no se hace, decía, as comunidades religiosas perderán su influencia toda.

De la retórica tampoco hacía gran caudal; porque, según sus peregrinas ideas, desarrolladas en carta al señor de Armona, «la elocuencia no está en el que habla, sino en el que oye», de lo cual ponía por caso el que los ingleses no convencían á los franceses con sus discursos, ni viceversa, y en cambio hacían maravillas con sus paisanos, que se hallaban siempre dispuestos á creerlos; así es que, concluía, «si no precede esa afición en el que oye, no hay retórica que alcance, y si precede, todo es retórica del que habla».

En cuanto á la edad para estudiar las referidas asignaturas, dice en un Ms. que, diferente del que imprimió Valladares, se conserva en el convento de Silos, que dependerá del desarrollo intelectual de los niños. Pero reprobaba el que *impertránsito medio*, se les aturdiese con «las *fantasmas* de la gramática especulativa, los *cocos* de la lógica porfiada y las *marimantas* de una metafísica espinosa, que horrorizan á los más barbados». La lógica artificial debería reducirse á muy pocos pliegos, en castellano, porque tampoco Aristóteles escribió en latín, y conforme en esto con Balmes y muchos pensadores, desechando la, según ellos, inútil forma si lógica. Pero como *metafísica* significa *ultra-phisicam*, «¿qué mayor desacierto en la educación de la juventud que el meterla en el laberinto de ideas abstractas, no estando fecundada de muchas ideas físicas y de bulto, que haya adquirido por los sentidos exteriores?»

Respecto de las leyes civiles, protestaba de que en las Universidades se concediera extensión tan desmedida al estudio del derecho romano en perjuicio del conocimiento, tan importante para un jurista español, del Fuero Juzgo, Fueros municipales y Leyes patrias; y que su crítica no era inmotivada pruébalo en cuanto al siglo XVII el *Arte legal* de Bermúdez de Pedraza, y en cuanto al siglo XVIII el auto acordado de 4 de Diciembre de 1713 y las cartas expedidas á las Universidades por el Consejo en 1741 y el preámbulo del proyecto de un nuevo Código presentado por el Marqués de la Ensenada en 1752, de donde consta el poco caso que se hacía de la *Recopilación*, aunque en contra de la preponderancia de las leyes romanas habían escrito el Arzobispo de

Rhegio á Felipe IV en 1646 y D. Antonio Torres en sus *Institutiones hispanæ* en 1735. En otro escrito exigía nuestro autor que todo abogado supiese paleografía ó que por lo menos se considerase como nula la sentencia del juez que no entendiese la letra de los documentos presentados en juicio: en los textos de todas las ciencias, mas singularmente en los de las leyes y sus comentarios, notaba por desatino monstruoso el empleo del latín: finalmente, no desaprobaba el que se remunerasen ampliamente los servicios, aunque mejor sería no tener que usarlos, de los jurisconsultos; pero reprendía el que muchos legistas entraran sin vocación en el sacerdocio, haciendo de la jurisprudencia escabel para subir al episcopado y monopolizando los empleos de la curia eclesiástica, con grave daño de la disciplina, conforme él por extenso declara.

La mucha facilidad que entonces, como hoy, se concedía para el estudio de unas facultades y la poca que había para aprender las artes y la industria, parecióle causa de notable desequilibrio social y de que las ciencias experimentales no dieran un paso, porque—exclamaba él—después de referir que en Monforte había 24 escribanos y en otra villa de Galicia 8 boticas y 14 abogados, ¿cómo podrá haber adelanto científico «á vista de tantos enemigos de la hacienda, de la bolsa y de la vida?» No era opuesto á los certámenes literarios, antes solicitaba «se fundasen premios para los que mejor escribieran en asuntos poéticos, músicos y retóricos»; pero bien entendido que en tales justas y torneos intelectuales habían de tener cabida y ocupar asiento de distinción «otras artes más útiles á las conveniencias públicas», porque con muchos literatos y músicos «no se adelantará un paso en las artes precisas para las fábricas y el comercio».

Quería Sarmiento que las luces de la instrucción se difundieran amplísimamente y penetraran con todos sus hermosos resplandores en las ínfimas capas sociales; y para ello, muy despacio y con gran calma exponía á la consideración pública las *cinco utilidades*, y aun pudiera añadir algunos ceros, que se seguirían de que *todos los rústicos* supiesen leer, escribir y contar: por lo cual pedía que los curas, llamados

también por su ministerio á desimpresionar de errores y supersticiones á los fieles, se ocuparan, y esto les serviría de honesta diversión, en adoctrinar en las primeras letras á todos los niños de su feligresía; y por lo que hace á los párrocos que gozaban de pingües rentas y tenían poco que hacer y muchos que les ayudasen, pedía se les impusiera como obligación ineludible el fundar escuelas gratuitas que desempeñaran por sí, ó á lo menos mediante sustituto, ya que, decía él, aunque sin declarar en qué apoyaba aserción tan grave, «de tantos mil curas párrocos como hay en España, pocos hay que sepan el latín, poquísimos que sepan castellano, y menos que sepan ni se dediquen á leer libros». Por lo mismo que era tan celoso amante del desarrollo de la ilustración, se manifestaba tan rígido en cuidar que ésta no se mancillara y adulterase, echándose en brazos de cualquier advenedizo que á título de escritor quisiera dirigirla y pretendiese infiltrarla en las masas. Á nadie, argüía con ceño adusto, permiten que se meta á zapatero si antes no está examinado y aprobado por los peritos, que así era el uso de entonces. «¿Y dónde está el tribunal de los que han de examinar al que quisiere ser escritor de libros?» Por el mismo caso hubiera visto con gusto que se ideara un medio que, sin coartar la libertad del escritor, evitara que se hicieran «traducciones insulsas de libros excelentes», pues que era error común «creer que un sujeto que tuviera algunos principios de lengua extraña es ya capaz de traducir un libro».

Siguiendo la teoría de que aquellos estudios debían ser más generalmente cultivados que fueran más útiles á la generalidad y de los que se derivaran resultados más fecundos y positivos, nada recomendaba tanto como la enseñanza de la agricultura, la cual quería practicasen científicamente los monjes, y la aprendiesen con fundamento, para luego enseñarla con fruto, todos los párrocos: aspiración que ha sido común á muchos ilustres estadistas, y de la cual se hacía eco el Excmo. Sr. Conde de Pallares, cuando en el muy concienzudo *Informe presentado á la Junta de Agricultura de la provincia de Lugo*, en 1862, esperaba que «todos los Prelados, cuya ilustración es reconocida, secunden la medida, adopta-

da ya por algunos, de establecer cátedras de agricultura en los Seminarios conciliares». Es tan útil para los aldeanos esta ciencia, decía Sarmiento, que «se debe poner todo cuidado y esfuerzo en enseñarlos é instruirlos y en rectificar sus ideas, que han heredado de sus abuelos ó alteradas ó diminutas». Aunque tenía suma aversión á formar parte de ninguna Academia, y las miraba á todas con gran desconfianza, aprobaba que se estableciese en España una Academia general de agricultura, con tal que no hubiera de servir únicamente, como en otras acontecía, para escribir oraciones laudatorias ó copiar libros extranjeros. Si atacó tan duramente á la Academia agrícola gallega, que le había nombrado miembro, fué porque para su sostenimiento exigió un tributo sobre la sal, y porque no había en ella labrador ninguno, y él reputaba indispensable, si había de responder á su fin, que se compusiera exclusivamente de agricultores gallegos, ó que, siendo de otros países, conociesen á fondo las condiciones agrícolas de Galicia: en lo cual aplaudiránle los que, como Aimé Botarel, creen que la agricultura es ciencia de localidad.

Nada, sin embargo, censuraba tanto y pareciale tan mal en la enseñanza al uso entonces en España, y contra ninguna otra cosa tan frecuentemente y con tanto empeño asestaba los golpes temibles de su demoledora pluma, como la excesiva fuerza que se daba á la autoridad en aquellas disciplinas que sólo deben cimentarse en los hechos de la experiencia ó en los argumentos de la razón. Sabios católicos, de los cuales legítimamente se enorgullece la Iglesia, habían protestado con toda la energía que da una sincera indignación contra ciertos *effatos* filosóficos, alrededor de los cuales la mano de los siglos había ido formando, con el aplauso de las muchedumbres literarias, defensas tenidas por inexpugnables y muros que pasaban por sagrados, imposibilitando la entrada á la luz esplendorosa de la verdad y siendo un obstáculo para la marcha triunfal del estudio de la naturaleza y de la investigación de los hechos. El *Magister dixit*, última razón á que solían apelar los peripatéticos para continuar monopolizando la ciencia y dominando como señores abso-

lutos en los anchurosos espacios de la filosofía, tuvo desde luego esforzados y acérrimos contradictores, que volvieron generosamente por los fueros legítimos de la razón humana, y, sin desconocer lo que á los sabios antiguos debían las ciencias, reclamaban el derecho de examinar sus teorías y separarse de ellas cuando no las encontraban conformes con la norma de la verdad y de la justicia. Así el franciscano Roger Bacón ponía como fecundo y general principio que era necesario examinar cuidadosamente, *distinctissime*, las sentencias de los mayores para añadir lo que les falta y corregirlos en lo que erraron: el famoso Durando de San Porciano decía que el querer que no se escriba disintiendo de las ideas sustentadas por determinados doctores no es otra cosa que cerrar el camino á la inquisición de la verdad, poner trabas al saber y no ya colocar debajo del celemín la luz de la ciencia, sino más bien apagarla violentamente; y más tarde, el dominico Melchor Cano, reflejando las tendencias de la ciencia genuinamente española en el brío y el desembarazo en el discurrir y en su noble independencia en cuanto no tocaba al dogma, exclamaba (1) con la viveza y energía propias de su carácter: ¿Qué cosa más temeraria é indigna de la gravedad del sabio que admitir sin dudar lo que no está conocido y averiguado suficientemente?

Á esta clase de varones pertenecía Sarmiento, quien no sólo llevaba por norte la luz de tales ideas para navegar por los oscuros mares de la investigación científica, sino que trabajaba con el ardor más grande porque ellas alumbraran las inteligencias de sus compatriotas, abriendo nuevos horizontes á la actividad del humano entendimiento, y sacando á la ciencia de la tiranía de escuelas absorbentes y exclusivistas, para que fuese patrimonio de las muchedumbre y satisficiera no el interés de sistemas *à priori* concebidos, sino el ansia de saber que dominaba á los espíritus, de quienes podía decirse, usando de la frase bíblica, que pidieron pan y no había quien se lo repartiese.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ,
Vicario general de Burgos.

(1) *De locis theologicis*, lib. 8, cap. 4.º



ESTUDIOS Y ESTUDIANTES

EL INGENIERO DE MINAS (1)

V

La preparación científica, técnica y económica para esta rama de la ingeniería se obtiene, como es sabido, en la Escuelas de Minas de Madrid. Las materias de ingreso, constituidas principalmente por dibujo, lenguas y matemáticas, absorben tres años de estudio, como mínimo; los cursos de la Escuela son cinco: total, ocho años de estudios escolares por lo menos exige la citada preparación. Es, por consiguiente, nuestra carrera uno ó dos años más larga que en las escuelas similares del extranjero. La razón está en lo defectuoso y endeble de nuestra enseñanza secundaria.

Los estudios son serios y acaso demasiado intensivos y áridos, tal vez se impone al alumno un trabajo mental excesivo. No es difícil observar, aquí y fuera de aquí, en los alumnos que salen de ciertas escuelas síntomas de *surmenage*, á que no se presta la debida atención, porque, sin duda, se

(1) Véase el número anterior.

piensa que es imposible evitarlo. Mas como las causas se agravan sin cesar, porque las ciencias y sus aplicaciones crecen, los inventos se multiplican, los libros de texto engordan y, en fin, la materia ingenieril se complica cada día, ha de llegar pronto el momento en que haya necesidad imprescindible de romper con los actuales sistemas escolares, que fatigan y agotan sin piedad á muchos jóvenes, precisamente en la edad del desarrollo físico é intelectual.

El remedio, aunque no sea sencillo, existe á mi juicio. Es lo primero suprimir una parte del estudio meramente de libro y aumentar en cambio la enseñanza práctica, el estudio directo de las cosas, que es la tendencia que predomina en los Institutos técnicos de Alemania é Inglaterra y que se va abriendo camino en todas partes. El mal se corregiría en gran medida, con la inmensa ventaja además de desarrollar en el alumno el espíritu de observación, de investigación y de iniciativa y de hacerle más apto para acometer con éxito el ejercicio de la profesión. Tendrá que venir además la generalización obligatoria de la educación física en todos los grados de la enseñanza, incluso en la superior, y por último, una nueva subdivisión de las carreras de ingeniero, que van siendo ya demasiado complejas. Pero no insisto más acerca de este asunto, que no es para tratado de soslayo y que exigiría capítulo aparte, con tanto mayor motivo cuanto que, en ocasión reciente, parece haberse pronunciado por la enseñanza teórica y por una ampliación de las ciencias puras en las escuelas especiales un iminente geólogo é ingeniero de Minas, desde la más elevada tribuna científica de nuestro país (1).

Sea lo que quiera de estas cuestiones pedagógicas, el alumno de nuestra Escuela hará bien, al terminar la carrera, en adoptar por su cuenta la división del trabajo que acabo de indicar, dirigiéndose con preferencia á aquella especialidad que mejor se adapte á sus gustos y aptitudes. Siempre que la realidad se lo consienta, ganará mucho con esa orientación de su actividad, pues de otro modo, aun siendo grandes sus

(1) Discurso leído en la Academia de Ciencias por D. Daniel Cortázar, en la recepción de D. Lucas Mallada, Junio, 1897.

alientos, se verá reducido á una especie de *dilettantismo* airoso y brillante en sociedad, útil para ciertos cargos de poco empeño, pero insuficiente para trabajos de positiva importancia en el ejercicio activo de la industria. Desde luego se dibujan tres especialidades: ingeniero explotador de minas, metalurgista, electrotécnico. Y todavía dentro de cada una se perciben en seguida ramas determinadas, como la siderurgia, que ofrecen materia suficiente para absorber la vida entera de un hombre estudioso. Tan vario y extenso es el contenido de la profesión minera.

En cualquiera de esas especialidades, téngase presente que no basta que el ingeniero sea hombre de cultura científica, de espíritu apacentado en el tranquilo recinto de las bibliotecas; ha de ser sobre todo hombre de acción, capaz no sólo de pensar, sino también de realizar, de construir, de crear, de producir, de organizar. Las artes son su fin; la ciencia es el medio. No se olvide del libro y del laboratorio, pero estudie, tanto ó más que en éstos, en los talleres, en medio de los obreros, en un baño constante de realidad. De aquella manera, no hay que dudar que puede ser un hombre benemérito, pero sólo de ésta es un verdadero ingeniero. Cerrará los ojos á la evidencia el que se empeñe en negar que de estos hombres útiles, activos y enérgicos piden á voces nuestra minería y el rudo servicio oficial de las comarcas mineras, es decir, las dos esferas de actividad más importantes de la profesión, y en que más positivamente puede el ingeniero servir á su patria.

La opinión general, el vulgo, que no puede juzgar de ciertas cosas sino por apariencias y *grosso modo*, es claro, yerra con frecuencia, con frecuencia falla injustamente, pero en el fondo se puede descubrir, las más de las veces, un instinto certero. Por ejemplo, la gente satiriza á los marinos en tierra, y se pregunta qué pito tocan los ingenieros en las oficinas y en los ateneos, á cambio de mirar con viva simpatía al *ingeniero-obrero* que en su rostro atezado ó en sus manos ásperas presenta las huellas honrosas del peculiar empleo de su saber y de su trabajo.

La injusticia está en no apreciar que muchos hombres lu-

chan en vano por ajustar su vida á sus aspiraciones, y además está en desconocer que ciertas funciones, desdeñadas por el vulgo, si muchas veces no son en realidad más que holganza y pedantería, otras tienen importancia verdadera, y no son menos útiles porque tengan, dentro de la profesión, cierto carácter, ya especulativo, ya burocrático. Ahora, como tendencia, la opinión vulgar es atinada, y yo que no soy sospechoso, porque el azar me tiene ahora colocado en una de esas funciones de *ciencia pasiva*, estoy con ella. Creo que ningún trabajo es perdido, pero estimo que, en términos generales, es más útil el ingeniero-obrero de que antes hablaba que otro erudito y teórico, aunque probablemente éste tenga más vanidad y haya triunfado en certámenes y torneos académicos.

En resumen, á mí me parece que conviene dar á la carrera una compleción sólidamente científica, pero cada vez más positiva, empezando por la enseñanza madre, que es la fuerza plástica que debe moldear la inteligencia y el carácter de la juventud.

VI

Una parte de los ingenieros de Minas forma un Cuerpo, dependiente de la Administración pública; su cometido oficial es coadyuvar á una función importante del Estado, á saber, la que concierne al fomento de la industria minero-metalúrgica de España y las colonias. Á cargo de ese Cuerpo está todo lo relativo á la concesión de la propiedad minera á aquellos que la solicitan y atender á las múltiples cuestiones que, ya entre particulares, ya entre éstos y el Estado, surgen con motivo de la explotación y beneficio de la riqueza mineral. Le compete además: la dirección de las minas, fábricas y salinas del Estado; la inspección de los trabajos mineros, de las máquinas de vapor y de los manantiales de aguas medicinales; la formación de la carta geológica del país y el estudio geológico-industrial de los criaderos minerales y de los alumbramientos de aguas; contribuir en la parte técnica á la aplicación justa de los impuestos del ramo; la formación de la

estadística minero-metalúrgica, de las aguas minerales y de las máquinas de vapor; la enseñanza de la minería.

Basta esta rápida enumeración para que se comprenda la importancia de tales funciones administrativas en una nación que ocupa el séptimo ú octavo lugar entre la docena de grandes países mineros del mundo.

Por sabido pudiera callarse que alguno de estos servicios, no obstante su utilidad, está organizado de un modo muy defectuoso y otros no están planteados de ninguna manera; que la pereza nacional se eleva á la cuarta potencia en la esfera de la Administración pública y adquiere proporciones de indiferencia é incuria musulmanas. Aun en lo fundamental, que es la ley general de Minas, esta industria se rige por la más extraña componenda que puede imaginarse; el vigente decreto-ley de *Bases para un Código minero*, dado el año 68, é inspirado en principios económicos muy liberales, excesivamente liberales, como obra nacida al calor de la revolución de Septiembre, en sus primeros días, se ha quedado en *bases*; el Código todavía lo estamos esperando. Ha habido, por consiguiente, precisión de mantener en vigor las prescripciones secundarias y de tramitación de la ley de Minas del 59, ley más restrictiva y que en varios puntos obedece á principios opuestos á los que informan la bases. Un diluvio de circulares, reales órdenes aclaratorias, disposiciones adicionales, etc., encaminadas á conciliar lo inconciliable y á soldar lo que no tiene soldadura, se suman á las dos leyes vigentes, formando entre todo un mediano caos, fecundísimo semillero de embrollados é inacabables litigios y de quebraderos de cabeza para autoridades y agentes facultativos. En los primeros años de regir la bases se han presentado á las Cortes dos proyectos de la prometida ley, pero no ha habido tiempo ni gana de discutirlos, porque nuestro Parlamento no halla casi nunca ocasión para el estudio enojoso de estas leyes especiales que atañen á la vida y al desarrollo de la industria. Enterrados yacen aquellos proyectos en los panteones de leyes del Congreso y del Senado, y desde entonces, en un cuarto de siglo, salvo algún conato pasajero, no se ha vuelto más sobre el asunto para acudir á tan gran necesidad.

En estos momentos, sin embargo, hay que mostrarse contentos con el galápago administrativo, porque acaba de dar un gran paso que había comenzado hace setenta años. En la *Gaceta* ha aparecido, al fin, el reglamento de policía minera, estableciendo reglas que sirvan de garantía á la vida de los obreros y á la seguridad del suelo de los edificios y de las obras públicas. Nada menos que desde el año 25, en que el Ministro López Ballesteros, asesorado por el ilustre Elhuyar, dió la primera ley de Minas, en que se estableció definitivamente la libertad de concesión de la propiedad minera al primer petionario, se ha dejado sentir imperiosamente la falta de esta reglamentación. Era España la excepción única entre todos los países, incluyendo á la individualista Inglaterra; y precisamente por nuestro atraso científico é industrial y por el carácter democrático é igualitario del derecho minero aquí establecido, exigía nuestro país, más que otro alguno, reglas claras y terminantes que fuesen una salvaguardia en el ejercicio de un arte tan arriesgado y difícil.

Pero al cabo tenemos la reforma, y por lo mismo que ha sido tan aplazada y ha tropezado con tantos obstáculos, sus autores se han hecho acreedores á plácemes más cumplidos; aparte de que es una obra de mucho mérito, que, en mi humilde opinión, constituye el mejor reglamento de policía minera de Europa. No se crea que la ha inspirado el afán de poner trabas impertinentes á la industria y de extender inútilmente la ingerencia molesta de la Administración, con el fin de aumentar todavía el ya formidable *funcionarismo* y de nombrar nuevos empleados con galones y con atribuciones... y con nómina: es el cumplimiento de un deber sagrado, como es curarse de la vida y de la salud de las personas, siquiera en el mismo grado que el concesionario ó el *partidario* lo hacen espontáneamente con la mula de su malacate, que les cuesta el dinero.

Y desde otro punto de vista, el de los intereses materiales, es una reforma fecunda; porque esa protección á las personas lleva aparejada naturalmente una porción de medidas preventivas que, de un modo indirecto, han de traducirse en una explotación más ordenada de las minas y en un aprovechamien-

to mejor de la riqueza mineral de la Nación. No es el momento de discutir los bellos principios de la escuela económico-social, que parece haber imperado en esta industria, y que todo lo fía á la iniciativa individual, á la poderosa palanca del interés particular; es el hecho que ese ambiente de libertad industrial no ha hecho aquí milagros: con el *laissez faire, laissez passer*, hay todavía en España distritos en que las minas están entregadas á la ignorancia y á la rutina; la higiene no existe, la vida del hombre está confiada al azar y se emplean métodos bárbaros que sólo aquí se ven. Pues yo digo que las prudentes y atinadísimas prescripciones del nuevo reglamento—y no es la menos importante la obligación de que los establecimientos estén manejados por personas idóneas y conscientes,—ó no hay lógica en el mundo, ó tienen que producir, como las demás condiciones, un progreso en la minería de España.

Tratando de las funciones del cuerpo de Minas, hay que hacer mención especial de aquella que se refiere al estudio y conocimiento del suelo patrio. Los ingenieros de Minas son los que primero han tenido necesidad, para la investigación de los criaderos, de examinar científicamente la estructura y caracteres de los terrenos, en una palabra, de ser geólogos; nada de extraño tiene que á ellos se deba la introducción en España de tales estudios y que el Gobierno les haya encomendado la formación de la carta geológica del país, á pesar del carácter puramente científico de esta misión. En ella han colaborado y colaboran muchos naturalistas españoles y extranjeros; pero hay que proclamar en justicia que el grueso del trabajo se debe á los ingenieros de Minas, y especialmente al ilustre instituto creado con este fin. Asombra el cúmulo de datos recogidos por la Comisión del Mapa geológico, sobre todo de veinticinco años á esta parte, en que sus individuos han recorrido y registrado á palmos toda España. Reunidos están los frutos de ese trabajo en veinte tomos de descripción física y geológica de otras tantas provincias, comprendiendo la orografía, la hidrografía, la descripción completa de los terrenos y copiosos datos agrícolas, arqueológicos y mineros; en veinte tomos más se han insertado valiosos

trabajos de detalle é infinidad de apuntes y bosquejos de las otras provincias. Agréguese dos obras monumentales que están á cargo del Sr. Mallada: la *Sinopsis paleontológica de España*, en que se catalogan y describen los miles de especies fósiles (muchas nuevas) encontradas en nuestro país, y la *Explicación del Mapa geológico de España*. Por último, la publicación en grande escala de este mapa, tan bueno y detallado como los de otras naciones que van delante de nosotros, corona esta primera y brillante etapa de la Comisión.

Mucho queda por hacer; tenemos no más que los sólidos cimientos científicos del edificio. Lo que resta, á saber, la estratigrafía general, el detenido estudio de la composición petrográfica y química del suelo y el estudio geológico industrial de las comarcas carboníferas y metalíferas del país es precisamente lo que ha de proporcionar utilidad mayor á la agricultura, á las obras públicas, á los trabajos forestales y á la minería.

Poco inclinado soy al elogio hiperbólico y ni el espíritu de cuerpo vence en mí cierto humor melancólico y pesimista, muy común en las razas decadentes como la nuestra; pero sería una insensatez negar ó desdeñar lo poco bueno que hacemos. Los geólogos del Gobierno han trabajado mucho y bien; justo es que se les alabe y se les honre. Tiene que ser además motivo de satisfacción para todos el caso insólito de que España ocupe en esta rama de las ciencias un lugar honroso entre las demás naciones. Á ello ha contribuído, en primer término, el contingente de geólogos distinguidos que ha dado el cuerpo de Minas.

VII

En el cuadro oficial de los servicios confiados al Cuerpo se nota la falta de uno muy importante que sin duda no se ha incluído por la enorme dificultad que presenta. Aludo al *Catastro minero* y á la formación de cartas oficiales de los distritos en que se agrupan las concesiones de minas. Ha mucho tiempo que el Senado discutió este asunto, con motivo de

cierto proyecto de ley, mas no cuajaron ni el proyecto ni el nuevo servicio.

Es el caso que todas nuestras leyes de Minas, con el objeto de extender la afición á la minería, han querido dar á la concesión de esta propiedad un carácter popular muy simpático, pero que ha aportado mayor número de males que de bienes. Ha habido en el desarrollo de ese principio algo de inocencia que tal vez haya sido ignorancia. Hé aquí uno de esos males: como quiera que los gastos del otorgamiento de la propiedad corren á cargo del peticionario, era preciso que esos gastos estuvieran al alcance de todas las fortunas, como si las minas fueran artículos de primera necesidad. ¡Qué funesta imprevisión! Una mina de las ordinarias se da por 75 pesetas; dentro del espacio de un solo día, pues no permite otra cosa tan mezquina suma, el ingeniero y sus auxiliares van al terreno, hacen el deslinde de la nueva propiedad con las existentes, practica la demarcación y se vuelve; y aseguro bajo mi palabra de honor, porque ahora no puedo demostrarlo, que esas operaciones fundamentales de una propiedad que puede valer capitales inmensos son más delicadas y difíciles de lo que pudiera creerse, y exigirían cuatro ó seis días de trabajo y algunos requisitos previos, para que los límites de la mina queden fijados de un modo exacto y permanente. Con el sistema actual, hay que hacer uso de métodos muy expeditos indicados en la misma ley, una especie de topografía militar en campaña, y el pobre ingeniero se desespera porque ve que aquello queda en el aire y que en la hora del conflicto las culpas y el descrédito sobre él han de caer. Naturalmente esos conflictos menudean, y los pleitos ruinosos, los reconocimientos facultativos, las comisiones especiales, etc., etc., son el cuento de nunca acabar.

Esto venimos haciendo cerca de un siglo. Sin embargo, ha de llegar la hora de poner remedio; sencillez tan primitiva de procedimientos no puede seguir y la ley habrá de ser modificada. En cuanto á las que hay vigentes, que ascienden á la friolera de 17.498 concesiones mineras, eso está demandando á gritos una rectificación general y definitiva, objeto del catastro y de los planos á que antes me refería y con arreglo

á un plan muy meditado. La empresa es delicada, larga y costosa, y tal vez exigiría, en contra de la tendencia justificadísima que hoy predomina, algunos ingenieros más en el Cuerpo, pero ello habrá de ser.

VIII

Si algún lector desocupado y benévolo recorre por casualidad este artículo, y si concurre además la rara circunstancia de que le importe algo lo que voy diciendo, me perdonará que inserte á continuación, aunque sea cosa oficinesca y ramplona, un cuadro del número y ocupación de los ingenieros de Minas españoles, y quizá este dato contribuya á que pueda formar una idea concreta del estado actual y porvenir de la profesión. Allá va:

Ingenieros de Minas españoles.

I.—Ingenieros que forman parte del escalafón del Cuerpo.

Servicio oficial activo:	
Servicio ordinario (Distritos, Junta superior facultativa, Comisión del Mapa geológico, escuelas).....	172
Servicios especiales sin número en el escalafón (Ultramar, minas del Estado, etc.).....	11
Excedentes y en disponibilidad.....	4
Con licencia ilimitada para dedicarse al servicio de empresas industriales.....	18
<i>Total</i>	<u>205</u>

II.—Ingenieros que no forman parte del escalafón.

Jubilados.....	11
Jóvenes ingenieros con derecho á ingresar en el Cuerpo.....	64
Ingenieros externos de la Escuela de Minas sin derecho á ingresar en el Cuerpo.....	2
<i>Total</i>	<u>77</u>
TOTAL GENERAL.....	<u>282</u>

Nota. Hay también ingenieros españoles en corto número que poseen título de Escuelas extranjeras.

La cifra de 64 jóvenes ingenieros en expectación de destino oficial es propia para alarmar á muchos, porque está muy arraigado el prejuicio de considerar las escuelas de ingenieros no más que como planteles de funcionarios públicos, confundiendo estas carreras con aquellas otras cuyo fin único es el servicio del Estado; v. gr.: las carreras militares, los correos y telégrafos, etc. Las comunicaciones están á cargo del Estado, el Ejército es de la Nación, y es claro, no se forman más oficiales, telegrafistas y marinos que aquellos que el Estado ha menester, y las escuelas no tienen otro destino. En cuanto á los institutos técnicos civiles, son establecimientos profesionales que forman ingenieros, de los cuales tanto el Estado como las empresas particulares emplean los que tienen á bien, con la diferencia de que el primero lo hace con sujeción á los reglamentos y las segundas con entera libertad.

La confusión indicada y el hecho de que hasta hace pocos años el número de ingenieros de Minas no llegaba nunca á cubrir el escalafón son causa de que considere generalmente como algo anormal y extraordinariamente desfavorable que no todos los ingenieros que salen de la Escuela tengan desde luego su plaza segura en la Administración pública. Preocupación que no es difícil percibir es una de las múltiples manifestaciones del vicio de la empleomanía, especie de socialismo precientífico y bastardo que, más ó menos, crec que profesamos todos.

El dato en cuestión nada dice por sí solo. Para formar juicio acerca del presente y del porvenir de esta profesión lo que hay que ver no es precisamente si todos tienen desde luego puesto oficial, sino algo de más importancia, á saber, las necesidades probables de la industria minera.

Según el *Anuario de Minas, Metalurgia y Electrotecnia* del año 96, publicado por la *Revista Minera*, de los 64 jóvenes ingenieros antes citados, hay 46 que desempeñan cargos en la industria particular; de ellos once ó doce en fábricas, otra docena como electrotécnicos y los restantes en minas. De aquéllos respecto á los cuales el *Anuario* no consigna en qué

destino emplean su actividad, sabemos, sin embargo, que unos no quieren ejercer, y otros se dedican á la enseñanza de las matemáticas como preparadores para el ingreso en las escuelas, y en suma, resulta que son muy pocos los ingenieros que, recién salidos de la escuela, no desempeñan alguna honrosa colocación técnica ó científica, si es que hay alguno. Y téngase en cuenta que estos destinos particulares están generalmente mejor renumerados que los oficiales y que aquellos ingenieros que se distinguen por sus méritos ó por sus especiales dotes pueden llegar á disfrutar emolumentos superiores á los que el Estado concede á sus más elevados funcionarios civiles y militares.

Hace quince ó veinte años, cuando el escalafón del cuerpo de Minas no estaba todavía completo y el Gobierno necesitaba para los diversos servicios oficiales todos los ingenieros existentes, era muy corto el número de los que estaban en posesión de una licencia para dedicarse á la industria particular. Hoy puede hacerse el siguiente cálculo, más bien en defecto, del número de ingenieros en empresas:

Ingenieros del Cuerpo con licencia.	18
Ingenieros que no han ingresado en el Cuerpo.	50
Ingenieros en activo que ejercen el derecho de aceptar cargos en la industria.	16
Ingenieros externos ó libres	2
	<hr/>
<i>Total</i>	86
	<hr/>

Estas cifras indican que el número debe haberse quintuplicado en este lapso de tiempo, lo cual representa una progresión bastante rápida. Mi opinión es que esta progresión ha de seguir, y me fundo en razones de peso. Con relación á la importación de la industria es muy corto todavía el número de establecimientos manejados por ingenieros españoles. No hay más que considerar que, según la estadística oficial, durante el año 1896 hubo en actividad 2.467 minas, que dieron 27.869.446 toneladas de productos, cuyo valor á boca mina ascendió á 108.221.970 pesetas, ocupando en sus labores

62.968 operarios, y que en el ramo de beneficio estuvieron en marcha 132 fábricas, que dieron 1.213 875 toneladas de productos metalúrgicos y mineralúrgicos, cuyo valor á pie de fábrica fué de 142.016.545 pesetas, empleando 15.800 obreros; si á esto se agrega alguna parte del gran número de industrias eléctricas, se comprenderá que todos los ingenieros de Minas españoles que hoy existen, ayudados por los capataces y auxiliares facultativos, serían pocos para llevar á cabo la enorme labor intelectual que representa la dirección técnica de esa gran masa de explotaciones industriales, porción considerable de la riqueza pública.

Lo que hay es que algunas de esas empresas, por lo común las más importantes, están en manos del capital extranjero y, naturalmente, suelen estar dirigidas por extranjeros; algo de esto ocurre también en empresas españolas, pero es más frecuente que estén confiadas á prácticos, alguno de ellos muy estimable. Por último, es grande todavía el número de establecimientos en que los directores no son ni teóricos ni prácticos. El nombre de *encargados* que suelen tener indica que, sin mentir descaradamente, no hay posibilidad de llamarlos ni ingenieros, ni capataces, ni directores, ni administradores, ni otra denominación de significado concreto. Entre estos *ingenieros legos* hay casos notables: uno ha sido zapatero, otro sastre, ó escribiente de juzgado, ó alguna otra ocupación ú oficio de escaso parecido á la ingeniería. Yo he visto también en las provincias de Levante minas administradas por individuos que no sabían leer ni escribir ni apenas hablar. Á veces es motivo de regocijo ver los títulos técnicos con que se adornan estos encargados, y no es raro que algunos se expidan á sí mismos el diploma de *ingeniero*. Los que ejercen las profesiones clásicas seguramente que no podrán concebir cómo se ha mantenido hasta ahora esta grotesca mascarada en un arte tan difícil y peligroso.

La explicación está principalmente en la falta general de cultura y en las deficiencias de la legislación; pero hay que buscarla también en la escasez de facultativos, que absorbidos todos por el servicio oficial, poco ó nada han hecho para acercarse á la industria privada. Hoy la situación es distinta: hay

muchos ingenieros en las empresas españolas y extranjeras, y en todas ellas son apreciadas las condiciones de ilustración y probidad que los adornan; se ha de comenzar pronto á poner en vigor las condiciones legales que exigen á los directores de minas capacidad proporcionada á la magnitud de la empresa, y, por último, hemos de admitir, sin que esto sea forjarse ilusiones, que nuestra nación, siquiera sea lentamente y llevada á remolque, ha de seguir el movimiento de desarrollo industrial de los demás países, tanto en intensidad como en la perfección de los medios.

De consiguiente, el campo de actividad que presenta la minería española es muy vasto, y en las condiciones antedichas considero que los jóvenes ingenieros que vayan saliendo de nuestra Escuela podrán conquistarlo fácilmente. Si, pues, el presente no puede calificarse de malo y el porvenir ofrece tan fundadas esperanzas, deduzco yo que no es esta carrera de aquellas en que la *crisis profesional* presenta caracteres acentuados.

IX

Algunos de los datos que he expuesto de pasada habrán hecho ver que la minería española tiene una importancia considerable, tanto por la variedad de sustancias minerales que contiene nuestro suelo, como por la masa de productos que arroja al mercado. Conviene insistir, sin embargo, en que es una industria que avanza demasiado lentamente; en los últimos treinta años apenas han podido duplicarse los valores creados, y si esto se compara con el crecimiento asombroso de otros países, hay que reconocer su atraso. Es, pues, nuestra minería una industria atrasada, pero no postrada y mísera como otras. Medianamente favorecida por un poco de paz y de prosperidad general y por un Código claro y estable, no es temerario suponer que había de alcanzar un feliz crecimiento.

Péro ese Código no debe ser precisamente el complemento de las bases que obedece á principios exagerados que van pasando de moda á toda prisa, sino un conjunto de prescripciones de carácter más activo y solícito que, sin oprimir la industria, le infunda un soplo vigoroso de progreso. La experiencia enseña que *dejando hacer y dejando pasar* no se logra la renovación de los pueblos decadentes y dormidos.

Abrigo además la convicción de que la ingerencia creciente de los facultativos españoles en la dirección de las minas ha de contribuir eficazmente á ese progreso. Hé aquí el interés de orden elevado que me impulsa especialmente á presentar á los jóvenes el estado favorable de esta profesión. En ella han de ver no sólo el afán natural y legítimo de lograr medios decorosos de vida por el trabajo, sino también la aspiración patriótica de servir á su país, mejorando la industria, que bien lo necesita. Es, por otra parte, una cuestión de honra nacional el llegar á bastarnos á nosotros mismos en el manejo de las diversas industrias, no por animadversión á los ingenieros extranjeros, que los ha habido y los hay en España muy inteligentes y dignos de nuestra simpatía y de nuestra gratitud por los adelantos y las enseñanzas que nos han traído: es que el hecho de que haya muchos negocios regidos técnicamente por extranjeros es un signo de inferioridad que nos equipara con los países de civilización naciente y que es muy justo que tratemos de hacer desaparecer. Pero, bien entendido, no con el apoyo de la ley, cosa que sería un proteccionismo sin ejemplo; eso hay que *ganarlo* poco á poco y en buena lid.

Mas para esa noble campaña en pro del adelanto y del buen nombre de la patria es menester que los ingenieros de la generación nueva se inspiren en la índole cada vez más positiva de la profesión, que tengan abnegación bastante para combatir la tendencia á los empleos sedentarios y enervantes y para resignarse á vivir largos años en los distritos mineros, ó en despoblados, ó en medio del estruendo de los talleres, y, por último, que una verdadera fiebre de estudio y de trabajo les anime. Mezquino porvenir les aguarda, por el contrario, si, dejándose vencer por la apatía de la raza, siguen

las huellas de otros muchos que, al salir de Universidades y escuelas, parece que se proponen imitar lo que reza aquel célebre epígrafe de un capítulo de la sátira del P. Isla: «Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador».

ADRIANO CONTRERAS,
Profesor de la Escuela de Minas.





LA CARRERA DE FILOSOFÍA Y LETRAS EN ESPAÑA

La Facultad que un día fué honra y prez de las Universidades españolas atraviesa un período agónico del que no lleva trazas de salir, como no sea para que la entierren con su ya difunta hermana la Facultad de Teología. Varias son las causas del estado anémico en que se encuentra la carrera de Filosofía y Letras, y aunque su situación es grave, pudiera evitarse que se convirtiera en incurable si los que deben hacerlo se tomaran el interés que es preciso para sacarla de la postración en que se halla.

Lo más inmediato sería modificar por completo su plan de estudios y abrir nuevos horizontes á los que la siguen para que al lograr el ansiado título de Licenciado ó Doctor en ella, no se vean obligados á emplear su actividad en campo ajeno al de dicha Facultad, si quieren resolver el problema de subsistir atendiendo á las necesidades más precisas de la vida.

La carrera de Filosofía y Letras, tal como hoy está organizada, no responde al fin para que se estableció, porque siendo un principio general que nadie debe enseñar aquello que oficialmente no demuestre que lo conoce, y no existiendo en el plan de estudios de la Facultad casi ninguna de las asignaturas para cuya explicación se requiere el título de

Licenciado ó Doctor en ella, se da el caso absurdo de que se convoquen á oposición ó se den por concurso cátedras, de cuyas materias no tienen los que aspiran á ser sus profesores, más nociones que las superficialmente adquiridas cuando estudiaron el grado de Bachiller.

De seguir con este criterio, lo mejor sería que bastara el bachillerato para la explicación de las cátedras de Instituto; pero como esto no es admisible por el carácter que tiene la segunda enseñanza, de aquí se deduce que debe reformarse completamente la Facultad de Letras, si se quiere que sea útil para algo y que pueda alternar dignamente con las otras Facultades.

Para convencerse de lo expuesto, no hay más que ver las materias que en ella se explican y aquellas para cuya enseñanza se requiere ser Licenciado en la citada carrera.

Estudios que comprende la Facultad de Filosofía y Letras.

Literatura general.

Historia universal (dos cursos).

Metafísica (dos cursos).

Lengua griega.

Literatura griega.

Literatura latina.

Literatura española.

Historia crítica de España.

Lengua hebrea ó árabe (á elegir cualquiera de las dos).

Previa la aprobación de estas asignaturas, y teniendo el título de Licenciado, se puede explicar:

Latín y Castellano.

Geografía astronómica, física y política.

Historia de España.

Historia universal.

Retórica y Poética.

Psicología, Lógica y Ética.

Y las lenguas francesa, inglesa y alemana, según disposiciones muy recientes.

Como se observa, casi todas estas materias las cursó el Licenciado en Filosofía y Letras en los primeros años del Bachillerato, y sin otros conocimientos oficiales acerca de ellas las puede enseñar como si se tratara de la Historia de España y la universal, que son las que vuelve á estudiar en la carrera del profesorado.

Desde luego se comprende que esto ni es serio ni tiene carácter científico, por lo cual lo más provechoso sería cambiar por completo el plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, para dar á los que la siguen los conocimientos más importantes de aquellas materias á cuya enseñanza se han de dedicar después. Sin alardear de tener un criterio infalible, creo que valdría mucho más la carrera mencionada, si sus estudios fueran los siguientes, poco más ó menos:

LICENCIATURA

Primer curso.

Fundamentos de la Literatura.

Examen de las fuentes y ciencias auxiliares de la Historia.

Principios fundamentales de Filología.

Estudios ampliados de Psicología, Lógica y Ética.

Segundo curso.

Literatura general.

Historia universal de la Edad Antigua.

Lengua griega.

Metafísica.

Tercer curso.

Literatura griega (y ampliación de la lengua griega).

Historia universal de la Edad Media.

Lengua latina.

Historia de la filosofía.

Cuarto curso.

Literatura latina (y ampliación de la lengua latina).
 Historia universal de las Edades Moderna y Contemporánea.
 Origen y desarrollo de las lenguas neolatinas.
 Estudio especial de la lengua española.

Quinto curso.

Literatura española.
 Historia de España.
 Lenguas francesa, inglesa ó alemana (á elegir una de ellas).
 Historia de la cultura contemporánea.

DOCTORADO

Historia de la Literatura española.
 Estética é historia del Arte.
 Examen de los sistemas filosóficos.
 Lenguas sanskrita, hebrea ó árabe (á elegir una de ellas).
 Previos estos conocimientos ú otros análogos, se podría justificar que se exigiera el título de Licenciado en Filosofía y Letras para explicar asignaturas cuyo estudio no se hace en España más que de un modo privado por unos cuantos aficionados á seguir de cerca el desenvolvimiento científico que tanto se protege en el extranjero.

Además de las causas indicadas, contribuye al poco provecho que se obtiene en las Universidades con la Facultad de Filosofía y Letras una disposición del Ministerio de Fomento que da validez á los estudios del preparatorio de Derecho para la carrera de Letras, y merced á aquel acuerdo, dictado para servir intereses de determinados sujetos, se acabará de desprestigiar la tan abandonada Facultad del profesorado, porque, hecha la asimilación á ésta de las materias

del primer año ó curso preparatorio de Derecho, en una convocatoria ó dos, se aprueban las asignaturas restantes de Filosofía y Letras y se obtiene título de Licenciado en ella, sin haber hecho con la seriedad y detenimiento que se requiere el estudio de lo más fundamental de la misma.

Esto podía evitarse variando las asignaturas que constituyen la preparación de la carrera jurídica; pero como basta que una cosa sea conveniente para que no se haga, no insisto más sobre el particular, y pasaré á tratar de lo que el Doctor ó Licenciado en Filosofía y Letras puede esperar de su profesión.

Si tiene amigos influyentes, apenas le den el título facultativo le será fácil lograr un destino de tres mil pesetas anuales de sueldo y alguna que otra comisión para que viaje cuando le parezca por cuenta del Estado, ventajas que disfruta sin que tenga que molestarse gran cosa; pero si no está en condiciones de alcanzar un empleo de esa clase ú otra inferior y no tiene rentas con que atender al *modus vivendi*; si quiere resolver este problema sin auxilio ó protección de algún omnipotente dispensador de credenciales, tiene que empezar á padecer en el calvario del trabajo. Considerando éste con todas sus dificultades, la primera que ha de vencer, lo mismo que se dedique al profesorado particular ó privado que si intenta aspirar al oficial, es la falta de conocimientos de cualquiera materia que quiera explicar y tiene que empezar por estudiar la asignatura á que se dedique, como si tal título de Doctor ó Licenciado tuviera, y suponiendo que esté ya en condiciones para presentará los alumnos con algún aprovechamiento tal ó cual rama de la ciencia, surge la segunda dificultad, que no se vence como la primera á fuerza de trabajo y de constancia, sino que son precisas grandes influencias y recomendaciones, que no es posible las encuentre con la oportunidad necesaria para salir adelante con la empresa.

Peró conviene distinguir el fruto que puede alcanzar el profesor de Filosofía y Letras según se dedique á la enseñanza privada ó á la oficial.

Prescindiendo de la llamada enseñanza doméstica, que ha

desaparecido casi por completo, atendiendo primero á la privada, que es ó puede ser como preparación para el mejor desempeño de la oficial, en ella se halla colocación siempre y cuando que el profesor que la solicite acompañe á su deseo una buena recomendación para el director del colegio de que se trate, recomendación que para ser atendida conviene proceda de personas á quienes el dueño del establecimiento esté obligado en gran manera, pues si no es inútil carta ó tarjeta de tal ó cual amigo, que no producirán el efecto apetecido por el excesivo número de Doctores y Licenciados que ansían entrar de profesores en los colegios de segunda enseñanza y el reducido personal docente que éstos pueden sostener por la competencia que se hacen unos á otros; pero suponiendo que logre plaza en alguno de ellos, la utilidad que perciba nunca estará en proporción con el trabajo que emplee, porque se sabe que es lo corriente abonar como honorarios 40 ó á lo sumo 50 pesetas al mes por explicar una asignatura, y si quiere y halla en dónde ganar lo preciso para vivir con algún desahogo, tendrá que andar de acá para allá enseñando lo que le encarguen en tal ó cual colegio, obteniendo á fuerza de un excesivo trabajo escasa remuneración, y gracias que la encuentre.

Suele á veces la enseñanza privada dar pingües honorarios, pero esto es *rara avis*, y lo normal es que sólo produzca escasos rendimientos, á causa de que, siendo muchos los colegios y estando los alumnos muy repartidos, los directores, aunque quieran, no pueden remunerar á los profesores como fuera debido.

La enseñanza oficial da un sueldo de tres mil pesetas al año al profesor de Instituto provincial, con algunas ventajas, como los quinquenios, y en Madrid lo que se abona por la residencia, y hay dos caminos para llegar á obtener una cátedra: ó pasar de auxiliar, mediante concurso y previo ciertos requisitos, á ocupar una de las vacantes que se dan á ese turno, ó entrar por oposición, medio á mi juicio el menos malo de adjudicar las cátedras y el único que, según autorizadas opiniones, debía seguirse para entrar en el profesorado oficial.

No quiero exponer el criterio actual acerca de las oposiciones, ni criticar el reglamento que las rige; pero son materias de las que se podía tratar con gran amplitud para que se viera lo que son estas cosas según los diversos aspectos que ofrecen.

Para nuestro objeto, baste saber que en las oposiciones á cátedras pueden hallar los Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras un porvenir, si no muy brillante, por lo menos seguro, y que éste debe ser el fin que se propongan los que sigan dicha carrera y tengan vocación para la enseñanza. Los que no la posean, tienen otros terrenos en que desarrollar su actividad, ya dedicándose á bibliotecarios, archiveros y anticuarios, para cuya carrera sirve el título en cualquier facultad, ó buscando en otras tareas asunto propio para sus inclinaciones.

GABRIEL M. VERGARA Y MARTÍN,
Doctor en Derecho y Filosofía y Letras.





ESTUDIOS SOCIALES

EL CACIQUISMO EN CASTILLA

I

SU CARÁCTER

Este mal, que se manifiesta en casi todas las ciudades y pueblos de Castilla, produciendo atraso y miseria, se arraiga cada vez más y amenaza destruir la vida de toda esa parte de España, digna de mejor suerte.

El caciquismo es un fenómeno muy complejo, es un cáncer que se extiende á multitud de organismos sociales, es una ponzoña que va desde el centro á la circunferencia, conducida por elementos siempre detestables y funestos; es una cadena, en fin, que se extiende desde Madrid al último pueblo rural para destruir todas aquellas fuerzas y actividades de donde cabalmente brotar pudiera la vida nacional.

No sirve cerrar los ojos ni negar los hechos; no vale el indiferentismo ante la gravedad de los males. El caciquismo, como todos los vicios, busca compañeros en todas las des-

dichas y miserias, y aprovecha toda clase de degradaciones morales y aun las mima.

Por eso el caciquismo es a veces secreto en sus procedimientos y gestiones, como son secretas las ligas de malhechores y las pandillas de criminales.

Busca ayudas el caciquismo en todas partes, tiene encargados y amigos en todas las esferas y dependencias, gana voluntades allí donde las necesita, amenaza al hombre de bien para que calle, y á veces paga más las defensas encubiertas de los que aparecen como rivales que las francas y abiertas de los que pasan por amigos.

La marcha de este vicio social es siempre tortuosa é in-noble, su proceder siempre bajo y taimado, su fin el logro de las injusticias que le sustentan, sin reparar en ninguna clase de males.

Es frecuente el maravillarse de que un ignorante domine una localidad y la mande; es común ver que una persona vulgarísima se impone en esas luchas electorales; es pasmoso el reparar en posiciones encumbradas de personalidades sin mérito alguno; es usual y corriente que todo lo que vale se oculta y todo lo despreciable se ostenta y bulle.

Pues bien, todos esos milagros son hijos del caciquismo, son su labor mentirosa é interesada.

Las reputaciones que crea son falsas; sus ídolos son ídolos de barro; sus trabajos los trabajos de la falsía y de la intriga.

¿Quién ha de entrar, siendo digno, en esa asociación que no repara en medios, en esa conspiración repugnante contra la verdad y en esa guerra sin tregua á todo lo honesto y justo?

Por eso sólo gentes cegadas por la ambición se arrojan á esa ingrata tarea, que ha logrado encerrar en sus casas á las dos terceras partes de la población de Castilla.

«No me hable usted de política; no me meto ya en nada; he aborrecido la vida pública.» Hé aquí las expresiones que salen de la boca de miles de personas de buena fe que pertenecieron á los partidos militantes, y que los abandonaron para siempre á virtud de intrigas, de demasías y de vi-

cios de toda clase, hijos del más repugnante caciquismo.

Pero analicemos los componentes del caciquismo, demos idea del mal, sigámoslo en sus orígenes, hagamos, en fin, lo que ahora se dice la *génesis* de esa carcoma social, que mina y destruye la vida de Castilla.

II

LAS GENTES—DECADENCIA

El carácter interesado y receloso de los campesinos se exageró grandemente en los últimos veinte años á consecuencia de promesas no cumplidas y de desengaños sin cuento. Engañados los pueblos por ambiciosos, truhanes y aventureros que les ofrecían la luna á cambio de un puñado de votos, han visto disminuir sus recursos y aumentar sus desdichas, sin que toda esa nube de pretendientes y de parásitos haya servido para otra cosa que para descargar sobre los pobres vecindarios una granizada de desengaños y un mar de discordias.

Las personas reflexivas y prudentes de los pueblos, cansadas de sufrir pérdidas, disgustos, persecuciones é injusticias de toda clase, se han encerrado, hace años, en sus casas, dejando los cargos del concejo á una turba de famélicos y ambiciosos, que buscan en ellos medios de vivir y de triunfar.

Hasta qué punto ha llegado el mal en esto, lo dice el siguiente suelto arrancado de un periódico de una capital de Castilla:

«Se van desarrollando en nuestra ciudad dos plagas temerosísimas: la de concejales *de oficio* y la de concejales *de matute*.»

Esto, dicho así, como quien recuerda una cosa que está en la conciencia de todo el mundo, aterra verdaderamente y hace pensar en la hondura del vicio y de la degradación á que se ha llegado.

Los elementos malsanos, que son los que hoy bullen en

las aldeas de Castilla, son los que excitan á las pocas personas que hoy votan en los períodos electorales, y son también los que mantienen en los campos lo que se llama *política*.

De año en año se ha visto disminuir la talla de las personas que pretenden en Castilla los cargos públicos.

Hace veinte años iban á las Cortes abogados distinguidos, profesores ilustres, personas de arraigo y de popularidad, engendrados por la elevación de ideas y la fe en sus respectivos ideales. Hoy *un cualquiera* pretende el acta de diputado, aunque tan inepto sea que no pueda escribir por sí la carta ó circular á sus electores, llena de mentirosas promesas, y tenga que valerse para ello *de memorialista*, como hace la más humilde moza de servicio cuando desea contar sus impresiones y recordar su afecto al militar ausente.

Y es porque en estos tiempos el más simple logra una popularidad aparente. Favorece la adquisición rápida de popularidad en Castilla la clase de vida de las personas consagradas á *politiquear* de sol á sol.

La población más pequeña cuenta con tres ó cuatro cafés, atestados de gente á todas las horas del día.

El juego del dominó tomó tal incremento que al cuarto de hora de estancia en un café es imposible resistir allí sin mareo. Una atmósfera densa impregnada de nicotina y de azufre y un ruido informe de fichas, que ruedan por el mármol de las mesas y le golpean con un sonido áspero y agudo, ofuscan y desvistan.

El político actual no sale del café, donde paga copas, puros, pasteles y apuros de juego á sus partidarios y amigos. Un esfuerzo más en el período electoral, y el acta es para él, sin género alguno de duda, porque las gentes que no viven en el café, ni viven en él más que en su casa, esos generalmente no votan ni crean la reputación de ningún político de provincia.

III

ESPÍRITU UTILITARIO — LA PIEDRA FUNDAMENTAL DEL
CACIQUISMO — MEDIOS DE QUE SE VALE — ESTADO VERDADERO
DE LOS PUEBLOS

Reviste, pues, la política un carácter eminentemente utilitario, y no hay forma de crearla en los lugares sin provechos inmediatos ó sin esperanza de obtenerlos.

Existe un escepticismo desconsolador, en cierto modo disculpable, y que agranda á cada paso la observación de la persona más superficial.

La casa del secretario, hecha con el arriendo de los pastos del ganado del común; el cercado del regidor síndico, distraído de los terrenos públicos; la piara lucida del alcalde, comprada con el mordisco dado á láminas de propios, y cien y cien cosas más que todo el mundo sabe y que todos cuentan en voz baja.

Todo se dice, todo se comenta, nada queda en el olvido; pero el temor ahoga toda protesta, el miedo mata todo impulso de resistencia, como si existiese la persuasión de que sólo el mal y la injusticia tienen fuerza.

En toda esa cáfila de vividores y de perversos que dominan las aldeas, estrujando en provecho propio los recursos y rentas comunales, y que han declarado guerra sin cuartel á todos los hombres independientes y honrados, se apoyan los políticos de la ciudad, parásitos los más de la política y protectores obligados de toda esa lepra de las aldeas.

Á favor de esas sociedades de vividores y de gente desalmada, la administración pública es la red tendida sobre el país que prende sólo á los incautos y desvalidos y que es tan sólo un recurso para aportar al fondo común todo elemento utilizable y de intriga.

El apremio, la multa, la inspección, el recordatorio apremiante, la amenaza son armas que esgrimen á toda hora los caciques de la ciudad cuando alguno de la compañía rural,

según aviso de los que dirigen el cotarro, se descarrila ó demanda. El latigazo del mayoral al caballo que no quiere tirar de la lanza ó que tira en una dirección poco conveniente; pero aquel latigazo truécase en caricia cuando el potro se viene á buenas, del mismo modo que el expediente se hace tablas ó el apremio se retira ante la promesa de seguir fraguando alguna injusta trapisonda.

Esta marcha, completamente divorciada del patriotismo, este alejamiento en pueblos y ciudades de la administración y de la vida pública de todas aquellas personas independientes, que hace veinte años contribuían á sustentarla, ha creado un estado verdaderamente grave y peligroso en los pueblos, dejando corporaciones y cargos en manos de personas sin arraigo, que hacen de ellos un modo de vivir y á veces un motivo de lucrativo negocio.

Deshechos todos los organismos en donde antiguamente se manifestaba la vida del país reducido todo á dependencias del Estado, que un solo hombre maneja desde la capital, el poder no es otra cosa que una serie de osados reyezuelos, uno para cada pueblo, dueños absolutos de la vida de los demás.

De suerte que todo conspira á un mismo fin: al engrandecimiento y poder soberano en cada localidad de una persona, que es la que dispone los apremios, tolera ó denuncia los abusos, rompe las denuncias ó las da curso y ampara ó delata la usurpación.

Los Gobiernos, algunas veces de buena fe, otras sin más transcendencia que la de contentar al diputado que incondicionalmente les sigue, se entregan en cada provincia á una ó dos personas, que forman, como las arañas, una red amplia de partidarios que alimenta y agranda el espíritu de lucro.

Así se ve con frecuencia pasar de unas á otras banderías las gentes y servir un año al partido conservador y al siguiente al fusionista á cambio de la alcaldía de tal ó cual parte, del disfrute de tal ó cual cargo ó del manejo de cualquier asunto de utilidad personal.

Y no sirve ante este estado, verdaderamente temeroso y

terrible, meterse en casa ni consagrarse por entero á sus faenas y al cuidado de su familia; toda esa serie de energúmenos que hoy hombrean en los campos y que ha poco estaban desnudos molestan al vecindario pacífico y bueno, que les sirve, sin duda sin despegar los labios, de castigo y remordimiento.

De modo que unas veces le invaden la tierra alegando que está parte de ella en el terreno de un camino público, otras veces le obligan á allanar la calle, otras le castigan con repartos ó le azotan con las multas, otras le insultan y le escarnecen ó le maltratan los ganados, escudados con la influencia y el poder de los caciques de la ciudad.

Los que tienen algo que perder temen en los pueblos á *la chusma* y optan por huir en vez de asociarse para la defensa siendo tildados por los más de gentes inútiles, de pusilánimes y cobardes que no quieren vivir *la vida moderna*.

IV

DESALIENTO—DESCREIMIENTO Y VICIOS

Todos los elementos relativamente honrados han llegado ya á un estado tal, que al ver impune y triunfante el delito van considerando ya algunos como una terrible simpleza y una penosísima carga el perseverar en el bien, y año tras año va mermando el grupo de la gente sana, que parte se alista en el banderín de la desvergüenza.

Muy pocos de los buenos tienen el valor de luchar en el aislamiento, y los más, ya que no se entreguen por entero al desorden y al agio, temerosos de que atenten contra su vida ó sus intereses, atienden á la *canalla*, la miman y la favorecen, buscando con afán entre ella partidarios y amigos.

¡Tal es la persuasión de los campesinos de que la sociedad se halla sometida á la anarquía y que no puede encontrar esperanza en el principio de autoridad, varita que miran doblarse á los vaivenes de esa masa hirviente de pasiones

mal contenidas, que acabarán por inundar al fin con furia indomable la vida toda!

Esa conducta de la gente de los campos se funda en una sólida observación, en una ley del instinto, más certero que la lucubración ó el análisis del sabio ó del filósofo, divorciados tantas veces de la palpitante realidad.

Hoy en los pueblos ya no hay casi creencias religiosas. Éstas sólo viven por lo común en el corazón de las mujeres y gentes sencillas, preservadas como por milagro del veneno de los malos ejemplos.

Confundiendo la inmensa mayoría de las gentes la religión con los curas, y empleándose los más de los campesinos de sol á sol en ponderar las debilidades de sus párrocos, agrandadas casi siempre por la calumnia, desprecian la religión y se ríen, con risa estúpida y maliciosa, de toda creencia.

No hay gracia de más sal ni que promueva más algazara y risa en la taberna que el relato de la aventura real ó supuesta de algún sacerdote.

En suelo tan preparado por la incredulidad no es maravilla que arraigue el escepticismo.

Los mismos clérigos ya difieren mucho de los de mediado el siglo. Sin decir que no haya muchas virtudes en esa clase benemérita, procura el clero amistades entre la gente política, y raras veces habla ya del poder temporal y de la venta de los bienes de la iglesia.

Dependientes del Estado, préstanle los curas rurales sumisión y acatamiento y procuran amigos é influencias, persuadidos de que sin el favor el sacerdote más sabio y virtuoso se pudre en un villorrio miserable.

El cura que tiene elevación de ideas, el que estudia y el que reza, el que se eleva por su talento sobre el estúpido vulgo de los lugares no suele conquistar respeto y veneración. Lo llaman *pobre hombre* sencillamente los que se juzgan más avisados y truhanes.

Los vicios han tomado proporciones colosales en las aldeas de Castilla, hasta el punto de haber aun en las más miserables tabernas abiertas día y noche al juego y á la crápula.

Estos centros son el fomento del caciquismo rural y el lugar más apropiado para el cultivo de ese terrible virus.

Ya se ve, el que vive al día, sin ahorro y sin fondos para hacer frente á una contrariedad ó á una desgracia, el que compromete en el juego el patrimonio de sus hijos, el que gasta en la taberna parte de lo que necesita tiene que vivir en un estado de desequilibrio y de inquietud permanente; tiene que soñar con rendimientos fortuitos, es un pie obligado para trampas, enredos y trapisondas, fondo repulsivo de la política rural.

No es, pues, nada extraño que los caciques de la ciudad alisten en esos centros de corrupción de las aldeas sus mejores agentes, y el que los hallen en abundancia, dispuestos siempre á toda obra injusta, aportando alguna utilidad y provecho.

No hace aún muchos meses que un honrado vecino de un lugar de Castilla me decía, acompañándome en mis paseos por el campo:

—Fulano es el peor trabajador del pueblo: sus tierras están siempre mal aradas; sus sembrados ahogados por la maleza; su montón de grano en el Agosto tiene más avena loca que granos de trigo. Siempre está en la taberna, siempre de *viga derecha*, y siempre cavilando trampas para perdernos. Como no trabaja, sólo se entretiene en armar asechanzas, y muchas veces tenemos que darle parte de nuestro trabajo para que ceje en sus propósitos y podamos vivir en paz. No hay hombre más útil en las elecciones; no hay agente más solícito, ni engañador más hábil. ¡Lo que él come y bebe en la época de las elecciones! Entonces ni se acuerda de las tierras, ni las pisa una vez siquiera.

Y así es, en efecto: viven los pueblos, por regla general, entregados á la gente más ruin y de peores condiciones, á la que ostenta menos virtudes y á la más afeada por el desprestigio.

V

CAUSAS Y EFECTO.—CUADROS Y MANCHAS

Á este estado llegaron los vecindarios por el ejemplo, viendo enriquecerse de pronto á personas desheredadas que arrendaron ó comieron los aprovechamientos de los montes comunales, ó hurtaron parte del valor de las láminas de propios, ó cortaron fraudulentamente árboles que redujeron á traviesas, sin ninguna consecuencia.

Los montes públicos, completamente desgarrados y perdidos, mermados por intrusiones constantes y motivo de las mayores demasías por parte de los caciques y de sus pania-guados y amigotes, causan dolorosa impresión en el ánimo, al reparar la desolación y la ruina que una tala tan constante y ruda ha de arrojar sobre los pueblos de la alta meseta castellana, el día, no lejano, en que falten las aguas y el combustible.

La generación actual ha consumido en los campos más que consumieron veinte generaciones anteriores, dando de mano á toda idea previsorá, inspirándose en el egoísmo y en una codicia sin ejemplo, y preparando locamente á la generación futura miseria y padecimientos.

Pero volvamos al caciquismo, temerosos de alejarnos de nuestro propósito.

Los aldeanos, testigos de tanto chanchullo y tanta demasía, se han echado el alma á la espalda y se arrojan á la mayor temeridad cuando, como ellos dicen, hay PADRINO.

Tal fenómeno explica satisfactoriamente la facilidad que tienen los caciques de la ciudad en buscar auxiliares en los pueblos y lo codiciados que son los puestos de muñidores de elecciones y los de acompañantes de los candidatos en sus correrías por los campos durante el período electoral, más bien período de desatinos sin cuento, de abusos sin ejemplo, de promesas irrealizables y de escenas verdaderamente indescritibles, en las cuales se ostentan, en revuelto torbellino, la frase culta y amanerada del discurso aprendido

de memoria, con sus chafarrinones de libertad y de cuestión económica, al lado de la blasfemia del borracho, del grito del pilluelo, del estampido del cartucho de pólvora encendido como festejo por el que pretende la cartería, de la charla de las mujeres y del son de la campana, que la tolerancia permitió voltear al apernador agradecido.

No es posible resistir sin asco una elección reñida en la mayoría de nuestros pueblos; no hay persona de regulares sentimientos que no sienta, testigo de tan bochornosas escenas, un profundo decaimiento moral y un vivo impulso de repulsión y de espanto.

El usurero, acariciando al candidato acaudalado y ofreciéndole su bolsa, repleta de oro, á cambio de las propiedades de que piensa apoderarse á menos precio; el vividor de aldea, caballero en su mula, arengando á la muchedumbre y ponderando las cualidades casi divinas del candidato; el jornalero y el mendigo con los labios aún brillantados con la grasa del último carnero sacrificado; el riquillo de aldea haciendo genuflexiones de gozo ante la risueña esperanza de ser más tarde diputado provincial; el abogadillo sin pleitos desgañitándose á dar vivas para recabar, más tarde, un destinillo que le permita vivir en la viciada atmósfera de los cafés y casinos de una capital de provincia, y todos, en fin, entregándose á un entusiasmo artificial y mentido, que sustenta la vanidad ó hace estallar el hambre satisfecha ó la esperanza de satisfacerla algún día.

Tal es el fiel compendio de esas escenas que manchan los pueblos y los desquician, para agitarlos unos días en la vagancia, en el desorden y en la anarquía, que siempre dejan, como semillas malditas, gérmenes de perdición y de muerte.

Ésas son las fuerzas que levantan al pobre candidato y le alzan á la representación del pueblo: todo humo vano de pólvora, vapores de vino, lisonjas interesadas, que traen á la memoria aquellos versos de Quevedo:

No digas cuando vieres alto el vuelo
del cohete en la pólvora animado
que va derecho al cielo encaminado,
pues no siempre quien sube llega al cielo.

VI

EL VACÍO—LUCHAS—RESUMEN

El estado de los pueblos y de las gentes ya nadie lo ignora. Podrá el propagandista político decir lo que guste; pero de sobra comprende toda la extensión del mal, y de sobra toca que, si algunos le siguen, es puramente con la esperanza de provechos materiales, pero sin fe ni entusiasmo.

En prueba de ello, no hace muchos días que leímos en un periódico de Madrid lo siguiente: «El Sr. Sagasta ha suspendido la campaña en provincias, porque no hay apego alguno á principios fundamentales ni accidentales de ninguna especie.»

Más claro no se puede hablar. Los que persisten, pues, en confiar en la *opinión pública*, ó son ciegos, ó se distraen en suponer poblado de ideas el vacío más absoluto.

La falta de fe y de ideales enciende la lucha entre dos bandos de caciques por la cosa más baladí. Cuando este espectáculo tiene lugar, es lo común que cada contendiente dé vida á un periódico, para arrojar cieno sobre su contrincante y los de su bando.

¿Qué decir de la materia que rellena esos libelos difamatorios?

La vida privada con todos sus vicios se muestra en romances y coplas, que saborean los maldicientes y festejan los maleantes.

Los artículos están escritos más con el puñal que con la pluma, y parece mentira que detrás de tanto fango y de tanto insulto los contendientes no vengan á las manos.

Sin embargo, son rarísimos los casos de agresiones personales y desafíos; cada cual guarda en el pecho sus heridas, con la esperanza de vengarlas algún día cobarde y traidoramente.

La costumbre de maltratarse, la vieja maña de apelar á toda clase de armas, la misma imposibilidad de sostener por

sí los caciques, generalmente indoctos, la lucha en los periódicos, y la precisión de valerse de hombres asalariados, da á estos miserables pugilatos cierto sello de rebajamiento, que acalla todo levante de dignidad ofendida y de decoro atropellado.

En los cafés se festejan los insultos, las gracias, las indirectas y los equívocos más ó menos ingeniosos, y no se habla de otra cosa en los teatros y paseos.

La ausencia de todo ideal político, el escepticismo en que sumieron á los pueblos los hechos escandalosos que presenciaron, el crecimiento de las necesidades en una medida superior á los rendimientos de las industrias tradicionales del país, el descreimiento y los estímulos del vicio dejaron á las gentes del campo propicias para toda coalición y conciliábulo capaz de allegar fondos y ganancias:

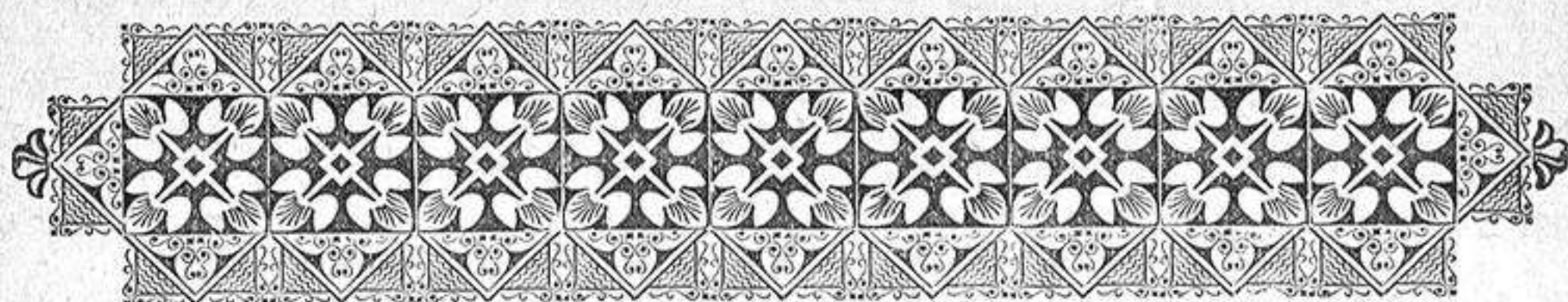
--¡La cuestión es tener dinero!—gritan ya los hombres menos avisados de las aldeas.

Ésta es la mecha que el cacique de la ciudad maneja para sembrar á su antojo el mal por todas partes y darse á sí propio la estéril satisfacción de manejar lo que llama *el país*.

Dominación efímera; un nuevo Gobierno crea una y deshace otra, si bien el espíritu de lucro busca ya una dominación permanente, afiliando á la idea de las ganancias á personas de todas procedencias, para que en todas las situaciones puedan sacarse á salvo los intereses que persiguen.

Esta tendencia, que comienza á dibujarse ya en Castilla, es el colmo del *utilitarismo*, concluyendo á la postre por transformar los partidos en asociaciones de *industriales* de la cosa pública.

ANTONIO GARCÍA MACEIRA,
Ingeniero Jefe de Montes.



EL CRITICISMO DE KANT

Y LA DOCTRINA DEL DOCTOR ANGÉLICO (1)

El sistema entero de Kant puede fácilmente reducirse á estos dos puntos: los juicios sintéticos *à priori* y las formas subjetivas del espíritu con que pretende explicarlos. Veamos, por consiguiente, si estos principios son compatibles con la doctrina de Santo Tomás, ó si, por el contrario, quedan destruidos con la sola aplicación de la filosofía tomista.

Juicios sintéticos *à priori* dice Kant que son aquellos en que se predica del sujeto algo que no está contenido en su concepto formal, de tal manera que la conveniencia del predicado con el sujeto no sea conocida por la experiencia, sino afirmada por la razón *à priori* y con independendencia de los sentidos.

En estos juicios es en los que, según Kant, consiste la ciencia ó conocimiento científico.

Basta recordar los principios del Doctor Angélico para ver en ellos una refutación acabada de esta peligrosa innovación del filósofo de Koenigsberg. Porque si, como dice Santo Tomás, todo ser obra conforme á su naturaleza (*operatio sequi-*

(1) Véase la pág. 172 de este tomo.

tur esse) la razón obrará siempre racionalmente, y como no obraría racionalmente, sino con ceguedad completa, si formase algunos juicios de cuya verdad no le constase, ni por la experiencia ni por el análisis de los términos, síguese lógicamente que los juicios sintéticos *à priori* inventados por Kant deben desecharse. Además, si quien afirma una proposición niega implícitamente la contradictoria, implícitamente rechazó Santo Tomás los juicios *sintéticos à priori* al afirmar que nuestros juicios eran sólo analíticos y sintéticos, y al escribir que no hay otra clase de conocimientos que los que se adquieren por los sentidos ó se deducen de los conceptos de las cosas. Pero si pasamos revista á los ejemplos de juicios sintéticos *à priori* presentados por Kant, nos convenceremos más plenamente aun de la falsedad que en sí entrañan, así como de la sabiduría de Santo Tomás al rechazarlos. Porque, en efecto, los juicios que Kant presenta como sintéticos *à priori* están muy lejos de serlo y deben considerarse como analíticos ó sintéticos *à posteriori*. Los ejemplos que Kant propone son los siguientes: 1.º, todo efecto tiene una causa; 2.º, la línea recta es el camino más corto entre dos puntos; 3.º, $7 + 5 = 12$; 4.º, en todas las transformaciones corpóreas permanece la misma cantidad de materia; 5.º, la reacción es igual á la acción, y 6.º, el mundo tuvo principio.

Ahora bien, el primero de estos juicios es evidentemente analítico, puesto que en la idea de efecto se incluye la de que ha de tener una causa; el segundo lo es también, pues aunque en el concepto de línea recta no se incluya la razón de brevísima, se incluye, sin embargo, en el concepto de línea recta comparada con líneas curvas tiradas desde los mismos puntos; el tercero de los juicios citados es analítico del mismo modo, porque analíticos son aquellos juicios en los que el predicado es la definición del sujeto, y $7 + 5$ es una de las definiciones del número 12; por último, los juicios cuarto, quinto y sexto, ora se consideren como analíticos, según quiere el P. Urraburu, ora se tengan por sintéticos, como otros prefieren, resultará siempre que no son sintéticos *à priori*, puesto que no los forma nuestra mente hasta encon-

trar, ó en la experiencia ó en el análisis de los términos, la relación en que se encuentran respecto de la verdad.

No existiendo como no existen los juicios sintéticos *à priori*, no puede consistir en ellos la ciencia humana; antes debemos afirmar con Santo Tomás que ésta consiste en el conocimiento de las cosas por sus causas (cognitio rei per causam) y en la investigación de la verdad, fin general y supremo del universo (oportet igitur veritatem, esse ultimum finem totius universi), conocimiento é investigación que se adquiere tanto por los juicios analíticos como por los sintéticos.

Para explicar los juicios sintéticos *à priori* supuso Kant que existían en nuestro espíritu con anterioridad á toda operación cognoscitiva ciertas formas innatas puramente subjetivas en las que se nos representaban los objetos, y mediante cuya aplicación las intuiciones sensibles se convertían en conceptos é ideas universales y necesarias. Pero ¿con qué razón afirma Kant la existencia de dichos elementos apriorísticos en nuestra alma? Es de todo punto falso que exista este ni ningún otro género de ideas innatas, porque primero es existir que obrar, y por lo tanto, antes de que existan las ideas, que son la manifestación de la vida y actividad de nuestro espíritu, es menester que exista éste. Así lo enseña Santo Tomás (1), demostrando ampliamente por la experiencia y por la razón que repugna el innatismo de las ideas. Por la experiencia, pues ésta nos dice que el entendimiento no ejerce siempre los actos de entender, sino que pasa de la carencia á la posesión de éstos y de unos á otros, lo que no sucedería caso de ser innatas nuestras ideas, porque entonces estarían de antemano y siempre presentes á la inteligencia. Y por la razón, porque ésta enseña que, dada la unión sustancial é íntima que existe entre el alma y el cuerpo, ha de depender aquélla de éste al menos en sus operaciones esenciales, como son las de entender, dependencia que no existiría si nuestras ideas fueran innatas, porque entonces estarían en nuestro espíritu con anterioridad é independencia

(1) *Sum. Theolog.* 1.^a part. Quæst. 74, art. 3.^o

del ejercicio de las funciones sensitivas. Con profunda verdad pudo, por tanto, decir el Doctor Angélico que nuestro entendimiento es pura potencialidad en el orden de conocer antes del ejercicio de los sentidos (*tanquam tabula rasa in qua nihil est depictum*).

Con igual facilidad se resuelven los argumentos en que Kant se apoyaba para afirmar la innatividad de las formas subjetivas. En nuestros conceptos, decía, se echa de ver la inmaterialidad y la universalidad; pero estas cualidades no pueden provenir del orden sensible, que suministra tan sólo hechos contingentes y singulares; luego es preciso reconocer en nuestro espíritu algunas formas innatas que reúnan dichos caracteres. ¡Donoso argumento!

Es evidente que toda vez que el hombre posee conceptos necesarios y universales y que la sensibilidad da sólo hechos contingentes y concretos, debemos reconocer en el entendimiento, como reconoce Santo Tomás, una fuerza superior capaz de abstraer de las representaciones sensibles y materiales ideas ó representaciones inmateriales é inteligibles; mas ¿de dónde deduce Kant que dichas representaciones han de ser innatas, siendo así que la experiencia y la razón demuestran lo contrario?

«Para causar la representación intelectual, escribe el Angélico Doctor, no basta la sola impresión sensible de los cuerpos, antes se requiere algo más noble, porque el agente es más noble que el paciente. Pero no que haya de afirmarse, como lo hizo Platón, que el conocimiento es debido á ciertas formas superiores impresas en nuestro espíritu, sino que es efecto del llamado entendimiento agente, que por medio de abstracciones hace inteligibles en acto los fantasmas recibidos por los sentidos» (1).

Dígase enhorabuena que hay en nuestro espíritu una facultad superior que abstrayendo las representaciones sensibles las hace universales é inmateriales; afirmese con Santo Tomás (2) que hay algunas ideas, como los primeros prin-

(1) *Sum. Theolog.* 1.^a parte. Quæst. 84, art. 6.^o

(2) *Quæst. Disp.*, Q. X de Mente, art. 6.^o

cipios, que pueden llamarse innatas ó *quasi* innatas, por ser producto espontáneo del entendimiento, mas será siempre absurdo é inadmisibile en buena filosofía el afirmar la existencia de las formas subjetivas y apriorísticas, inventadas por el filósofo de Koenigsberg.

Y aún podemos seguir examinando la naturaleza de estas formas subjetivas que constituyen el punto principal, así como el capital error del criticismo kantiano. Comenzando por la sensibilidad, dice Kant que ésta tiene dos elementos subjetivos, *el espacio y el tiempo*, los cuales carecen de realidad objetiva, siendo anteriores á todo ejercicio de los sentidos, á la vez que la forma y condición general de la experiencia externa é interna respectivamente. No puede negarse que el espacio es la condición objetiva de todas nuestras sensaciones, puesto que no percibimos los cuerpos sino como colocados en el espacio; es verdad también, y así lo dicen Santo Tomás y los metafísicos más eminentes, que el espacio no existe en la realidad (*à parte rei*) tal como nosotros le concebimos, es decir, como infinito y eterno; pero es falso que el espacio carezca por completo de realidad objetiva, porque en tal caso el mundo todo sería una ilusión, puesto que la existencia de los cuerpos no se concibe sin que existan en el espacio, y además no con menos evidencia percibimos, nosotros la realidad del espacio que la de los cuerpos, por lo que, si nuestro conocimiento no vale en un caso, tampoco valdrá en el otro; debiendo, por lo tanto, afirmar que los cuerpos no existen, y que son formas puramente subjetivas de nuestro espíritu.

Otro tanto podría decirse del tiempo, al cual estuvo el Doctor Angélico tan lejos de negar realidad objetiva, que, por el contrario, dijo que no era sino la sucesión real de las cosas percibida por la razón, definiéndolo con Aristóteles: *numerus et mensura motuum secundum prius et posterius* (1). Después de las formas puras de la sensibilidad vienen, según Kant, los elementos apriorísticos del entendimiento, ó sean las doce categorías que el filósofo alemán, en su afán

(1) *Sum. Theol.*, 1.^a p. Quæst X, arts. 4.^o y 5.^o

de singularizarse, puso en lugar de los diez predicamientos aristotélicos. Estas categorías no sólo adolecen de los mismos defectos que las formas de la sensibilidad, á saber, el innatismo y la carencia de valor objetivo, sino que entrañan otros muchos. Porque, si bien lo examinamos, el número de categorías señalado por Kant es redundante, pues á menos pueden reducirse los grupos de los seres, como lo hicieron Aristóteles y Santo Tomás, ni había tampoco necesidad alguna de señalar dentro de las diez categorías ciertas especies de ellas, como hace Kant; siendo además defectuosa su división, porque después de enumerar como categorías algunos conceptos que no lo son, como la imposibilidad y la negación, omite otros que lo son, según todos los dialécticos, como la cantidad continua.

Los mismos absurdos que he notado al hablar de las formas puras de la sensibilidad y del entendimiento, podría señalar respecto de las formas ó ideas de la razón, así como podría extenderme en refutar con el Ángel de las Escuelas la distinción real que Kant pone entre el entendimiento y la razón, toda vez que, según Santo Tomás (1), la inteligencia, la memoria y la razón son una misma facultad, ejerciendo funciones diferentes; sin embargo, dejaré á un lado estos puntos menos importantes, para fijarme con más detención en otras afirmaciones de mayor transcendencia en el criticismo kantiano, como son las relativas á la existencia de la intuición intelectual pura y al valor objetivo de las ideas.

Sabido es que Kant considera los conceptos como formas vacías que es preciso llenar con fenómenos sensibles; lo que se llama categorías, si se las toma como conceptos de las cosas en general, se reducen á simples funciones lógicas, que pueden ser miradas como las condiciones de la posibilidad de las cosas, pero sin poder mostrar en qué caso su aplicación al objeto, y por consiguiente ellas mismas, pueden tener en el entendimiento puro un valor objetivo, sin la intervención de la sensibilidad (2). «De lo dicho, añade Kant, se

(1) Vid. *Sum. Theol.*, 1.^a p. Quæst 79, arts. 7.^o y 8.^o, y Quæst. Disp. de Veritat. art. 1.^o

(2) *Log. Trascend.*, lib. II, cap. III. Véase la *Historia de la Filosofía*, de Balmes, LV, núm. 327.

deduce claramente que los conceptos puros del entendimiento no pueden tener un uso trascendental, sino un uso tan sólo empírico.» Más aún: el filósofo de Koenigsberg pone en duda hasta la posibilidad de una intuición intelectual pura, reduciendo nuestros conocimientos á la sola esfera de la sensibilidad y cayendo en los mismos errores de Locke y Condillac que se propuso combatir.

Pero ¡cuán lejos está de la verdad esta doctrina tan descaradamente sensualista! Santo Tomás es también en este punto la antítesis más perfecta de Kant; porque el Doctor Angélico afirma y prueba por extenso no sólo la posibilidad, sino la existencia de una intuición intelectual pura, é inculca repetidas veces la inmensa superioridad de conocimientos á que alcanza la inteligencia y á los que ni con mucho pueden llegar los sentidos. «Los sentidos, escribe el Santo Maestro, no conocen sino objetos singulares, mientras que el entendimiento se eleva al conocimiento de los universales. Los sentidos no conocen sino cosas corpóreas; el entendimiento tiene además conocimiento de cosas incorpóreas, como la sabiduría, las virtudes y las relaciones de las cosas. Ningún sentido se conoce á sí mismo, de manera que la vista no se ve á sí propia, ni tiene conciencia del acto de ver; pero el entendimiento se conoce á sí mismo y tiene conciencia refleja de sus actos» (1). Por lo que hace al conocimiento intuitivo, enseña Santo Tomás que Dios ve inmediatamente su esencia, en la cual ve también todas las cosas, tanto las existentes como las puramente posibles. En nosotros, dice, son cosas distintas *id quod intelligitur et id quo intelligitur*; pero no sucede lo mismo en el Ser Supremo, en quien hay identidad absoluta entre estas dos cosas, de manera que su inteligencia tiene una intuición tan completa como inmediata de su esencia, con la cual se identifica y la cual es respecto de la divina inteligencia objeto é idea á la vez (2).

Y el Santo Doctor va más lejos aún, porque no sólo admite la intuición intelectual para otra vida y otros espíritus

(1) *Sum. contra Gentes*, lib. II, cap. 66.

(2) *Sum. Theol.*, 1.^a parte. Quæst. 14, art. 5.

distintos del nuestro, sino que la admite también en nosotros durante la vida presente (1). Como enseña el Santo Doctor, el entendimiento tiene intuición de sus actos, y esta intuición se extiende en alguna manera á la esencia misma del alma; de modo que puede y debe decirse que tenemos intuición inmediata de los actos intelectuales y mediata de la esencia ó sustancia del alma, que se constituye presente *intelligibiliter* á nuestro entendimiento en sus actos (2).

Es falso, por lo tanto, que no exista otra intuición diferente de la sensible, y falso también que nuestros conceptos no tengan valor objetivo en cuanto no se haga de ellos un *uso empirico*, como escribe Kant; de lo contrario, estaríamos condenados á no saber nada fuera del orden sensible, á no poder elevarnos al conocimiento de las cosas en sí mismas, á carecer por completo del conocimiento de Dios, del alma, de la virtud y de cuanto grande y noble se eleva sobre el orden grosero y material de los sentidos.

Ni debe extrañar á nadie que el filósofo de Koenigsberg niegue valor objetivo á los conceptos puros de la razón, toda vez que, según sus principios, no le tienen ni las intuiciones de la sensibilidad.

«Porque nosotros, dice Kant, no conocemos el *nóumeno*, la realidad objetiva, sino únicamente el *fenómeno*, lo que aparece, y por lo tanto, nada podemos afirmar de las cosas, nada del orden objetivo, que es y será para nuestro espíritu una incógnita eterna é insoluble.»

Supuestos los principios de Kant, no podía ser otra la consecuencia. El autor de la *Crítica de la razón pura* había dicho que las formas generales del conocimiento eran puramente subjetivas y que nosotros no percibíamos sino nuestras modificaciones, y sacó, por lo tanto, en conclusión que no teníamos ningún derecho á afirmar la existencia de un mundo y de unos objetos representados en nuestra fantasía.

Muy diferente hubiera sido el resultado de sus especula-

(1) Véase *Filosofía fundamental*, de Balmes, lib. IV, desde el cap. 13 al 15.

(2) *Quest. Dispt.*, Quæs. 10, de Verit., art. 8.º

ciones si en la explicación del origen y naturaleza de nuestras ideas hubiera seguido la misma doctrina que Santo Tomás. El Santo Doctor afirma, según hemos visto, que nuestros conocimientos comienzan por los sentidos (1) y que los objetos tienen una causalidad propia y real en la formación de nuestras ideas, y por eso la afirmación del valor objetivo de las ideas es la consecuencia lógica de su doctrina. Santo Tomás supo evitar de igual suerte el otro escollo en que tropezó Kant que dijo que el alma percibe directamente sus modificaciones y no los objetos cuya existencia, según él, ignoramos.

«Lo que el entendimiento percibe, escribe el Angélico Doctor (2), es la naturaleza ó ser que se halla en las cosas y no la misma especie inteligible, á no ser cuando el entendimiento vuelve sobre sí mismo por medio de la reflexión. Pues es evidente que las ciencias se refieren á las cosas mismas existentes fuera del alma, y no á las especies ó ideas inteligibles.» Y en otro lugar añade que el espíritu no conoce directamente sus propias modificaciones, sino los objetos, de tal manera que la especie inteligible, como la especie sensible, no es *id quod intelligitur*, sino *id quo intelligitur* (3).

Es verdad que algunas ideas, como las universales, no existen en el orden objetivo cual ellas son en sí, pero es indudable que tienen algún valor y fundamento en la realidad. De lo contrario, no habría modo de explicar su origen. Porque si los objetos nada influyen en la formación de nuestras ideas y si el mundo exterior no mueve á obrar á nuestro entendimiento, ¿qué naturaleza tan peregrina es la de nuestras facultades cognoscitivas que ellas por sí solas crean conceptos y forjan un mundo ideal? ¿Cuál es entonces la razón suficiente de los conceptos intelectuales? ¿Cúyo el móvil que saca de su indiferencia al entendimiento? Enhorabuena que los objetos, á fuer de materiales y concretos, no basten por sí solos para dar el ser á ideas abstractas é inmateriales;

(1) *Sum. Theol.*, 1.^a parte. Quæst. 84, art. 6.^o

(2) *De anima.*, lib. 8.^o, lect. 8.^a

(3) *Sum. Theol.*, 1.^a parte. Quæst. 85, art. 2.^o

pero de eso á negarles todo influjo en la producción de éstas hay gran diferencia.

¡Qué doctrina tan profunda y verdadera encierra aquel famoso dicho de San Agustín, repetido después por el Doctor Angélico: *ab objecto et mente notitia paritur!*

Mas no es preciso hacer prolijas consideraciones para probar el valor objetivo de las ideas, sino que basta apreciar las funestas consecuencias á que conduce la afirmación contraria para convencernos plenamente de que no puede ser verdadera. Porque no puede ser verdadera una doctrina que destruye nuestros conocimientos, que arruina toda ciencia y que aniquila la propia razón, y esto es cabalmente lo que sucede una vez negado el valor objetivo de nuestras ideas.

Entonces no habrá otra cosa que modificaciones subjetivas y la ciencia quedará reducida á una *fenomenología* ó simple analítica del entendimiento puro. Por otra parte, negar el valor objetivo de las ideas equivale á negar la veracidad de la razón, porque es tanto como decir que esta facultad nos engaña en todos sus conceptos, puesto que en todos nos presenta los objetos como existentes en la realidad.

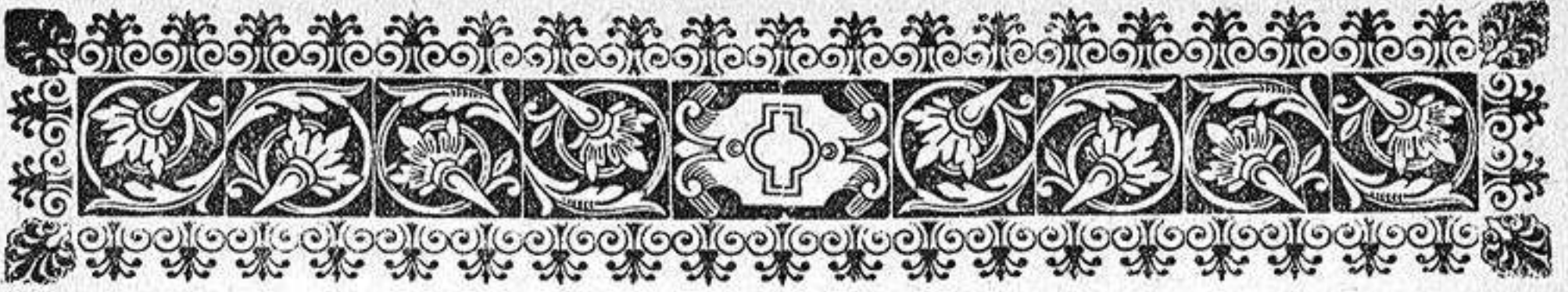
Y como negar la veracidad de nuestro entendimiento es tanto como afirmar que éste es incapaz de alcanzar su objeto, que es la verdad, resulta que negar el valor objetivo de las ideas equivale á destruir á la misma razón, por lo cual no anduvo desacertado cierto ilustre escritor cuando llamó á Kant *nihilista del pensamiento*.

Podría aún extender este escrito presentando á los ojos del lector la futilidad de las antinomias famosas que Kant propone como insolubles y haciendo ver la contradicción en que incurre el filósofo alemán al afirmar en la *Crítica de la razón práctica* lo que había negado en la *Crítica de la razón pura*, así como también probando la falsedad del *imperativo categórico*, que, contra lo sostenido entre los pensadores cristianos erige á la razón humana en árbitro supremo del orden moral; pero basta con lo dicho para comprender lo absurdo é incoherente del celebrado *criticismo* y para apreciar como es debido la admirable sabiduría y profundidad filosófica del Doctor Angélico. ¡Qué diferencia tan grande entre la

teoría de Kant y los principios luminosos de Santo Tomás de Aquino! ¡Qué distancia tan inmensa entre la misión del uno y la del otro! Kant aparece al finalizar el siglo XVIII para refutar los errores de aquella época deplorable, pero sembrando al mismo tiempo fecunda semilla de abominables sistemas. Santo Tomás, por el contrario, aparece en los siglos medioevales para señalar un nuevo rumbo á la ciencia y ser faro luminoso de la filosofía católica. Kant es el filósofo demoledor que, destruyendo sabias teorías, va á parar al escepticismo más desesperante. Santo Tomás es el filósofo restaurador que, refutando á Averroes y cristianizando á Aristóteles, enseña una doctrina no menos profunda que verdadera. Kant es el pensador racionalista que, apartándose de la revelación, demuestra en sus extravíos el lastimoso estado á que llega la razón fuera de las vías de la fe. Santo Tomás es, ante todo, el pensador cristiano que, llevando por guía á la fe, muestra al mundo lo mucho que alcanza la humana inteligencia dirigida por la religión. Kant, por último, sólo puede decir, señalando un montón de ruinas de los sanos principios que combatió: yo las he amontonado. Santo Tomás puede exclamar, señalando la sublime concepción filosófica que creó y llevó á su apogeo: yo la fundé y enaltecí.

ELOY BULLÓN FERNÁNDEZ.





LAS FIESTAS EN COMPOSTELA-1897

¡Año santo! ¡El año piadoso, año del perdón, año que alivia el alma de la triste carga del pecado, y lleva la esperanza al corazón contrito!

¡Cuántos recuerdos, cuántas oraciones, cuántos actos de ferviente y encendida fe, cuántas cosas dignas de vivir en la memoria y guardarse con llave de oro en los delicados senos del corazón! Hemos llegado al día 27; las fiestas continúan, y forzoso es dar ya ligera mirada á lo que va ya pasado. ¡Ay, triste palabra! ¡Pasado! ¡Atrás quédanse ya todos esos placenteros días, días de bullicio, de alegría, de animación, de concurrencia inmensa, con esos deliciosos momentos en que el ánimo se esparce, contemplando el resplandor de las iluminaciones, el gozo de tantas gentes que ora se paran ante bien acordada banda para saborear las delicias del divino arte, ora se entretienen ante la kermesse, que recoge el producto de su rifa para un fin benéfico y civilizador; aquellas masas de gente que se precipitan á la gran plaza de la Quintana, las damas que lucen sus galas en los paseos, la música deliciosa que los ameniza, el fuego que brilla, las bombas que retumban, las campanas que repican gozosas, ¡el templo que abre de par en par sus puertas, convidando á las almas! ¡Las almas, las almas! Hé aquí el suspiro amante del cora-

zón maternal de nuestra Iglesia. Las fiestas religiosas, la santidad del Sacrificio, las nubes de incienso, los cánticos religiosos, voz profunda del alma que se lanza hasta los cielos, las enseñanzas divinas que á raudales brotan de labios encargados por Dios de ofrecernos la celestial y salvadora doctrina de la Iglesia, ¡qué sé yo! Tantas cosas grandes y hermosas, que no tienen número ni yo acierto á relatar.

Pero forzoso es entrar en alguno de esos pormenores, y voy con temor grandísimo á intentarlo, siquiera no sean más que dulces impresiones conservadas en lo más vivo del alma, en el mismo corazón.

Ayer todo estaba fijo en un solo pensamiento. La gran fiesta artístico-literaria que debía celebrar el Ateneo León XIII: el certamen.

Y, en efecto, si las esperanzas eran fundadas, la realidad colmó las esperanzas. Allí, en aquel espacioso, iluminado y elegante recinto del teatro aparecían, como si se hubieran dado cita, las cosas que más dominio ejercen sobre el corazón.

Allí estaban los nobles y reverendos Sres. Obispos, que prestaban verdadera majestad y tono á sesión tan memorable; allí las autoridades civiles y docentes, allí el respetable Jurado calificador, la Junta directiva del Ateneo, los representantes de la prensa y aquella concurrencia distinguida, gozosa, elegante, que con gravedad singular y respeto asombroso tenía delante de sí reunidas en sublime lazo la religión, la autoridad, el saber, las letras, las artes y la hermosura. ¡No faltaba nada!

El secretario, Sr. Cabeza, leyó bien escrita y sobria memoria dando cuenta del veredicto del Jurado calificador, que premió una composición poética en lengua castellana, verdadero primor literario, y otra en lengua gallega, verdadera filigrana escrita con lenguaje de muy subidos quilates; otorgó también premios á otros vates de la región, y otro tanto aconteció con los opositores á premios en la sección musical: los artistas premiados lucieron su talento, y el auditorio recibió con entusiasmo los nombres de los autores y ejecutantes laureados. En los trabajos en prosa, entre otros, ob-

tuvo premio, y fué victoreado con verdadero cariño, el distinguido literato y pintor D. Urbano González.

Como quiera que el autor de la obra que alcanzó el premio de honor se encontrase ausente, el excelentísimo y reverendísimo Padre Cámara, Obispo ilustre de Salamanca y presidente de la sesión, designó para reina del certamen á la modestísima, hermosa y aristocrática Srta. Petra Arias de la Maza; la elección fué acogida—¡era justísimo!—con aplausos que salían del corazón. La joven reina, que ocupó luego el trono, llenó á maravilla su cometido, repartiendo los premios á los autores laureados. Cuando todo se hubo terminado, recogimiento singular, atención profunda, emoción inexplicable sintiéronse en el instante. Llegaba el ansiado momento de oír al insigne agustino al sabio Obispo, al ínclito vencedor del malaventurado Draper; al que en páginas áureas, tan ricas de ciencia como de galas literarias, nos había ofrecido antes de ahora aquellas soberbias conferencias de San Ginés, y el libro tan hermoso sobre el Padre Orozco; al que en el Congreso Eucarístico de Lugo nos había fascinado, así como suena, con aquel discurso, que parecía un eco de la música de los ángeles; al joven y nunca rendido batallador de la buena causa, de la causa de la Iglesia! ¡Qué discurso el de ayer! ¡Qué dulces frases, tan suaves como cristianas, dedicó á la reina de aquel torneo intelectual! ¡Qué bien supo interpretar, y con qué dulzura expresarlo, el sentimiento delicado, tiernísimo, melancólico y profundo de la alma gallega, de esta tierra querida, dulce, soñadora y mansa! ¡Y qué entusiasmo reveló al hablarnos del gran evangelizador de las Españas!

Su entusiasmo creció al tratar del gran Pontífice León XIII, figura sin segundo en este siglo de luz y de tinieblas, Pontífice admirable que lo abarca todo con su potente genio, y que no se desdeña de cultivar, y con entusiasmo de artista, la bella poesía, escribiendo tan hermosos versos latinos. ¿Y aquel párrafo maravilloso «Miña terra?» ¿Y aquel juicio tan acabado, verdadero canto, acerca de las obras poéticas laureadas, y aquel dulce recuerdo de Fr. Luis de León, y de los tristes llorosos Hebreos, «Super flumina...», y sus fra-

ses admirables sobre el delicadísimo Aparisi, aquel hombre que, bajo el cuerpo terrestre que nos abate, guardaba un alma verdaderamente angelical, y el insigne Pereda, coronado por los mismos Obispos de la Iglesia en la Academia Española? Penetra luego en el rico y delicado huerto de la literatura gallega; ¿quién habló nunca tan bien de nuestra inmortal Rosalía Castro, de aquella mujer cuyos libros son ayes arrancados á las fibras más delicadas del corazón, y cuyo genio resume la vida entera de esta tierra, que es vida, por encima de todo, poética, melancólica, suspiro del alma, quejido de nuestras entrañas? ¡Qué entusiasmo supo despertar al hablar de nuestros cantos, y con qué fervor trajo á la memoria el recuerdo de la insigne reformadora del Carmelo, y con qué tino, delicadeza y suavidad trazó la naturaleza y los fines del Arte, de este compañero del alma desterrada, que debe cantar á Dios, y llevarnos á Él por medio de las criaturas! ¿Y qué decir cuando habló de la Patria? Los aplausos estallaron como dique roto de pronto en mil pedazos. El alma española sintió dentro de sí el fuego encendido del entusiasmo y del amor. Y, finalmente, habló del sentimiento cristiano, de las peregrinaciones á esta Jerusalén de Occidente, que guarda las reliquias del Hijo del Trueno, é hizo ver cuán deseable debe ser para todos que, así como en el firmamento luce la constelación misteriosa que guiaba en su camino á los peregrinantes á Compostela, también se abran caminos en el suelo que favorezcan esas peregrinaciones. El discurso fué un canto, una maravilla, un torrente de dulzura; fué... una revelación del alma del ilustre Obispo salmantino.

EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ.

Compostela 27 de Julio de 1897.



NOTAS DE UN LECTOR

¿Quién lee en verano? Los que nunca leen. Lectores sin elección, al azar del encuentro; lectores de ferrocarril, de plaza; lectores en las siestas aburridísimas del veraneo, que alternan en sus lecturas la última novela francesa, comprada en Madrid momentos antes del viaje, con el tomo de versos cómicos comprado de prisa y corriendo en el puesto de libros de alguna estación del camino, y si acaso habitan en antigua finca campestre, con los tomos de Charpentier ó de Tacachnitz, los libros viejos de rancia biblioteca, de hojas amarillentas, pergaminosas, chirriantes al abrirse, con olor de herbario desecado.

¡Ah! Las novelas de prodigiosas aventuras en cuatro ó más volúmenes, grandes, pesados. ¡Cómo nos hablan de una vida sosegada en que podía consagrarse un año, las veladas de todo un invierno, las siestas de todo un verano, á la lectura de un solo libro! ¡Qué diferentes los libros modernos! Manuales, ligeros, caben en el bolsillo; pueden ser hojeados por la calle, en el café, en coche, sin atención profunda, para ser distracción de algunos momentos de espera ó de fastidio, no recuerdo para toda la vida.

¡Dichosos los que han leído pocos libros, como los que han amado á pocas mujeres! Tan triste es preguntarse ¿dónde leí yo esto? como ¿dónde conocí yo á esta mujer? ¡Y fué en el

Quijote donde habíamos leído aquello, y aquella mujer nos había jurado amor eterno!

¡Dichosos los lectores de verano, que dejan á Cervantes por Jorge Ohnet! Más valerosos que el valiente general que, á lo menos, los unía en su admiración.

No releáis el libro leído en vuestra juventud, á no ser que entonces os hubiera cansado su lectura. Cuentos de hadas, novelas de aventuras, agudezas del rústico Bertoldo; encanto y alivio de horas hurtadas al estudio, *novillos* de la imaginación, aterida por la tabla de Pitágoras y las reglas gramaticales ¡qué desconsuelo volver á leerlos!

No intentéis la aventura. El recuerdo de los muertos es santo; la evocación, pecado. Como irisada urdimbre, va tejida nuestra existencia con los hilos de nuestros sueños. Shakespeare lo dijo: ¡Shakespeare! Hé aquí uno á quien puede leerse una vez y otra; de niños nos asombra, no lo entendemos, pero atrae como algo misterioso y grande, y sin comprenderlo seguimos leyendo sin cansancio, y terminada la lectura, percibimos con mayor claridad la obra en nuestro espíritu, como percibimos mejor nuestras emociones de hoy, en el recuerdo de mañana. La obra de arte es recuerdo de emociones, nunca la emoción misma. No hay paisajes de luz más falsa que los pintados á plena luz. El verdadero artista no *coge* del natural, *recoge* de su propio espíritu.

Por eso las obras de Shakespeare sólo se *abren* verdaderamente cuando se *cierran*; pasado tiempo, podéis volver á abrirlas y á leerlas. ¡Ay! Pero si habéis leído una vez *Los tres Mosqueteros*, no volváis á leerlos.

JACINTO BENAVENTE.





LAS TRES VÍRGENES NEGRAS

DEL

AFRICA ECUATORIAL

POR

F. BOUHOURS (1)

CAPÍTULO XIII

Á corta distancia del punto en que dejamos á Nyemoena, cuya suerte iba á decidirse, levantábanse unas cincuenta chozas en el fondo de un desfiladero, en medio de gigantescas rocas, lugar accesible sólo á los que allí moraban, y convertido en refugio de una pequeña tribu de infortunados negros que habían podido escapar al cuchillo de los esclavistas. El miedo inspirado por los rougas-rougas les impulsó á fijar su residencia en aquel lugar desierto, pues presentían la doble ventaja de vivir ignorados y de poseer un manantial cerca de sus viviendas.

Pero los manantiales, atrayendo á los extranjeros ó tribu nómadas, descubren muchas veces el retiro de los que tienen la imprudencia de establecerse cerca de ellos.

(1) Véase la pág. 206 de este tomo.

Esta tribu criaba algunas cabras y poseía un huerto que no les producía más que una pequeña cosecha de melones y calabazas, recompensa de su trabajo. Casi todos los negros escapados al yugo esclavista, y que arrastraban una vida como la del pueblo mencionado, van por agua á manantiales poco profundos, sirviéndose del cascarón de huevos de avestruz para obtener la provisión necesaria para ellos y sus ganados. No pocas veces el miedo les hace ocultar el manantial con arena, haciendo fuego en el mismo punto donde ellos mismos han fabricado esta especie de cisterna.

Cuando hacen la provisión de agua, las mujeres meten en un saco ó tejido de rafia que llevan sobre los hombros de veinte á treinta cascarones de huevos de avestruz, suficientemente agujereados para introducir el dedo. Fijan un manojito de yerbas en uno de los extremos de una caña de 60 centímetros próximamente, y la meten en un agujero de la profundidad del brazo, sujetándola con arena humedecida que pisan alrededor de la caña, y aplicando después los labios al extremo libre de ésta, hacen el vacío en las yerbas, por donde sube el agua á la boca.

Á medida que el agua es aspirada, baja á la cáscara colocada en el suelo cerca de la caña, á corta distancia de la boca, y desciende por el exterior de otro manojito de pajas. Ocultan después la provisión de agua en lugares subterráneos que tienen en sus humildes chozas.

Á este extremo se ven reducidos en inmensas regiones, y en medio de maravillosas riquezas, los infortunados y tristes negros, cazados, cual si fueran bestias salvajes, por esclavistas musulmanes, menores en número que los perseguidos. No son más que un puñado de aventureros cínicos, ávidos de riquezas y lujuria, triunfantes de sus conquistas en medio de la Europa cristiana, mal entretenida en querellas intestinas, tan locas como ruinosas, y el África ecuatorial, que pide la civilización del Evangelio y la libertad de hijos de Dios... ¿Y este puñado de monstruos podrá cortar los vuelos de la civilización y de la libertad?

¡No! ¡no! ¡Guerra á la esclavitud! ¡Dios lo quiere! El Evangelio será predicado á las naciones todas: disipará pronto con

sus límpidos rayos las densas tinieblas que cubren hoy las regiones africanas, donde sólo impera el despotismo del infierno.

Cuando los mestizos iban á decidir la suerte de la virgen negra, algunas mujeres de la tribu refugiada no lejos de allí hacían la provisión de agua en el manantial recomendado á Daouda por Monzé-Tonga, en caso de que el coloso quisiera mitigar la sed. Esta fuente estaba á unos cincuenta metros detrás de la roca donde el cansancio tenía postrada á Nye-moena.

Púsose á escuchar una de las mujeres, sin cejar en su minuciosa operación, y creyó haber oído el rumor de voces amenazadoras, y una vez comunicada la noticia á las demás compañeras, siguieron todas el ejemplo de la primera y huyeron asustadas á los pocos momentos.

Un pánico aterrador se apoderó de la pequeña tribu al saber que vagaban extranjeros en los alrededores del pueblo, pánico cada vez más indescriptible, porque casi todos los hombres habían salido á la caza de elefantes, para atender á las necesidades domésticas y guardar los colmillos del proboscidio, con el objeto de cambiarlos por algodón é instrumentos de cultivo, cuando les fuera dado entablar relaciones con personas antiesclavistas.

Á la noticia del peligro, uno de los negros que había quedado en el pueblo subió á la cima de una montaña que dominaba el desfiladero asiento de las chozas, para observar todo lo que pasaba en las cercanías. La roca ocultaba á los extranjeros á la penetrante mirada del negro, quien sin distinguir más que á los de su tribu, entretenidos en perseguir á un elefante en la llanura, izó un palo largo en uno de cuyos extremos se movía un haz de bejucos, señal convenida en caso de alarma.

—Como las precauciones que deben tomar para conseguir matar el elefante —se decía el negro— roban la atención de los cazadores, dudo que puedan distinguir esta señal; pero como es ya tarde y la prudencia les impulsa á entrar en el pueblo antes de que llegue la noche, no tardarán en volver á las chozas.

En efecto, los cazadores tomaban mil precauciones persiguiendo á dos elefantes: una hembra con su pequeñuelo. La madre estaba en pie, abanicándose con las orejas, mientras el elefantillo rodaba deliciosamente sobre la fresca yerba.

Los negros se acercaban en aquel momento formando una larga fila y arrastrándose por el suelo, sin que la bestia, que se dejaba mamar del hijo, se diera cuenta de la proximidad del peligro. Fueron después los dos elefantes á un lodazal, donde se revolcaron alegremente: el loquillo agitaba las orejas y balanceaba la trompa *á la moda elefantina*: la madre movía también la cola y las orejas, queriendo demostrar su alegría.

Oyense de repente los silbidos de los cazadores, que producen un ruido infernal soplando unos en un tubo, en las manos ahuecadas otros, para llamar la atención de los proboscidos, que al oír aquel extraño griterío salieron apresuradamente del fango á la hora en que los asaltadores se precipitaban sobre ellos. Huyó primero el elefante joven; más al ver al enemigo, volvió precipitado al lado de su madre: ésta se colocó entre él y el peligro, acariciándole mil veces con la trompa, para demostrarle que no le abandonaría.

Deteníase frecuentemente la madre para mirar al enemigo y volvía luego hacia el hijo para correr á su lado, dividida entre la necesidad de protegerle y el deseo de castigar á los audaces perseguidores.

El espía agitaba el haz de bejucos desde lo más alto de su observatorio y temblaba de horror temiendo que los extranjeros, que sabía estaban cerca, oyesen los silbidos y gritos de los cazadores, muy próximos ya á la codiciada presa. Estuvieron algunos en la pendiente, á la misma distancia los elefantes que los demás compañeros, hasta el momento en que los animales perseguidos se vieron obligados á atravesar una laguna fangosa, grata circunstancia para ganar terreno los cazadores y que les permitió lanzar sus jabalinas á la madre cuando la tuvieron á corta distancia. Huyó toda ensangrentada sin cuidarse ya del pequeñuelo, que se alejaba lo más ligero posible; pero los elefantes, jóvenes ó viejos, avanzan poco, siendo una marcha relativamente precipitada su más veloz ca-

rrera. La madre, casi imposibilitada de alejarse, efecto de la sangre que brotaba de las heridas, se vuelve repentinamente lanzando un rugido de cólera, se precipita sobre los cazadores, que se dispersan á derecha é izquierda, emprende hasta cuatro veces esta carga inútilmente furiosa, muriendo por fin de rodillas después de haber dado muchas vueltas alrededor de sí misma. El elefante joven había desaparecido.

Lanzaron los cazadores un grito de triunfo, al que respondieron casi simultáneamente tres disparos hacia la caravana, donde estaban los tres mestizos, Daouda y Nyemoena.

Se miraron con espanto los vencedores, dispuestos ya á descuartizar su presa, lanzaron una mirada al pico que dominaba el pueblo y, viendo el manojó de bejucos que se agitaba sin cesar, cayeron todos á tierra entre las yerbas altas y volvieron arrastrándose silenciosamente al desfiladero que habitaban, donde reinaba la mayor ansiedad.

—¿Qué sucede?—preguntó Mtese, jefe de la tribu.

—¡Nada que pueda inspirarnos tranquilidad!—respondió una de las mujeres que habían estado en el manantial.—Hemos oído voces amenazadoras detrás de la gran roca... y el trueno de los blancos ha retumbado hasta tres veces.

—Esto mismo nos ha obligado á volver precipitadamente—dijo Mtesé.

—¡Los esclavistas!... ¡Estamos perdidos!—exclamaron entristecidos mujeres y niños, mientras los hombres inclinaban la cabeza con resignación.

Esta tribu no conocía aún las verdades de la religión cristiana, y no era, por lo tanto, tan sabia y esforzada como las ya evangelizadas; hé aquí por qué la vemos caer en una especie de postración estúpida. Según ellos, iban á llegar de un momento á otro los esclavistas musulmanes con sus rougas-rougas. ¡Esto era inevitable y fatal!... Y entonces, ¿para qué organizar la resistencia y defenderse, puesto que los pobres negros no logran jamás la victoria?

Y no obstante esto, los hijos del Ecuador africano repiten sin cesar en sus cantos nacionales:

«¡Paz!... ¡paz! .. ¡Dormiremos tranquilos!»

Y es de notar que á los ojos de todos los indígenas que

han tenido alguna relación con los misioneros católicos esta paz tan deseada sólo puede ser hija del Evangelio.

Sí, el Evangelio les devolverá la dignidad de hombres criados á imagen de Dios, comunicándoles al mismo tiempo valor heroico para defenderse con orgullo, poseyendo después la paz del cristiano, paz de inexplicable dulzura á la que tienen el mismo derecho que nosotros. La prueba más evidente en confirmación de esta verdad es la intuición providencial que les asiste y que sus opresores son precisamente los enemigos del Redentor de los hombres todos, Jesucristo, Hijo de Dios, único dador de la paz

Sin embargo, Mtesé y su tribu fueron á doblar la rodilla ante sus ídolos, entregándose á todo género de ceremonias á cual más irrisorias para obtener protección y conjurar por mil sortilegios el peligro amenazador, retirándose después á sus chozas á esperar el desenlace de los acontecimientos.

Pasaron la noche en medio de zozobras sin cuento, pues el ruido de una piedra que, al desprenderse de la roca, rodó hasta el desfiladero, los mugidos del viento en el ramaje de los árboles, el rugido de las fieras, todo les hacía temblar de espanto y horror.

El mismo Mtesé subió al despuntar la aurora á la cima del pico que servía de observatorio: sondeó la llanura, las colinas, el horizonte todo con mirada inquieta... no oyó nada... no vió más que el elefante muerto la víspera, pasto ya de las hienas. Bajó por fin y fué á restablecer la paz entre sus súbditos.

—Es muy posible—les dijo—que los malditos esclavistas hayan pasado aquí la noche con tristes víctimas, pero me atrevo á asegurar que han vuelto á emprender su viaje; por lo tanto, síganme los más decididos de entre vosotros á disputar á las hienas los restos del elefante que felizmente matamos ayer, si no queremos resignarnos á recibir la muerte en nuestras chozas, donde, bien lo sabéis, no hay la menor provisión.

Unos veinte negros siguieron á su jefe, no sin algún temor.

Apenas se alejaron los tímidos negros, entraron también en deliberación las mujeres para saber quiénes habían de ir á renovar la provisión de agua, empresa encomendada, después

de no pocas conferencias, á cinco de ellas, que se dirigieron al manantial con la caña y cascarones consabidos. Iban con circunspección algo risible, retrocediendo tres pasos cuando avanzaban cinco, y echándose unas sobre otras al menor ruido, con gran detrimento de los cascarones amontonados en un tejido de rafia.

Llegaron, por fin, á la vuelta de la cuesta, á cuyo pie estaba la fuente, y las tímidas mujeres lanzaron un grito, quedándose como petrificadas sin poder dar un paso.

Por la traducción,
FR. JULIAN RODRIGO,
Agustino.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Vers le Pôle, por el DR. F. NANSEN. Traducción de CARLOS RABOT.—París, Ernesto Flammarion, editor, 1897.—En 4.º, VIII-424 páginas con 200 dibujos y planos: 10 francos.

En los dos números anteriores de nuestra REVISTA hemos publicado un notable artículo del ilustre sabio Sr. Lapparent dedicado á la célebre expedición realizada por Nansen, y en él describe, en su conjunto, los resultados obtenidos. Faltaba conocer los detalles, y éstos se hallan en la obra que con impaciencia esperaban los amantes de la geografía y que da á luz el editor de París Sr. Flammarion en un elegantísimo volumen que adornan multitud de grabados, copia la mayor parte de las fotografías que hizo el valeroso explorador.

Compone la obra el diario que hora por hora escribió Nansen de su viaje, tan lleno de aventuras; cautiva la lectura de aquel diario, redactado con admirable sencillez por un hombre que á la vez que sabio es artista, y describe fielmente cuanto ve y observa.

Asistimos á la construcción del *Fram*, cuya forma y disposición especial para resistir el empuje de los hielos explica el autor; luego seguimos á los viajeros en aquellos parajes solitarios donde no se descubre vestigio alguno de vida, donde

(1) Los autores ó editores que deseen se haga de sus obras una nota crítica remitirán dos ejemplares.

reina siempre un frío intenso y se ha menester de ánimo extraordinario para no ser vencido por la tristeza y la desesperación que inspiran aquellas desoladas regiones.

Vemos á Nansen abandonar el buque, que arrastran en su deriva los hielos, y lanzarse con un solo compañero y en trineos tirados por perros en busca de lo desconocido; le vemos, á costa de dificultades y de peligros sin cuento, acercarse al Polo á una distancia que es próximamente la de París á Valladolid. Por último, presenciarnos con alegría el regreso de los héroes que expusieron mil veces la vida por la gloria de la ciencia.

El libro de Nansen no es una serie de notas y observaciones científicas de lectura árida, sino la relación pintoresca y dramática, siempre interesante, de un viaje por regiones polares hasta entonces jamás holladas.

*
* *

Histoire de l'Amérique du Sud, por ALFREDO DEBERLE, tercera edición revisada y puesta al corriente por Alberto Milhaud, profesor de Universidad.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 8.^o, XIX-416 páginas: 3,50 francos.

Esta nueva edición ha sido corregida y completada. Á la narración de la conquista española, colonización, independencia, constitución de las diversas nacionalidades y luchas de los partidos precede una sumaria exposición de los puntos referentes á los orígenes y civilización de la América del Sur precolombina. Esta adición se imponía en el estado actual de la ciencia.

La tercera parte de la obra es nueva del todo; comprende el estudio de los principales sucesos acaecidos en la América del Sur de veinte años acá: la guerra del Pacífico; las transformaciones del Brasil, de donde desaparecen sucesivamente la esclavitud y la forma monárquica; los trastornos políticos y las crisis económicas de la República Argentina y, por último, los conflictos de fronteras entre la Guayana francesa y el Brasil, la Guayana inglesa y Venezuela, Chile y la República Argentina.

Concluye el autor exponiendo las sucesivas etapas de la vida política y económica de los Estados de la América meridional y el papel que desempeñan aquéllos en el mundo.

Además contiene la obra una bibliografía sumamente útil y un índice muy detallado.

*
* *

Le suicide, estudio sociológico por EMILIO DURKHEIM, profesor de sociología en la facultad de Letras de Burdeos.—Paris, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.º, XII-462 páginas: 7,50 francos.

En esta obra se estudia el suicidio como fenómeno social. Cada pueblo tiene hacia el suicidio una inclinación de intensidad determinada, que se mide por la relación entre el número anual de casos y el de habitantes, ó sea lo que denomina el autor *tanto por ciento social de la mortalidad suicida*. El libro tiene por objeto investigar en función de qué condiciones varía aquel tanto. Después de indicar el autor que los factores extrasociales (orgánicos, físicos y psicológicos) no se hallan en relación alguna definida con el tal fenómeno, examina los factores sociales, los agrupa en clases, con lo que descubre cierto número de corrientes suicidógenas de índole varia, y describe las formas que toman en los individuos. Establecido que hay un elemento social del suicidio y en qué consiste, se pregunta cuáles son las relaciones del suicidio con los demás hechos sociales, principalmente con los crímenes, é inquiera, por último, á qué medios se debe recurrir para combatir el enorme aumento de suicidios que acaecen en las grandes poblaciones europeas. Contiene la obra multitud de láminas y de cuadros estadísticos.

*
* *

Otras publicaciones.

Le Psychisme social. Segundo ensayo sobre la moral considerada como sociología elemental, por E. de Roberty, profesor de la Universidad de Bruselas. París, Félix Alcan, editor, 1897. En 8.º, 218 páginas, 2,50 francos.—Esta obra completa la anterior del mismo autor titulada *El bien y el mal*. Roberty examina en una serie de capítulos los principales problemas de la moral en sus relaciones con la sociología.

Les huiles minérales de pétrole, schiste, lignite, por Francisco Miron, ingeniero civil. París, Gautier Villars et fils, editores, 1897. En 8.º, 198 páginas, 2,50 francos.—En este libro, que interesa á la vez al industrial, al hombre de ciencia y al consumidor, resume el Sr. Miron el estado de nuestros conocimientos sobre los yacimientos de petróleo, esquisto y lig-

nito. Hace que el lector se entere de todas las fases de la fabricación de los productos comerciales para el alumbrado, engrasado, etc., que derivan de dichas primeras materias. Es muy completo el estudio de las propiedades físicas y químicas de los aceites en bruto, así como de sus productos comerciales, con otra porción de noticias útiles.

Cuirassés et projectiles de marine, por E. Vallier, comandante de artillería, C. del Instituto. París, Gauthier-Villars et fils, editores, 1897. En 8.º, 188 páginas, 2,50 francos.—Completa este volumen el tomo anterior acerca de los proyectiles de campaña, de sitio y de plaza. Con su gran autoridad examina el autor los acorazados desde el punto de vista de la lucha, cada vez más apasionada, entre la artillería y el acorazado y los proyectiles de que para este efecto disponen las diferentes potencias.

La Gaceta anual. Extracto de las disposiciones publicadas en 1896, por Antonio de Lara y Pedrajas, abogado, etc. Madrid, Bailly-Bailliére é Hijos, editores. En 8.º, 269 páginas. Libro muy útil que seguramente arraigará en el público. Ya está en el tercer año.

*La terapéutica Brown-Séguar*d. Discurso leído en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia el día 5 de Julio de 1896 por el académico electo doctor D. Faustino Barberá y Martí en el acto de su recepción. Segunda edición, Valencia, 1897. En 8.º, 59 páginas.—El ilustre médico Sr. Barberá luce en este trabajo sus profundos conocimientos en la importante materia de que trata, y que expone con un método, claridad y vigor que encantan. Ciertamente que el doctor Barberá á más de hombre de ciencia es galano, fluido y correcto escritor. D. Pablo Colvée y Roura, en su discurso de contestación, hace cumplida justicia á las prendas del nuevo académico.

Biblioteca administrativa. Grupo primero. Contribuciones é impuestos. Legislación y formularios, por Manuel Serrano Perea, con la colaboración de D. Adolfo Sanz de Ojirando y otros escritores. Madrid, Hernando y Compañía, editores.—Saldrá á luz mensualmente un cuaderno de 64 páginas en 4.º á dos columnas, al precio de una peseta en Madrid y provincias. Por lo que se ve hojeando el primer cuaderno, nos parece que esta Biblioteca va á ser muy bien recibida por el público inteligente y estudioso.

Revue des questions scientifiques, publicada por la Sociedad Científica de Bruselas Segunda serie, tomo XII. Louvain, 1897.—El número de 20 del mes pasado contiene, entre otros

trabajos notables, los siguientes: *Los necróforos*, por H. Fabre; *La peste en el estado actual de la ciencia*, por el doctor Laruette; *El temperamento, estudio de fisiología nerviosa*, por el doctor Surbled; *La propagación de la luz y los trabajos de Fizeau*, etc.

A.

